$ 70

Abril de 1966

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Más de 26 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 14 idiomas.


OMEGA
AUTOMATIC
CHRONOMETER
Constellation

Los relojeros que han hecho este
nega Constellation, han sido los primeros que han obtenido todos los records suizos de precisión para los relojes de pulsera

relojeros suizos lo han do- de una alta precisión. Gra- a sus constantes cuidados, rdará esta precisión durante cho tiempo. El cronómetro ega Constellation es uno de mejores relojes suizos. He í el porqué.

han elaborado con el mayor ero. El afán de perfección ica preside la creación del stellation. En 1964, fué clamado que, por primera en la historia relojera, un fabricante — Omega — ha- obtenido en los observato- de Ginebra y de Neuchâtel cuatro records de precisión los relojes de pulsera.

o han dotado de una alta cisión. Lo han auscultado nte su fabricación con po- es microscopios. Saben que rror representando más de la ena parte del espesor de un llo sería fatal para la preci- y longevidad de la máquina.

o han creado para una lar- existencia. Los técnicos de ega saben que el polvo es el enemigo de un reloj; la or partícula es tan peligrosa la máquina, como un clavo hado en un neumático. partes móviles del reloj n pulidas hasta brillar como spejo. Todas las piezas de áquina se limpian mediante inmersiones repetidas en baños ultrasónicos.

■ **Lo han sometido a pruebas.** Las diferentes piezas del Constellation pasan por no menos de 1497 controles. Además, cada Constellation tiene que demostrar su alta precisión durante 360 horas de pruebas impuestas por las Oficinas Suizas de Control Oficial de Cronómetros, las cuales aprueba brillantemente, ya que su certificado lleva la mención « Resultados sobresalientes », la más alta distinción que define la precisión de un cronómetro.

■ **Lo entregan a hombres de confianza.** El Constellation no se encuentra en todas las relojerías. Su venta es un privilegio que sólo es otorgado a relojeros especialmente calificados.

■ **Le prodigan una atención constante.** En 156 países, cada concesionario Omega se sentirá responsable de su reloj, como si él mismo se lo hubiese vendido. Esta solidaridad internacional constituye la más eficiente organización mundial para la medida del tiempo: el Servicio Mundial Omega.

Todos los Omega Constellation son automáticos, impermeables, antichoques y antimagnéticos. De oro 18 qlts., «goldcap» (oro y acero) o de acero inoxidable. Con o sin calendario.



nuevo perfeccionamiento estético del cronómetro Omega Constellation : la corona oculta



SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO LI Nº 305 ABRIL DE 1966

Revista mensual publicada por
SELECCIONES DE READER'S DIGEST ARGENTINA, S.A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Director-Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Discoteca y Biblioteca: Salvador Passarello
Administración Ventas: Carlos Yamazaki
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Terence G. M. Harman
Gerente general regional:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india, nigeriana y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense); NORUEGO; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; ÁRABE; HOLANDÉS Y CHINO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE.UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 70,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($3,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡2,00*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 1,30*) — Reader's Digest Chile Limitada, Estado 359, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,30*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (6,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (75 cts.*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.
Guatemala (Q0,30*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (60 cts.*) — Distribuidora de Publicaciones, 4ª Calle Nº 111, Tegucigalpa.
México ($4.00*) — Selecciones Distribuidora, Gómez Farías 4, esq. Plaza de la República, México, D. F.
Nicaragua (₡2,35)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,30*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/8,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (30 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($12,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

*(*Precio por número suelto)*

Portada
Salvando los rápidos
(Pintada especialmente para Selecciones por Karl Evers)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume LI, Nº 305, April 1966. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S.A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscripción price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*

Selecciones del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U.S. Pat. Off.

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Martín García 701 – Buenos Aires

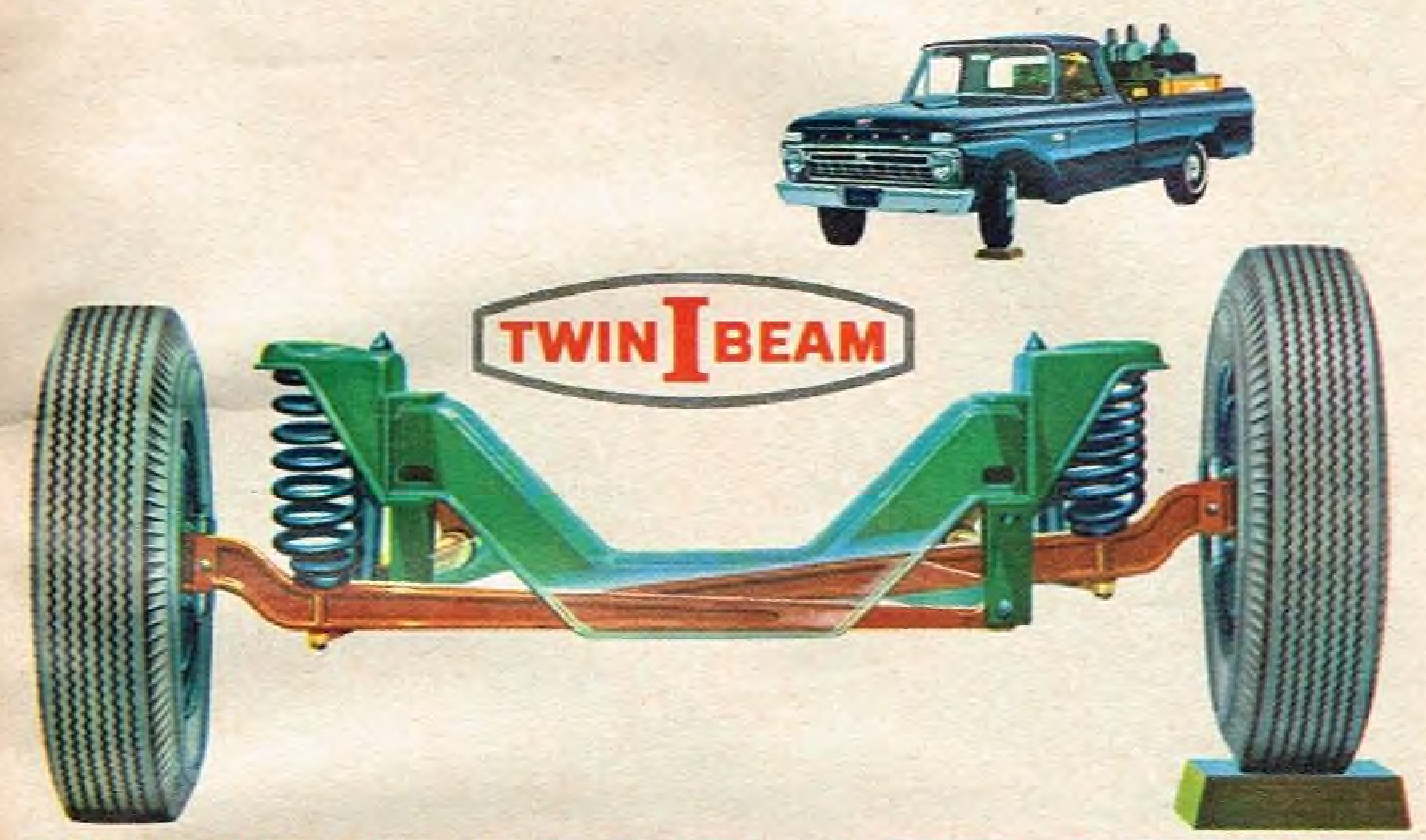
Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones







REVOLUCIONARIA EXCLUSIVIDAD FORD !

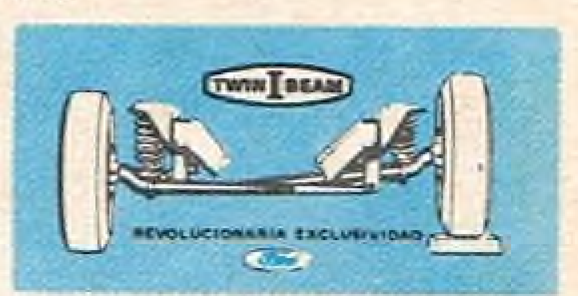


DOBLE EJE DELANTERO EN LA PICK-UP FORD 1966

No es una adaptación de la suspensión independiente común, sino algo absolutamente nuevo: un eje propio **completo** para cada rueda delantera. Eso es el TWIN I BEAM, que produce una serenidad de marcha jamás lograda por ningún vehículo similar hasta el presente, ¡y con fortaleza de camión grande! En su Concesionaria Ford ya está la nueva F-100 con TWIN I BEAM... y con el motor de pick-up más poderoso: 160 HP. ¡Vaya hoy mismo a probarla, y disfrutará de una experiencia totalmente nueva!



Los semiejes de la suspensión independiente convencional que se adaptan para pick-ups, no brindan las necesarias condiciones de resistencia y duración. Sólo el doble eje delantero —exclusivo de la F-100— le ofrece estas ventajas, que para Ud. se convierten en más ganancias.

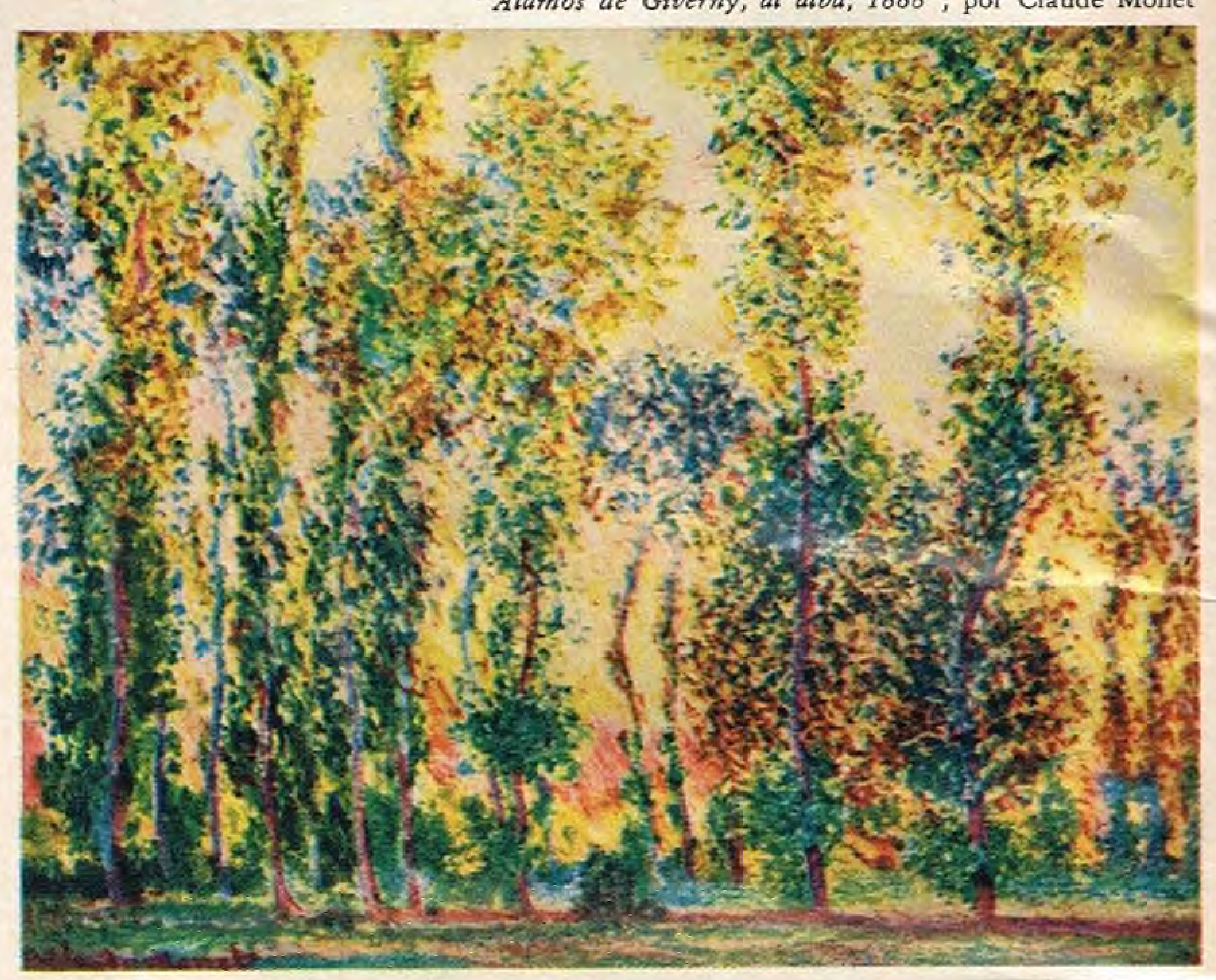


Pick-up FORD F-100





"Álamos de Giverny, al alba, 1888", por Claude Monet



Comienza el día

Al amanecer, las perplejidades de la víspera han pasado a la historia. Se inicia un nuevo día, un día que ayer no era.

POR HAL BORLAND

Condensado de "Together"

MOMENTOS antes de que raye el sol aún está oscuro. Me he levantado hace ya 15 minutos. Tomé una taza de café y salí de casa con el propósito de aspirar los perfumes y escuchar los rumores del exterior. La noche principia a aclarar y las estrellas se apagan. Muestra el cielo el resplandor que precede al alba: no es tanto luz como promesa de luz que llega. He ahí la palabra apropiada a la hora: *promesa.*

La cigarra, que hacía oír su áspero canto cuando me levantaba, guarda ahora silencio; los únicos insectos cuya voz resulta perceptible son un par de grillos que canturrean entre la hierba. Esta se in-

Pintura, por cortesía del Museo de Arte Moderno, Nueva York (donación de William Jaffe y señora)

clina bajo el peso del rocío. Un soplo de brisa susurra entre las hojas del arce, danza en torno de mí y se confunde con mi propio aliento. Un petirrojo rompe a cantar, tanteando, como si inquiriese si alguna otra criatura ha despertado ya. De una oropéndola recibe la respuesta. Y media docena de pajarillos comienzan a gorjear otros tantos cánticos soñolientos. Del jardín en flor viene un hálito de intensa fragancia; y contra el fondo del horizonte los árboles semejan todavía meras sombras oscuras.

"¿Por qué te levantas antes del alba?" Esta pregunta se me endereza a veces como para hacerme pensar, en ocasiones como expresión de asombro.

¿Por qué me levanto a hora temprana? Porque me incomodan la premura, la confusión, el apremio que consideramos el precio de la vida moderna. He descubierto que me es posible librarme en gran parte de tal premura, simplificar la confusión, aliviar el apremio con solo iniciar el día muy temprano. De resultas de ello encuentro la vida más preciosa. Es posible trabajar mejor, darse tiempo para la familia y los amigos, establecer diario contacto con las perdurables realidades de la existencia.

Tal vez esto sea lo más importante de todo: el disponer de tiempo para observar que el arce echa hojas en mitad de la primavera; para ver, llegado el otoño, que esas hojas cobran una rojiza tonalidad dorada; para observar cómo echa un tallo el lirio y cómo florece luego; para plantar una semilla con la certeza de que habrá de germinar y prosperar; para examinar el copo de nieve que, por el invierno, se posa sobre una manga oscura, y meditar en el prodigio de su simetría y la infinita variedad de esta belleza natural.

Estoy levantado hace media hora. Han desaparecido las estrellas y la luz prometida está ya en el cielo, hacia el oriente, un resplandor tenue y distante, pero que cobra fuerza y se extiende minuto a minuto. Las aves cantan más sonoramente y entre ellas no hay ya un solista: todas cantan ahora en coro.

El Sol tarda en levantarse. La luz del día no cae sobre nosotros por sorpresa, apremiándonos. Resulta casi felina en su estirarse y abrir los ojos con lentitud, a la vez que mira al mundo que la rodea antes de ponerse en pie. Su misma morosidad parece insistir en que proceda sin premura cuanto principie en el mundo.

Las primeras luces tocan la cima de uno de los picos de la sierra que guarda las espaldas de mi casa. Sí, allí están, como luminaria encendida sobre los árboles, como un resplandor que presta a la sombreada falda de la montaña un aspecto de oscuro pinar. El amanecer no ha llegado aún al valle, pero allá, en la sierra, aparece ya la dorada y verde luz del día que se aproxima. Los pájaros guardan silencio: un silencio extraño, como si estuvieran conteniendo el aliento. La brisa misma

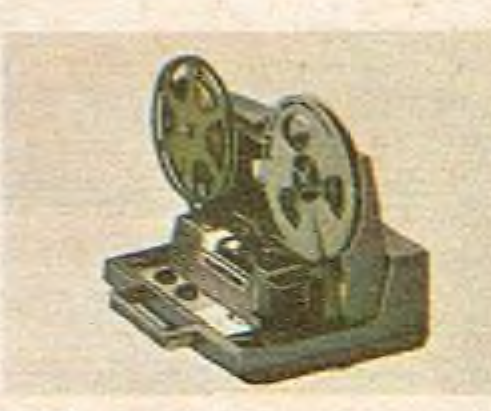
CAMARAS DE CINE **INSTAMATIC**



filme







Kodak revoluciona la cámara de cine. Las nuevas Cámaras de Cine KODAK INSTAMATIC son las primeras totalmente automáticas. Se cargan al instante. No hay que enrollar. No hay que dar cuerda. Un motor eléctrico hace avanzar la película *automáticamente*.

Kodak revoluciona la película. El Cargador KODAPAK de Cine viene de fábrica con la mejorada película KODACHROME II en el nuevo formato Super 8 . . . ¡50% más grande! Y usted filma sin darle vuelta al cargador. *Puede exhibirse sólo en proyectores del tipo Super 8.*

Kodak revoluciona el proyector. Proyector KODAK INSTAMATIC M7 permite proyectar de siete manera distintas: tres velocidades dife rentes hacia adelante, tres e reverso, y vistas fijas. El enrollac de la película es totalment automático.

se ha calmado. Las hojas del estío penden inmóviles en el aire expectante. El día ha comenzado a organizarse.

No hace mucho preguntaba yo a un médico cuál es el factor más importante para organizar la rutina diaria.

—La primera hora de la mañana —me contestó—. Debemos disponer de una o dos horas tranquilas para dar comienzo al día. Si iniciamos el día de prisa, nunca daremos alcance a nada. El desayuno hecho precipitadamente y la carrera para llegar al trabajo, destrozan más nervios y causan mayor número de úlceras del duodeno que cualquier otro factor.

A pesar de la frenética actividad que observa el hombre, el día continúa iniciándose al ritmo que le place, viendo en las perplejidades de la víspera cosas que pasaron a la historia. Cada nuevo día nos brinda una pausada, límpida oportunidad de continuar ocupados en vivir. Encierra, en cada amanecer, una invitación a ordenar (a fin de guardarlos celosamente o desecharlos) los agravios, los triunfos, las obras y fracasos del día anterior. Y a planear un nuevo día.

Ha salido el Sol. Acaba de asomar por el horizonte, y su larga luz de oro brilla entre los altivos arces y pone en sus hojas el lustre de escamas de jade. Su rayo luminoso penetra valle adentro, enjoyando la hierba, salvando los abismos de sombra que duermen todavía en las cañadas. Aquí, entre la hierba que crece a mis pies, veo una telaraña tendida entre dos altos tallos, como una red de plata adornada con los diamantes del rocío. Y las aves entonan un verdadero himno de júbilo. Las hojas, a su vez, comienzan a hacer oír, en susurros, su propia alborada.

En cierta ocasión inquirí de una prudente anciana de 90 años de edad, que solía levantarse del lecho antes del alba, si acaso lo hacía porque padecía de insomnio, y me replicó:

—Me levanto a esa hora para estar a solas conmigo misma un día más. Al amanecer, cuando uno parece ser el único ser humano existente en el mundo, tiene que encararse con la propia verdad de uno mismo y acomodarse a ella como sea. Por añadidura, la aurora es la más semejante a la juventud entre las cosas que la mayoría de nosotros podemos saborear después de los 20 años.

Comprendo bien lo que mi anciana quería decir. La juventud significa inocencia, éxtasis, fe. Al amanecer, todo es posible, como lo es en la juventud. El alba es un milagro que ahuyenta las sombras de la noche y devuelve al mundo el Sol munificente: el Sol que hace posible la vida sobre este planeta menor, esta partícula de polvo que flota en el Universo. Si el orto ocurriera solo una vez por año, nos reuniríamos todos en lo alto de los montes, para admirar y festejar el suceso; celebraríamos fiestas y lanzaríamos proclamas, y en acción de gra-



Saque ahora 4 fotos con flash
SYLVANIA
FLASHCUBE
Sylvania





sin cambiar bombillas.

Blue Dot Flashcube

Un nuevo invento para sacar fotos con flash.

¡Llegó la fotografía "Cuboflash"! Es más cómoda y divertida que nunca — con el nuevo "Cuboflash" Sylvania BLUE DOT. Dentro de cada nuevo "Cuboflash" Sylvania BLUE DOT hay cuatro bombillas de destello con plena potencia y 4 diminutos reflectores. Usted sólo tiene que poner uno en su cámara "Cuboflash", y disparar. Puede sacar 4 fotos con flash usando sólo un cubo. Al sacar cada foto, el cubo gira para la siguiente, lo cual permite sacar 4 instantáneas con bombilla de destello en sólo cinco segundos, para lograr preciosísimas secuencias. Al acabar, el "Cuboflash" salta apenas tibio al tacto. Con el "Cuboflash" Sylvania BLUE DOT estará siempre listo para la siguiente foto, EN BLANCO Y NEGRO O EN COLORES. Cuando decimos "un nuevo invento para sacar fotos con flash" es precisamente eso.

Recuerde que Sylvania originó el "Cuboflash". Véalo hoy mismo en la tienda más cercana de artículos para fotografía.

SYLVANIA

GENERAL TELEPHONE & ELECTRONICS INTERNATIONAL GT&E



3 cubos,
12 flashes por paquete

cias elevaríamos al cielo nuestras preces.

Hace ya cerca de media hora que el Sol hizo su aparición; el Mundo, sin embargo, se envuelve aún en el prodigio de la aurora. Piso una Tierra que nos brinda un nuevo principio. Todo un nuevo día se abre ante nosotros, un día que nunca había existido antes. Con mis propios ojos lo vi iniciarse; yo mismo fui testigo de su creación.



Noticias de aquí, de allá y de todas partes

En Brisbane (Australia), un policía vio un sujeto que estaba a la orilla del río con una pistola en la mano. Temiendo que fuere un posible suicida, se le acercó sigilosamente por la espalda y le arrebató el arma. El individuo se la quitó nuevamente al agente . . . apenas a tiempo para dar la señal de la partida de las regatas. —T. M.

Una empresa alemana ha resuelto que sus teléfonos enmudezcan por lo menos una hora diaria. Así el jefe y sus subalternos podrán concentrarse en su trabajo. La norma se aplicará tanto a las llamadas que entran como a las que salen, y aun a los socios de la compañía se les ha pedido que guarden ese período de silencio. —AP

Una de las frases más cándidas del año fue la de un dependiente de cierta tienda de Atlanta: "Confidencialmente", le dijo a un cliente que había tomado unos prismáticos, "estos son una imitación ordinaria de una conocida marca japonesa". —H. P.

La alfombra para una nueva ala del hotel Delta, de Vlaardingen (Holanda), fue inspirada por la música de Juan Sebastián Bach. Su diseñador, Cor Aldershoff, analizó una fuga de Bach y, cuando tuvo el trazado matemático de la música, lo pasó por una computadora electrónica y dejó que la máquina dirigiese al telar, el cual produjo un diseño armonioso en diversos tonos de pardo. —AP

Para asegurar la verosimilitud de sus programas policiacos, una empresa de televisión inglesa ha contratado como asesor a un ladrón reformado. Le dieron el puesto porque se quejó de que a todos los malhechores los hacían aparecer como idiotas. —*Newsweek*

En una función que los Beatles daban en Detroit uno de los guardias del estadio ya no resistía el ruido. Sacó de su bandolera un par de cartuchos de pistola y se tapó los oídos con ellos. —A. H.

Citas citables

QUIEN pierda una hora por la mañana se pasará buscándola el resto del día.
— Lord Chesterfield

LO MÁS importante que puede saber un hombre es que, al aproximarse a la puerta de su casa, alguien estará esperando escuchar sus pasos.
— Clark Gable, según Ronald Reagan y Richard Hubler, en *Where's the Rest of Me?*

UNA DE las razones de que la experiencia sea tan buena maestra es que no permite que sus alumnos abandonen el estudio.
— C. T.

EL INGENIO es como el caviar: debe saborearse en porciones pequeñitas y elegantes, y no servirse en abundancia como la mermelada.
— Noel Coward

CUALQUIER astrónomo puede pronosticar con absoluta exactitud en qué punto se encontrará cada una de las estrellas del firmamento a las once y media de la noche, pero no puede hacer tal predicción con respecto a su hija adolescente.
— J. T. A.

UNA DE las características más salientes del genio es la capacidad de encender su propio fuego.
— J. W. F.

SE PUEDE convencer a los hombres contra su voluntad, pero no complacerlos.
— Samuel Johnson

UNO DE los deleites de la ancianidad, que la juventud no puede comprender, es el de poder abstenerse uno de ir adonde lo invitan.
— J. B. Priestley, en *Delight*

LOS DÉBILES que saben aprovechar su debilidad son fuertes. Es este el secreto de las mujeres y de las naciones menos desarrolladas.
— Maurice Couve de Murville, citado en *The Observer* (Londres)

LO MÁS insoportable de la vanidad ajena es que hiere la nuestra.
— La Rochefoucauld

LA POBREZA es una virtud cuyo valor exageran demasiado los que ya no la practican.
— B. C. K.


CONSOR
y será grata
su presencia...
con
LANCASTER
LOCION COLONIA O' LAVANDA

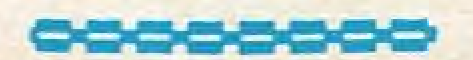


Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

LA RISA es uno de los ejercicios más saludables: ayuda más a la digestión que el bicarbonato. Por eso, en otros tiempos, bufones o bromistas trataban de hacer reír a los potentados durante la comida con sus bufonadas, chascarrillos, etcétera. Por lo menos podrá sonreír el lector, y ya es algo, con las graciosas o humorísticas citas con que ilustramos en las páginas 20 y 21 las veinte voces de abajo.



1) **ambidextro** — A: que tiene cierta afición. B: ámbito. C: habilidad. D: ambigüedad.
2) **barrendero** — A: barredero. B: que brega. C: que usa la escoba. D: barretero.
3) **carácter** — A: orgullo. B: genio. C: aptitud. D: esmero.
4) **dote** — A: cierto día. B: boda. C: fecha. D: caudal.
5) **egoísmo** — A: amor propio. B: amor mío. C: afición. D: egolatría.
6) **falsificador** — A: que miente. B: que contrahace. C: que tiene falsía. D: que hurta.
7) **hongo** — A: seta. B: fondo. C: sombrero de paja. D: fundo.
8) **latoso** — A: hojalatero. B: dañoso. C: fastidioso, pesado. D: doloso.
9) **momia** — A: término médico. B: hebreo. C: quirúrgico. D: arqueológico.
10) **monóculo** — A: un lente. B: un monumento. C: un simio. D: cultivo único.
11) **nevera** — A: cierto armario. B: nieve. C: casucha. D: nevazón.
12) **odontológico** — A: relativo a la faringe. B: a los dientes. C: al oído. D: a los ojos.
13) **picador** — A: picotero. B: amansador. C: mono sabio. D: un torero.
14) **retrete** — A: excusado. B: pozo. C: oficina. D: banda.
15) **sutura** — A: albura. B: costura. C: rotura. D: abertura.
16) **terapeuta** — A: término físico. B: químico. C: médico. D: filosófico.
17) **tocólogo** — A: especialista en obstetricia. B: odontología. C: dermatología. D: oftalmología.
18) **turista** — A: bañista. B: maletero. C: matutero. D: viajero.
19) **veleidad** — A: velocidad. B: inconstancia. C: pertinencia. D: vilipendio.
20) **virus** — A: término químico. B: botánico. C: físico. D: médico.



Respuestas a

"ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página 18)

1) **ambidextro** — C: habilidad para valerse igualmente de ambas manos. "*Ambidextro* es el que puede robar con igual destreza del bolsillo de la derecha que del de la izquierda".
2) **barrendero** — C: persona que tiene por oficio barrer. Figuradamente: "El tiempo, *barrendero* de ilusiones". (Gutiérrez Nájera)
3) **carácter** — B: natural o genio. "Dicen que sólo viajando o casándose es posible penetrar la verdad de los *caracteres*". (Alone: Hernán Díaz Arrieta)
4) **dote** — D: caudal que lleva la mujer al matrimonio. Puede decirse *el dote* o *la dote*. "*Dote* es lo que el novio espera encontrar en el matrimonio cuando no hay atractivo mejor".
5) **egoísmo** — A: inmoderado amor propio, con perjuicio de los demás. "El único *egoísmo* aceptable es el de procurar que todos estén bien para estar uno mejor". (Benavente)
6) **falsificador** — B: que hace moneda falsa. "El único hombre que hace más dinero del que su mujer puede gastar, es el *falsificador*".
7) **hongo** — A: seta. "Los *hongos* viven solo en terrenos húmedos, y por eso han tomado la forma de paraguas". (Eliana Simón)
8) **latoso** — C: fastidioso, pesado. "*Latoso* es el que habla cuando usted desea que *oiga*".
9) **momia** — D: cadáver desecado. "El arenque y el bacalao son *momias* comestibles".
10) **monóculo** — A: lente para un ojo. "*Monóculo,* un objeto que sirve no para ver, sino para ser visto". (Julio Camba)
11) **nevera** — A: armario para conservar los alimentos. "Terminada la lu-

na de miel, él le telefonea para decirle que llegará tarde a la comida; pero ella ya le ha dejado una nota en que le dice que la encontrará en la *nevera*".

12) **odontológico** — B: relativo a la odontología (tratamiento de los dientes). "Empastar en lenguaje *odontológico* significa sacar dinero". (Jardiel Poncela)

13) **picador** — D: torero montado. "El *picador* es un Don Quijote que ha engordado". (Gómez de la Serna)

14) **retrete** — A: excusado, común, evacuatorio. "No tienen *retrete* (la gente del siglo XVIII), pero suspiran por el clavicordio". (Antonio Mingote)

15) **sutura** — B: costura de una herida. "Ya está hecha la *sutura* . . ." (dice el cirujano) ". . . pero, ¡canastos!, ¡diantre!, ¡córcholis! . . . se me ha quedado el bisturí adentro".

16) **terapeuta** — C: persona que practica la terapéutica (tratamiento de las enfermedades). "El *terapeuta* es el torero de las enfermedades". (Gómez de la Serna)

17) **tocólogo** — A: doctor que ejerce la tocología u obstetricia. "El padre de un recién nacido —mientras suma las cuentas del *tocólogo*— dice a la madre que está pesando al niño: sale a 280 pesos el kilo".

18) **turista** — D: persona que viaja por distracción y recreo. "El *turista* es un vagabundo con dinero. El vagabundo es un *turista* sin dinero".

19) **veleidad** — B: inconstancia. "La *veleidad* tiene la culpa de que muchos talentos sean estériles".

20) **virus** — D: agente infeccioso. "*Virus* es una voz latina que usan los médicos cuando quieren decir al enfermo: De esto yo sé tanto como usted"

Calificación

20 respuestas acertadas ... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular

El autor revela lo que todo hombre o mujer debería saber

Consejos de un soltero sobre el matrimonio

POR COREY FORD

SUPONGO que el lector se preguntará cómo es posible que un soltero pretenda dar consejos sobre la vida conyugal. La verdad es que el hombre que se ha conservado célibe tiene interés personal en que todos sus amigos casados se mantengan unidos. ¡Caramba! Si todos mis amigos se divorcian, ¿a dónde iré a pasar gratis un fin de semana?

No sólo eso, sino que un visitante soltero aprende a abrir bien los ojos, aunque no sea más que para esquivar la vajilla que hombre y mujer se arrojan mutuamente durante una riña conyugal. Después de haberme pasado la noche dando vueltas en el catre del cuarto destinado a los huéspedes, mientras las voces coléricas del dueño y la dueña de la casa repercutían a través de las delgadas paredes que hoy se acostumbra construir, he llegado a formarme una idea bastante exacta de las causas de que los lazos matrimoniales se desbaraten. Basándome en esas observaciones, que confieso son las de un mero espectador involuntario, me permito ofrecer algunas indicaciones que los consejeros en esta materia tal vez hayan pasado por alto.

Ante todo, marido y mujer deben abstenerse de hacer pública burla de los defectos de su cónyuge. La



Inseparable compañero de sus elegantes "quehaceres"

Lo hicimos sobrio y elegante porque usted es exigente y aprecia esas cualidades. Lo hicimos ágil, dócil en la maniobra porque hemos tenido en cuenta su prisa, su necesidad de estacionar en cualquier huequito.
Lo hicimos cómodo, con mullidos asientos que se acomodan a su cuerpo, con generoso y confortable espacio interior porque sabíamos que usted gusta del confort.

Lo hicimos práctico, con un baúl "cabedor" que traba automáticamente su tapa, porque estábamos seguros de que usted lo llevaría de compras.
Lo hicimos con tapizado de fácil lavado porque se nos ocurrió pensar en las diabluras de sus chicos.
En pocas palabras: hicimos este Chevrolet para que usted lo sienta muy... muy suyo.

CHEVROLET *Super*

mujer que por divertir a sus invitados cuenta que su marido ha echado tantas carnes que no cabe ya en los trajes que se compró hace tres años, o relata los trabajos que él pasó para meterse por la ventana la noche que se olvidó la llave, no hace más que buscarle tres pies al gato. Hay algunas cosas sobre las cuales un hombre es especialmente sensible, y entre ellas figura la de que le recuerden que está aumentando de peso. Por ejemplo, si va a comprar pantalones, invariablemente contiene el aliento y contrae los músculos abdominales mientras el vendedor le mide el talle, aunque luego deba colgar esa prenda en un armario porque no la puede usar. En vez de burlarse por esto del marido, la esposa solícita cuidará cualquier tarde de agrandar el talle de los pantalones sin que su esposo lo advierta.

Asimismo todo hombre se enorgullece de sus espléndidas condiciones físicas. Una mujer jamás dirá al marido: "No trates de alzar ese baúl, mi amor, porque volverás a lastimarte la espalda. Espera mejor a que venga el cargador". Así sólo conseguirá incitarlo a que él se empeñe en llevar abajo el baúl sin ayuda de nadie... y que luego se pase una o dos semanas tendido sobre una tabla. Es mejor idea decirle: "Maridito, ¿me haces el favor de llevar abajo este baúl?" Todo hombre buscará cualquier excusa para aplazar la tarea que se le asigne, sea cual fuere, y cuando llegue el cargador, el baúl estará todavía en lo alto de la escalera.

Casi todo hombre se cree también experto en mecánica. Si su automóvil deja escapar un par de falsas explosiones y se detiene, aquél no dejará de bajarse para levantar la cubierta del motor y examinarlo. No tiene, por cierto, la menor idea sobre la causa de la falla, pero andará toqueteando la máquina durante una hora antes de reconocer que no puede arreglarla. La esposa, por su parte, debe permanecer tranquila en su asiento y abstenerse de hacer proposición o recomendación alguna; por ningún concepto hará sonar la bocina (con lo que sólo conseguiría que el marido diera un salto y se golpeara la cabeza contra la cubierta) para luego hacerle notar que el tanque de la gasolina está vacío.

Este principio es aplicable también mientras el marido vaya manejando. Nada enfurece tanto a un hombre como que le digan que se ha perdido, sobre todo cuando él mismo acaba de advertirlo. Y no mejorará mucho la situación si la esposa observa que han pasado tres veces frente a la misma iglesia y que tal vez sería conveniente preguntar en alguna gasolinera. Todo hombre es capaz de desviarse hasta 80 kilómetros del buen camino antes de detenerse para pedir que le orienten.

Por supuesto que esta regla tiene vigencia recíproca. El marido debe abstenerse de criticar nunca la forma en que maneja su esposa, o de asir precipitadamente el volante

boca bien limpia y fresca... ...SIN MAL ALIENTO!



CREMA DENTAL

Signal

CON HEXACLOROFENOL EN SUS RAYAS ROJAS

El Hexaclorofenol, modernísimo antiséptico, combate eficazmente las causas del mal aliento de origen bucal!

(Acérquese aún más... confíe en Signal!)

cuando ella lo suelta para arreglarse el peinado con las dos manos. Las mujeres tienen un sistema propio de conducir el automóvil. Por ejemplo, si una de ellas hace funcionar la luz intermitente de la izquierda, quiere decir que va a virar hacia la derecha; si saca un brazo por la ventanilla y agitándolo extiende los dedos y señala en todas direcciones, ello sólo significa que se está secando el esmalte de las uñas. El marido que no entienda este femenino código de señales hará mejor en apearse y seguir a pie.

El esposo debe saber también que es una imprudencia ridiculizar la intuición de su mujer. Si ella se despierta en medio de la noche y le dice que tiene el extraño presentimiento de que algo va a suceder, él deberá abstenerse de darle una palmadita en el hombro y de aconsejarle que se vuelva a dormir. Tarde o temprano *algo* sucederá, y entonces la mujer se lo meterá triunfalmente por las narices y le recordará que ya se lo había dicho. Piénsese en el extraño caso de un amigo mío que llevó a su mujer al hipódromo, donde ella apostó a una potranca llamada Pecosa porque en la escuela secundaria había conocido a una chica a quien conocían por la "Pecosa" Julia. El caballo llegó el último, es verdad, pero dos días más tarde la esposa de mi amigo recibió una tarjeta postal de la "Pecosa" Julia, lo cual demuestra que los hombres carecen en absoluto de intuición.

Otra fuente de discordia conyu-

gal es la costumbre femenina de hacer preguntas perogrullescas. Si un hombre se pone el abrigo y se cala el sombrero, su esposa debe resistir el impulso de exclamar: "¿Vas a salir?" Y cuando él regresa ella deberá abstenerse de preguntarle: "¿Estás de vuelta?" Por otra parte, sólo puede traer complicaciones el que la mujer alce en la mano un sobre sin abrir, estudie el matasellos y murmure: "¿Quién crees que puede escribirme de Santa María?" Tampoco se olvide que cuando la mujer llega con media hora de retraso a la oficina para buscar con el automóvil a su marido, no hará más que empeorar las cosas si pregunta: "¿Tuviste que esperar mucho?"

Lo cual me lleva a formular un principio fundamental: ciertas cosas vale más que no se digan. El hombre jamás elogiará delante de su esposa el modo de cocinar de otra mujer, ni observará: "¿Por qué no puedes hacer un pastel de limón como el de Elsa?" Pasarán no menos de diez años antes de que ella le sirva plato alguno sin preguntar (apretando los dientes): "¿Te parece tan bueno como el que hace Elsa?" De la misma manera, la mañana siguiente a una reunión, la mujer se abstendrá de recordarle al marido el número de copas que este ingirió; en cuanto a él, hará bien en morderse los labios en silencio si la esposa no es capaz de tomar a derechas un mensaje telefónico. Un matrimonio que conozco está en vías de divor-

ciarse sólo porque el marido le arrojó un cenicero a su mujer cuando ella le dijo: "Llamó alguien mientras estabas fuera y dijo que lo llamaras tú en seguida, pues es muy importante. No recuerdo su nombre, pero creo que el número de su teléfono es 39 y no sé qué más".

En resumen, es cuestión de comprensión mutua. La esposa que nunca puede recordar dónde dejó las llaves del automóvil jamás criticará a su marido porque este olvide el aniversario de bodas.

Reconozco que hay ciertas cosas que un cónyuge es incapaz de comprender tratándose del otro. Para la mujer siempre será un misterio el que su marido prefiera secarse las manos en la alfombrilla del baño antes que usar una toallita bordada destinada a los huéspedes; o la razón de que él sea incapaz de encontrar nada cuando busca algo en casa. El hombre se ve no menos perplejo si pretende explicarse por qué su esposa, cuando espera invitados a cenar, invariablemente echará mano de una receta que nunca ha ensayado antes; cómo se las arregla para perder un guante en vez de los dos, o en qué lugar de la casa guarda las cosas. Marido y mujer deben aceptar tales enigmas sin intentar descifrarlos, y decirse filosóficamente: "Bueno, así es la mujer o el hombre". Pero sin que el otro lo oiga, claro está.

Espero que estas pequeñas observaciones expliquen por qué tantos matrimonios se van a pique. Por lo menos, tal vez expliquen por qué no me he casado yo.



Avisos de iglesia

Dos SEÑORES estaban viendo incendiarse el templo a que ambos asistían. Uno de ellos decía:

—No te había visto por la iglesia desde hace mucho tiempo. ¿Por qué no vienes con más frecuencia?

A lo que repuso el otro:

—Es la primera vez que la veo en llamas. —F. C. P.

UN AMIGO nuestro, al entrar en la iglesia una mañana lluviosa, observó que el sacristán tocaba las campanas con más vigor que de costumbre y le preguntó la razón de ello. "¡Si no van a venir, que no puedan dormir tampoco!" replicó el campanero. —J. W.



Si puedes dejar a tu hijo una sola cosa, que sea el don del entusiasmo. — Bruce Barton

EN UN MOMENTO...
SIN PERDER TIEMPO
POR

ACCESORIOS PARA AUTOMOTORES

lo atenderán en el

ESSO SERVICENTRO

Bujías de chispa instantánea, 5 rebordes, y luz exacta para cada motor y modelo de coche.
Y allí, bajo un solo techo, podrá adquirir también todos los accesorios — dentro del "stock" más completo — de la acreditada línea **ATLAS,** que han sido fabricados por el mejor productor de cada rubro.

ES UN
SERVICIO
EXTRA
DE
Esso





R. DE LUCA - PUBL. TAN

SU CABELLO
NO PUEDE TOMAR VITAMINAS
EN CAPSULAS...
POR ESO PANTEN CON PANTYL
ES LIQUIDO

LOCION CAPILAR PANTEN contiene PANTYL, la nueva sustancia vitamínica descubierta por científicos suizos, que penetra hasta las raíces capilares, revitalizando la savia del cabello y combatiendo las causas de su caída. PANTEN elimina eficazmente la caspa y la seborrea. Desde hoy, proporcione a su cabello las vitaminas que necesita, mediante una fricción diaria con

LOCION CAPILAR

PANTEN®

única con **Pantyl**

Importado de Suiza

Pida en su peluquería una fricción.

Para cabello seco y graso: estuche rojo.
Para cabello canoso seco y canoso graso: estuche azul.

® Marca Registrada

¿Quién habla el idioma de todos?



POR MENG YAO
Distinguida escritora china

LLEVO mucho tiempo valiéndome de las palabras como instrumento de trabajo, y tanto me fascinó su variedad y esplendor, que difícilmente necesitaba de ninguna otra cosa. A menudo pienso que la palabra es el más excelso de los dones otorgados al hombre.

Y sin embargo ¿no es el más restringido de los medios de comunicación? El compositor se expresa en la música, y su mensaje llega a todas partes, pues cualquier persona puede apreciar la música. El pintor dispone del color y la forma, que también son universalmente comprendidos. Pero la palabra escrita, con que manifestamos nuestras ideas y nuestros estados de ánimo, no todos la entienden fácilmente, a causa de las diferencias de lenguaje.

Una revista como THE READER'S DIGEST, por ejemplo, que siempre ha cultivado temas de interés internacional, no estuvo al alcance del pueblo chino hasta que apareció la edición china.

Así, ¡cuán maravilloso resulta poder participar ahora de los conocimientos que difunde THE READER'S DIGEST, puesto que esta publicación habla todos los idiomas, como lo prueba el éxito de sus ediciones internacionales!

TIENE POR
CUNA UN CASCO
DE ROBLE

Con Old Smuggler se ganó el campeonato mundial de coctelería 1965.



TOMO LI
Nº 305

Selecciones del Reader's Digest

ABRIL
de 1966

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Los progresos científicos pueden darnos pronto el poder de modificar la naturaleza esencial del hombre; pero ¿tendremos la sabiduría necesaria para aprovecharlo?

¿Llegará el hombre a dirigir su propia evolución?

POR ALBERT ROSENFELD
Condensado de "Life"

LE GUSTARÍA al lector que le dieran un cerebro más grande y eficiente? ¿O un remedio para la vejez? ¿Hijos que nazcan sin padres? ¿Un cuerpo del tamaño y color de piel que se escoja?

Como consecuencia de las actuales investigaciones, descubrimientos y realizaciones en diversos campos de la ciencia, ninguna idea acerca de las futuras trasformaciones en la vida del hombre parece demasiado descabellada. En los círculos científicos no hay hoy asunto tan común de discusión como el control del hombre sobre su propia herencia y evolución. Y las discusiones casi no dejan duda de que el hombre adquirirá ese control. Lo único que no se sabe es *cuándo.* Y esto significa que pronto nos vamos a ver ante nuevos quebraderos de

cabeza en lo jurídico, en lo ético y social, en lo moral, filosófico y religioso.

Nenes en paquetes. Los descubrimientos realizados en el campo de la reproducción han creado ya escenas que antes habrían parecido de novelas de ficción científica. Hace poco el Dr. E.S.E. Hafez, biólogo experimental de la Universidad del Estado de Washington, pidió a un sabio colega alemán que le mandara 100 ovejas de la raza más fina. El hato completo le fue entregado en una sola coneja: 100 moruecos y ovejas, todos en forma de embriones de pocos días de vida, que crecían como si estuvieran en su madre natural. Siguiendo un procedimiento ya bien establecido en Europa, el Dr. Hafez implantará cada embrión en una oveja, en cuyo cuerpo se verificará la gestación, y el cordero nacerá a los pocos meses.

No ve el Dr. Hafez por qué no habría de dar este método iguales resultados con los seres humanos. Cree que dentro de 10 o 15 años una señora podrá entrar en una especie de almacén, examinar filas de paquetes como aquellos en que se venden semillas y escoger su hijo por la etiqueta. Cada paquete contendría un embrión congelado, de un día de edad. La etiqueta diría a la compradora qué color de ojos y cabello podría esperar, lo mismo que el probable sexo, inteligencia y tamaño del nene. Hecha la elección, la señora llevaría el paquete a su médico para que le implantara el embrión en su propio cuerpo, donde se desarrollaría durante nueve meses lo mismo que cualquier hijo concebido en forma normal.

Otras investigaciones sugieren que una futura madre podría inclusive evitarse el embarazo. Algunos científicos han logrado ya criar embriones "in vitro" (dentro de un frasco), aunque estos solo han vivido unos pocos días. Si las dificultades técnicas no resultan insalvables, alguien va a traer al mundo uno de estos días un nene desarrollado totalmente en el laboratorio. Además de librar a la madre de los inconvenientes de la preñez, este procedimiento ofrecería ventajas para la criatura, tales como mayor seguridad y facilidad en el tratamiento "prenatal" de cualquier defecto.

De todas las variaciones que se podrían ejecutar sobre el tema de la procreación humana, la más notable sería la producción de seres cuyas características pudieran especificarse de antemano. Los hombres de ciencia predicen que a ello podrá llegarse operando directamente sobre el material genético. Este material básico, del cual están formados los cromosonas, es ácido desoxirribonucleico (ADN)*. En la enroscada estructura de la molécula de ADN y en la complicada disposición de sus átomos se encuentra el secreto final de la herencia. Los sabios empiezan a leer la clave genética, aunque no muy bien todavía, y puede pasar mucho tiempo

---

*Véase "ADN, el secreto de la vida", en SELECCIONES de diciembre de 1962.

antes de que la lean de corrido; mas cuando a ello lleguen, quizá aprendan también a "escribirla", esto es, a formular prescripciones genéticas en la clave del ADN.

Cuando ese día llegue, el poder del hombre será el de un verdadero creador. Más allá de la posibilidad de acabar con las enfermedades y defectos, existe la de mejorar a los seres humanos haciéndolos más inteligentes, más hábiles, más virtuosos, mediante la modificación del material genético. Nadie se atrevería a negar que al hombre le convendría cierto perfeccionamiento; pero al disponer de los medios eficaces de llevarlo a cabo, se plantean graves interrogantes: ¿A quién vamos a asignar el papel de creador? ¿A qué sabio, estadista, artista, juez, poeta, teólogo, filósofo o educador —de qué nacionalidad, raza o credo— le confiaremos que decida cuáles características son deseables y cuáles no lo son?

Leyes anticuadas. Seguramente han de pasar muchas generaciones y falta todavía mucho trabajo para llegar a semejante grado de intervención precisa y detallada en los genes; mas no es demasiado temprano para prever las alternativas que nos planteará, como nos las plantearán también en cualquier momento otros avances científicos. La verdad es que, aun para hacer frente a lo que ya existe, nuestra estructura jurídica y social ha resultado anticuada e inepta.

Tomemos, por ejemplo, el procedimiento relativamente sencillo de la inseminación artificial. Cada año nacen por este sistema muchos millares de niños, pero a pesar de lo común que el método se ha hecho, su aspecto jurídico sigue en duda. Algunos jueces han declarado que constituye adulterio y que los niños son ilegítimos. ¿Quiere esto decir que el anónimo donador del esperma es un adúltero? ¿Podría un marido vengativo nombrar a su rival en un juicio de divorcio? Hoy la ley ni prohíbe ni aprueba la inseminación artificial. Sencillamente no la ha tomado en cuenta; pero no podemos seguir cerrando los ojos ante la perspectiva inmediata de progresos todavía más radicales en el campo de la biología.

En la inseminación artificial, tal como se ha venido practicando hasta ahora, los padres no pueden intervenir en la elección del donador. El Dr. Hermann Muller, Premio Nobel de genética, propone en cambio que los padres escojan (cuando esto llegue a ser posible) del esperma de aquellos "cuya vida haya demostrado dotes sobresalientes de espíritu, meritoria disposición y carácter, o aptitud física", para dar a sus hijos "la constitución hereditaria que más se aproxime a sus propios ideales".

Para minimizar los problemas jurídicos de la herencia, Muller propone que, una vez que estén funcionando en gran cantidad los bancos de esperma, la elección se limite al de aquellos donadores ya difuntos y que haya estado guardado por lo menos 20 años. De esta suer-

te, a través del tiempo y del espacio, una mujer, guiada por los especialistas, podrá escoger para padre de su hijo a un filósofo hindú, a un atleta escandinavo o a un poeta francés.

La elección genética se ampliará considerablemente, desde luego, una vez que la técnica de implantación de óvulos empiece a aplicarse a las hembras del género humano. Es posible estimular a las mujeres, mediante un tratamiento con hormonas, para que en lugar de un solo óvulo al mes produzcan muchos que se repartirán a otras. De este modo una mujer estéril, que normalmente no podría concebir, puede sin embargo llegar a experimentar la satisfacción emocional de tener hijos. Otra a quien por sufrir del corazón el médico le haya aconsejado que no debe concebir, podría donar un óvulo para que la gestación se cumpla en un cuerpo ajeno.

Estamos, pues, entrando en una era en que pueden nacer hijos de padres geográficamente separados e inclusive largo tiempo fallecidos; en que las vírgenes darán a luz corrientemente; en que unas mujeres traerán al mundo los hijos de otras; donde el amor y la reproducción serán cosas independientes; en que unos pocos hombres favorecidos serán padres de millares de niños; y en que tal vez se necesitará permiso del gobierno para tener un hijo. ¿Podrá sobrevivir en medio de todo esto la tradicional institución de la familia, ya tan zarandeada? Y si no ¿qué la remplazará?

Los problemas de identidad. Aun los que hoy vivimos tal vez alcancemos a presenciar extraños problemas de identidad como consecuencia de la creciente capacidad del hombre para controlar su propia mortalidad después del nacimiento. A medida que se dispone con mayor facilidad de órganos para trasplantar y partes artificiales del cuerpo, no es del todo absurdo prever el día en que cualquiera de nosotros ande por ahí con una córnea de plástico, unos pocos huesos de metal y arterias de dacrón; con glándulas regaladas, riñones e hígado de un animal; con un corazón artificial y dispositivos electrónicos para sustituir funciones nerviosas que se hayan atrofiado. Se ha insinuado (aunque esto seguramente no lo veremos nosotros) que el cerebro también puede ser remplazado, ya por trasplante de un cerebro ajeno o por alguna especie de dispositivo electrónico o mecánico.

Ya se han logrado modificaciones bastante radicales de la personalidad con las técnicas existentes, como el llamado "lavado cerebral", la terapéutica de electrochoque y la lobotomía prefrontal, sin que se susciten graves problemas de identidad. Pero ¿ocurrirá lo mismo si se sustituyen con partes o sustancias extrañas las propias de una persona y se obtiene como resultado un proceso bioquímico distinto y una nueva personalidad con nuevos gustos, habilidades y creencias políticas?

A un hombre tal ¿no podría su

mujer desconocerlo como su marido y, en efecto, no habría dejado de serlo? ¿O bien podría él decir que su anterior oficio y familia no le satisfacían y abandonarlo todo? Con el correr del tiempo puede ser necesario declarar, sin que haya ocurrido la muerte, que el señor X ha dejado de existir y que en cambio ha empezado a ser el señor Y.

El problema se agudizará a medida que aparezcan nuevos métodos de reparar las lesiones causadas en órganos vitales, y de arrancar a una persona de lo que llamamos la muerte. Tan probables parecen estos nuevos progresos, que ya hay un movimiento tendente a hacer que los cadáveres se sometan a congelación instantánea y se guarden por si llega el día en que puedan ser revividos por el arte médico y la ciencia del futuro.

Los hombres de ciencia, en su mayoría, no toman esta idea en serio. Lo maravilloso es que el proyecto tenga una base válida y que tan rápidamente se haya apoderado de la imaginación popular. Hace poco un individuo de Springfield (Ohio) casi logra hacer congelar el cadáver de su mujer, pero al fin las autoridades médicas y jurídicas no quisieron cooperar. Muchas personas han dispuesto en su testamento que su cuerpo sea congelado, con la esperanza de volver a vivir. Antes de mucho tiempo veremos indudablemente un "funeral" de esta especie.

Cuando a un hombre lo metan en un congelador en lugar de enterrarlo ¿qué ocurre con sus bienes? ¿Puede su viuda —o mejor dicho, su esposa— o sus hijos cobrar el seguro? Si el cadáver de una persona se puede revivir algún día ¿es posible realmente cometer un asesinato? ¿O un suicidio? ¿Se consideraría homicidio dejar de congelar a una persona? Los que se sintieran aburridos o desgraciados ¿no podrían hacerse congelar para volver a vivir en una época mejor?

La religión, no menos que la ley, tendrá que ayudar a resolver en dónde están el bien y el mal en todo esto, lo mismo que otras cuestiones importantes; por ejemplo, lo que al alma se refiere. Si un hombre ha estado muerto durante 30 minutos y luego revive ¿dónde estaba el alma mientras tanto? ¿Y cuál es la situación de un cuerpo en que se han implantado nuevos órganos al por mayor y en que hasta el corazón y el cerebro han sido remplazados? ¿Conserva este individuo la misma alma? ¿Perderá su significado el concepto actual del alma y tendrá que ser remplazado por un nuevo concepto teológico?

Modificación del cerebro. La mejora de la capacidad cerebral es otra innovación que parece posible. El aumento de volumen del cerebro podría lograrse por regulación genética o prenatal.

Diversos experimentos de hipnotismo, terapéutica con drogas, estímulo eléctrico del cerebro y biología molecular, parecen indicar que hay memorias concretas (inclusive toda la experiencia y la educación)

almacenadas en lugares determinados del cerebro por un proceso electroquímico. Hace algunos años el eminente neurocirujano canadiense Dr. Wilder Penfield descubrió que, al estimular eléctricamente cierto punto del cerebro del paciente, este evocaba con los más vivos detalles un incidente que creía totalmente olvidado. Resultados parecidos se han obtenido con la hipnosis o bajo la influencia de ciertas drogas. ¡Piense el lector cuál sería nuestra capacidad intelectual si pudiéramos recordarlo todo y mantenerlo eficazmente almacenado para recuperarlo al instante!

Algunos de estos experimentos han revelado que a una persona se le pueden hacer "recordar" cosas que jamás le han ocurrido. Si la memoria consiste realmente en cambios electroquímicos en la estructura de ciertas moléculas de las células cerebrales, entonces podría ser posible, teóricamente, alterar dichas estructuras. Ciertas investigaciones hechas en este sentido han llevado a algunos sabios a conjeturar que cualquier materia se podría enseñar en un futuro remoto por el simple método de inyectar al individuo lo que en efecto vendría a ser un virus artificial. Tal virus nos daría álgebra o francés en lugar de darnos pulmonía.

Al servicio de los valores humanos. Es fácil adoptar ante todos estos problemas una actitud negativa para eludir la respuesta a ciertas preguntas básicas: ¿Cuál es la meta del hombre? ¿Qué valores humanos deseamos conservar? Pero si no contestamos tales interrogantes no podemos aprovechar los progresos científicos de la manera en que se deben aprovechar, es decir, como instrumentos para servir a los valores humanos.

Puede ser tranquilizador saber que los estadistas, los teólogos, los filósofos y los hombres de ciencia se están preocupando por todas estas cosas; mas no podemos permitir que ellos solos estudien nuestros problemas y tomen las decisiones. La época que se aproxima es compleja e inexplorada. Como nadie ha estado en ella, no hay especialistas. A todos nosotros, que tenemos un cuerpo y un cerebro susceptibles de ser modificados, o descendientes a quienes se podrían dar características predeterminadas, nos interesa profunda y personalmente el resultado. La única forma de garantizar que se practicará el bien, es intervenir en las decisiones.

El cliente de un banco, irritado porque con la implantación de los métodos electrónicos le han registrado con un número en vez de hacerlo por su nombre, envió una tarjeta saludando al gerente y la firmó con el número de su cuenta. Pedía disculpas por dirigirse a aquel por su nombre, y añadió: "Lo siento, pero no sé cuál es su número".

— *Evening Standard* (Londres)

Regresa un héroe

Por Kenneth Gilmore

Esta es la historia de un valiente soldado, Christopher O'Sullivan, y de su regreso de Vietnam.

Nació en las afueras de Nueva York, como habría podido nacer en cualquier otra parte del país, y tenía 10 años cuando la familia se mudó a un tercer piso en Astoria, cerca del aeropuerto de La Guardia, el año de 1946. "Vamos a vivir sobre una confitería", dijo entusiasta el padre, William O'Sullivan, a Chris y a su hermanita Hanora, de tres años. En realidad se trataba de una heladería que vendía también diarios y revistas, pero todo el mundo decía "la confitería".

Tuvieron que meter el piano por la ventana de la salita del apartamento. Bill O'Sullivan y Anna, su mujer, eran amantes de la música. Organizaban la velada en torno al instrumento y toda la familia cantaba. En Irlanda, su tierra natal, Bill había aprendido centenares de baladas, como aquella de *El soldadito irlandés,* con su melancólica letra: *"Adiós, madre querida, tu hijito se va a la guerra; no llores, solo reza para que algún día vuelva"*.

Chris gozaba con las tradiciones irlandesas, pero lo que realmente le fascinaba era una instantánea del álbum de la familia, en que aparecía un chico de 12 años con un fusil en la mano. Era Bill O'Sullivan, que en la época de la primera guerra mundial había huido de su casa para engancharse en el regimiento de Fusileros Reales de Munster.

—Como estaba bastante desarrollado para mi edad —decía Bill a guisa de explicación— me puse los pantalones de mi padre.

—¡Eso debió de ser maravilloso! —exclamó Chris.

—Lo que resultó realmente maravilloso —replicó Bill— fue mi viaje a los Estados Unidos cuando tenía precisamente 14 años.

En efecto, Bill O'Sullivan vivió desde esa edad en Nueva York, donde ingresó en la policía y ascendió desde agente uniformado hasta detective; colaboró con el procura-

dor Thomas Dewey (después gobernador del Estado y candidato a la presidencia) en la persecución y condena de peligrosos criminales; e inculcó en su hijo la admiración que él mismo sentía por las instituciones democráticas de su patria adoptiva. Dedicaba sus días de descanso a llevarlo a conocer los lugares de interés histórico: Albany, los campos de batalla de Gettysburg, la restaurada Williamsburg, capital de la antigua colonia de Virginia.

Chris escogió la carrera de las armas y después de graduarse y terminar un curso de especialización para infantería aerotrasportada, fue enviado a Hawaii con el grado de subteniente. Allí lo alcanzó para casarse con él su novia de Nueva York, Eleanor Scott, que vivía a tres manzanas de la confitería.

En 1962, después de prestar servicio en Tailandia durante seis meses, Chris visitó a Vietnam en un viaje de observación de 30 días, y quedó profundamente impresionado por el terrorismo comunista. A su regreso a los Estados Unidos pidió insistentemente que lo destinaran a aquel país, y al fin le dieron gusto. En setiembre de 1964 partió para Vietnam. Al despedirse en el aeropuerto, como ya tenía dos hijitos (Michael, de tres años, y Stevie, de dos), dijo a su padre:

—Te ruego que me remplaces. Los niños necesitan un padre y es posible que yo esté ausente mucho tiempo. Si puedes, llévalos a conocer los monumentos históricos.

"Duermo vestido". Bill y Anna volvieron, pues, a visitar los lugares que tanto quería Chris, solo que ahora acompañados por Eleanor y sus nietecitos. En el apartamento, Anna mantenía el oído atento a la llegada del cartero. Chris les escribía.

Queridos padres: . . . Los francotiradores disparan miles de tiros al día. Por las noches el Vietcong domina a Vietnam y soldados y consejeros esperamos ansiosos el amanecer.

Ayer cayó un proyectil de mortero a tres metros de mi jeep. Aquí las balas, los morteros, las minas, las trampas y el fuego rasante de aviones son tan habituales como el ruido constante del ferrocarril subterráneo en Nueva York. Soy consejero del Batallón 39 de batidores vietnamitas, que tiene su campamento en una aldea. Si tenéis un mapa . . .

Ya habían comprado un mapa, un mapa grande para seguir los pasos del hijo ausente. Bill lo desplegaba sobre la mesa del comedor y trataba de imaginar lo que estaría ocurriendo en un punto llamado Duc Pho. Cuando Eleanor recibía carta, la llevaba a los abuelos en sus diarias visitas con los niños.

Queridísima Eleanor: Esta mañana vino a nosotros una mujer con un niñito escaldado. El Vietcong había dominado esta aldea tanto tiempo que el pueblo creía realmente que nosotros, los consejeros norteamericanos, nos comemos a los niños. Cuando la mujer me vio, huyó dando alaridos . . .

Frente a la confitería, en el puesto de periódicos, los encabezamientos de los diarios informaban sobre la complicación de la guerra: las emboscadas sangrientas, las matanzas de survietnamitas al por mayor, el creciente número de víctimas norteamericanas, los penosos esfuerzos de Washington para negociar la paz. A fines de noviembre Bill O'Sullivan recibió en su trabajo un sobre de correo aéreo. Contenía una póliza de seguro y una carta que le heló la sangre:

Te mando a ti esta póliza de seguro adicional porque no quiero que sepan de ella ni Eleanor ni mamá, a menos que sea indispensable. El Vietcong nos aventaja ahora tanto en número de hombres como en armamento. Estamos rodeados. Días pasados caí en una emboscada del enemigo y el chofer de mi jeep quedó muerto. Duermo vestido y sólo me quito los zapatos.

En la confitería los vecinos preguntaban a Bill por su hijo. "Va muy bien", les contestaba con orgullo, pero cuando el cartero llamaba a la puerta, se le encogía el corazón. Una vez les llegó una cinta magnetofónica. Bill la puso en la grabadora y oyeron la grave voz familiar, con gritos de aves de la selva al fondo.

La hora de mayor peligro. Bill O'Sullivan quería que la Navidad fuera alegre, y con ayuda de sus dos nietos arregló el árbol en el apartamento. Mientras tanto, en Vietnam, el capitán O'Sullivan viajó con su escolta 30 kilómetros para oír misa en Duc Pho y echar una carta al correo.

Queridos hijitos: En esta víspera de Navidad sentiré menos mi soledad si me pongo a conversar con vosotros. En vuestra corta vida nos habéis dado, a vuestra madre y a mí, momentos maravillosos de amor y felicidad; momentos que no pueden medirse en horas sino en emociones profundas. Yo no puedo protegeros de todas las penas de la vida, pero sí puedo tratar de protegeros de uno de sus mayores peligros. Por eso esta noche estamos separados por miles de kilómetros.

En enero, Bill O'Sullivan sufrió un ataque cardiaco. "No quiero que lo sepa Chris", dijo. "Ya tiene bastantes preocupaciones". En el hospital, Anna le leyó con voz entrecortada la última carta del hijo:

Aquí una buena unidad de combate se emplea hasta que los soldados quedan completamente agotados. Es una tragedia que no tiene sino un desenlace. Llegará un día en que este batallón quede desangrado del todo.

¡Desangrado! . . . Bill estiró la mano y apretó la de Anna.

En marzo, Chris escribió a Eleanor:

Aquí, lejos de la falsa atmósfera de los héroes de la retaguardia, no se puede fingir. Yo he sentido miedo muchas veces, pero a pesar de todo puedo pensar, aconsejar y mandar. Ahora el miedo es mi compañero constante. Al aproximarse la terminación de mi servicio en el batallón, me da miedo sentir mie-

do. Aquí se tiene como axioma que el primer mes y el último son los más peligrosos para un consejero.

En abril, Chris debía terminar sus seis meses de servicio de combate y pasaría a un trabajo de oficina, pero el oficial vietnamita con quien hacía pareja le rogó que no se retirara. *Según lo que aprendí de ti* —escribía Chris a su padre— *no podía hacer otra cosa. Mi deber era quedarme.* Así pues, se quedó. Contrajo una infección de hongos en las manos, sufrió desórdenes intestinales y disentería. Su cabello, que era rubio, se tornó gris. De 84 kilos que pesaba, bajó a 70.

"Creo firmemente". El fin de semana de Pascua hubo en Washington una gran manifestación de protesta contra la política del gobierno en Vietnam, y uno de los oradores, que comparó a un terrorista del Vietcong con Jesucristo, fue aplaudido por la multitud. "Es extraño", comentó Bill O'Sullivan con su esposa, "¿no hay nadie que aplauda lo que están haciendo nuestros hijos para detener el comunismo?"

A los dos días, el 19 de abril, el Batallón 39 fue víctima de un furioso ataque del Vietcong. Durante dos horas, bajo un fuego mortífero, el capitán O'Sullivan pasó de un emplazamiento de artillería a otro para dirigir la defensa. Aniquiló a 15 enemigos y salvó a 75 de sus hombres que habían sido copados. Su elevada figura, de 1,88 m, se destacaba tanto que en medio del fragor del combate se oían los gritos de "¡Matad al norteamericano!" Desde ese día el Vietcong ofreció una recompensa de 500 dólares por la cabeza de O'Sullivan.

En los Estados Unidos se ponía mientras tanto de moda, en colegios y universidades, protestar contra la guerra en Vietnam. ¿Era esa guerra una simple maniobra para llegar a un acuerdo sin sentido? Bill O'Sullivan volvió a estudiar una carta especial que había leído muchas veces:

Creo firmemente en el significado de esta lucha. Ninguna solución sería peor que permitir a los comunistas apoderarse aquí de más hombres, mujeres y niños. Los vietnamitas conscientes no quieren una esclavitud neutral. Quieren escoger libremente su futuro. Y esto sólo puede ocurrir si nosotros vemos en la lucha un propósito: ayudar a este pueblo a vivir y desarrollarse en libertad. Este país, lo mismo que el nuestro en 1776, tiene que recibir ayuda.

Hasta el último hombre. A fines de mayo de 1965 el capitán O'Sullivan recibió al fin órdenes de retirarse a Saigón a descansar. En el camino se detuvo en Quang Ngai, pero el sábado 29 cien vietnamitas y tres norteamericanos fueron encerrados por el Vietcong en una aldea cercana. Se creyó que todos estaban perdidos. Uno de ellos era el teniente Donald Robison, que había prestado servicio con Chris casi todo el tiempo que había estado en Vietnam.

Chris, profundamente preocupa-

do, esperó noticias suyas en el pequeño aeropuerto de Quang Ngai. Esa noche escribió una carta a Eleanor y a la mañana siguiente dirigió un contraataque de los batidores. Súbitamente, los 300 hombres que componían su fuerza se vieron en graves aprietos. Más de 800 enemigos salieron de túneles disimulados en la selva. En un campo de muerte, Chris ayudó a retirar a los heridos y por radio dirigió ataques aéreos. Avisó que las municiones se les estaban agotando.

Entonces ocurrió la tragedia.

Atacando en compañía del sargento Willie Tyrone para tomar una colina, fue herido por la metralla. El sargento lo llevó hasta la cima y dio por radio la noticia de su muerte. Una partida de salvamento que llegó en helicóptero encontró también el cadáver acribillado de Tyrone. Estaban rodeados por más de un centenar de soldados survietnamitas, todos destripados. Habían peleado hasta el último hombre.

"Todo lo necesario". El domingo, 30 de mayo, Bill y Anna habían salido de paseo con Eleanor y los niños. Regresaron el lunes y dejaron a Eleanor y los chicos en su propia casa, antes de dirigirse a su apartamento sobre la confitería. A los pocos minutos se les presentó Eleanor llevando un telegrama. En los enrojecidos ojos de su nuera leyó el viejo detective la terrible noticia: su hijo había muerto.

El martes los diarios de Nueva York registraron el hecho en un breve suelto. Muchísimas personas llamaron por teléfono a Eleanor para darle el pésame. Sin embargo, también hubo una voz desconocida:

—¿Habla la señora O'Sullivan? La llamo para decirle cuánto me alegro de que su marido haya muerto. Recibió su merecido. No debía haber ido a Vietnam. Debió morir de una manera peor.

Colgaron el teléfono. Eleanor se quedó mirando el aparato sin comprender, y en seguida cayó al suelo desmayada. A la mañana siguiente hubo otra llamada y otra voz desconocida le dijo:

—¡Qué bien que lo mataran!

El miércoles por la tarde llegó de visita el mayor Reginald Grier, que había estado con Chris en Hawaii. Otra vez sonó el teléfono y el oficial levantó el auricular. Una voz masculina, bien modulada y controlada, como si el que hablara estuviera leyendo profesionalmente, dijo:

—Llamé para hacerle saber a la señora O'Sullivan cuánto me alegro de que a su marido lo mataran en Vietnam. Y sepa usted esto: los comunistas, a la larga, ganarán esa guerra".*

El jueves por la mañana llegó la última carta escrita de puño y letra de Chris.

Queridísima Eleanor: Esta noche

*Por lo menos en otros cinco casos las esposas y parientes de soldados muertos en Vietnam han informado sobre llamadas de esta índole, que según parece no las hacen unos locos sino que constituyen un plan deliberado de hostilización ideológica. La familia de un soldado muerto recibió una tarjeta postal en que le exigían que regalara al Vietcong el dinero del seguro.

siento en mi corazón una tristeza más profunda que nunca. Mañana vamos a buscar a Donald y sus dos sargentos. No puedo hacer otra cosa que pedirte perdón, porque en esa operación voy a hacer todo lo necesario para encontrarlo, vivo o muerto.

Te prometí que sería cuidadoso, especialmente ahora que me van a relevar. No puedo cumplir esa promesa. La esposa de Donald es joven y tienen una hijita de tres años. Si fuera Donald quien me estuviera buscando a mí, esperarías que él hiciera todo lo posible. Cuando recibas esta carta, ya todo habrá terminado, de una manera o de otra. Rezo porque todo salga bien. Quiera Dios que nos salvemos. Te ama, Chris.

Regreso del héroe. El 9 de junio amaneció un día claro en Nueva York. Christopher O'Sullivan había regresado . . . para recibir sepultura. Una guardia de honor del Ejército rodeó el ataúd, cubierto con una bandera, y lo escoltó por el bulevar Ditmars hasta la iglesia de la Inmaculada Concepción, llena de gente, lo mismo que las calles. Mientras se decía la misa solemne de réquiem, varios automóviles policiacos rondaban una zona de dos manzanas y algunos vehículos especiales de la policía contra motines permanecían estacionados en la vecindad. El comisario de policía de Nueva York, Vincent Broderick, mandaba personalmente una fuerza de seguridad de 30 hombres, pues se temía que el entierro sirviera de pretexto a los agitadores para organizar una manifestación contra la política de los Estados Unidos en Vietnam.

El 11 de agosto, al caer la tarde, se celebró otra ceremonia en la plaza de armas de Governors Island, frente a Manhattan. Acompañada por sus dos hijos, Eleanor O'Sullivan avanzó para aceptar en nombre de su marido seis condecoraciones, entre ellas la Cruz de Servicio Distinguido "por extraordinario heroísmo" el 19 de abril pasado, la Estrella de Plata que ganó el 30 de mayo por su "valor en el combate", el Corazón de Púrpura por sus heridas mortales. Bill y Anna estaban presentes.

Sonó el cañón, seguido por el toque fúnebre de una corneta. Después, cuando la Banda del Primer Ejército tocó el himno nacional de los Estados Unidos, Michael y Stevie saludaron con los soldados. Y a Bill le parecía que estaba oyendo a su hijo pronunciar las palabras que había escrito en una de sus últimas cartas:

Este país —Vietnam— está poblado por personas como tú y yo, por familias como las nuestras, y lucha por el derecho de determinar su destino. Puesto que tú y yo creemos que debemos ser libres, tenemos que considerar importante ese mismo anhelo en los demás. Por ello, si la voluntad de Dios es que yo muera aquí, no existe hoy una causa más noble por la cual pueda morir un hombre que la causa de este pueblo.

Informe del mundo liliputiense del transistor y el circuito integrado, donde los dispositivos se hacen cada año más pequeños, más seguros y sorprendentes.

Nuevo prodigio electrónico

Por Charles Leedham

Condensado del suplemento dominical del "Times" de Nueva York

La radio de bolsillo, la televisión portátil y el audífono "invisible" nos parecían hasta hace pocos años maravillas increíbles. Hoy tenemos a la vista miniaturas no solo de la electrónica sino de la microelectrónica: aparatos construidos con circuitos tan sumamente pequeños que podrían pasar por el ojo de una aguja.

¿Radios de pulsera? Los circuitos electrónicos para una radio caben hoy en un anillo de sello. ¿Una computadora de escritorio? Ya está aquí: una computadora electrónica digital capaz de realizar 166.000 operaciones por segundo, en un estuche del tamaño de una máquina de escribir de oficina. Casi no hay nada, en materia de inventos electrónicos, que se pueda seguir llamando un sueño.

Todo esto se explica por el "chip" o circuito integrado, fantástico sistema que se ha venido perfeccionando desde hace varios años. El corazón del circuito es el transistor, que ya produjo su propia revolución.

La ciencia electrónica empezó con la válvula al vacío, perfeccionada en 1906 para servir a la naciente industria de la radio. Las ondas de radio son muy potentes al partir de la estación trasmisora, mas al llegar al receptor pueden estar reducidas a fracciones de una millonésima de voltio. Al pasarlas por una válvula al vacío, sin embargo, estas débiles ondas de radioenergía se amplifican hasta que pueden accionar un altavoz y producir el sonido que oímos.

Las primeras válvulas al vacío eran grandes e incómodas. Poco a poco se fueron haciendo más pequeñas, hasta que en 1948 los laboratorios de la Bell Telephone anun-

ciaron el primer transistor. Con un cristal de germanio o de silicio no mayor que la cabeza de un alfiler, los primeros transistores realizaban la misma maravilla de amplificación que las válvulas; y los nuevos y más perfeccionados han remplazado a aquellas en todas las funciones de una válvula en los circuitos electrónicos.

Los transistores requieren mucho menos energía que las válvulas, y por consiguiente se pueden montar en forma permanente en el circuito, sin necesidad de portalámparas. Teóricamente, un transistor razonablemente bien cuidado debería funcionar a la perfección eternamente.

Con los circuitos impresos se dio el paso siguiente hacia la miniatura, ya que se eliminaron casi todos los alambres de conexión entre los componentes. En vez de los alambres, se imprimen pequeñas líneas de material conductor directamente sobre una lámina delgada de material no conductor. Luego se montan en esa lámina los transistores y otros componentes, y sus conexiones se sueldan a las líneas conductoras.

Hasta ahora, el último paso hacia la miniatura es el circuito integrado llamado *chip* ("astilla") por su minúsculo tamaño. Es este un circuito sólido ultra-miniatura en el cual no solo las conexiones sino también los componentes mismos están asociados inseparablemente. Hay un procedimiento para producir centenares de ellos, pequeñísimos e idénticos, en una sola placa de silicio de 2,5 cm de diámetro. Se imprimen aberturas y canales microscópicos, en los que se introducen materiales positivos y negativos en cantidades casi invisibles, capa sobre capa, forma por forma, hasta que se crean transistores completos diminutos y otros componentes, cada uno en su lugar y debidamente conectados dentro de un espacio de uno o dos milímetros. ¡En un puñado de "chips" hay suficientes circuitos para una docena de computadoras o un millar de radios!

Tienen estos circuitos integrados otras ventajas. Se puede confiar en ellos mucho más porque no tienen conexiones soldadas que se suelten o fallen; y su pequeñez elimina los problemas del calor.

Saltan a la vista las aplicaciones de la microelectrónica en la edad del espacio. Las computadoras de guía a bordo de cohetes y satélites ya van en parte provistas de chips. (Uno de los sistemas de radioguía se ha reducido de 113 kilos de peso a menos de 23, y se espera que será posible reducirlo a nueve.)

Entre las aplicaciones militares en tierra se prevén para el futuro receptores y trasmisores microelectrónicos que pesarán menos de 30 gramos y podrán usarse en el forro del casco, para comunicación instantánea entre unidades de infantería. Con equipos de micro-radar no más grandes que una linterna eléctrica se explorará el territorio enemigo, y habrá detectores sub-miniatura de calor que localizarán a los

guerrilleros mejor escondidos. Hasta es posible que los detectores y sistemas de guía apunten las ametralladoras con precisión mortal contra enemigos distantes e invisibles, de la misma manera que los equipos de radar dirigen hoy el fuego antiaéreo.

Ya está en el mercado por lo menos una aplicación civil de los chips. La casa Zenith sacó un audífono construido en torno a un chip radioamplificador tan diminuto que cabe todo él dentro del oído.

En la industria de las computadoras es donde más importantes aplicaciones se esperan, ya que estas máquinas necesitan centenares y aun millares de circuitos simples, parecidos o idénticos. La primera computadora que se construyó con válvulas al vacío pesaba más de 30 toneladas. Era un monstruo voluminoso, carísimo, se recalentaba, necesitaba un espacio de 10 por 15 metros de piso y, juzgada por las normas modernas, no era muy rápida. Hoy, usando chips, se pueden construir computadoras mucho más veloces del tamaño de un escritorio.

Con el tiempo, la microelectrónica hará disminuir el tamaño y el precio de las computadoras hasta el punto en que aun el comerciante modesto podrá tomar en alquiler un aparato de los más sencillos para su negocio.

Sin duda vendrán muchas aplicaciones de la microelectrónica para el hogar; por ejemplo, un horno sensible a la temperatura, en que se pueda asar una carne o un pastel a la perfección, o un magnífico sistema de aire acondicionado y calefacción que analice la temperatura y la humedad en varios puntos de cada habitación de la casa y los mantenga al nivel constante deseado.

También es posible que los circuitos integrados pudieran ocasionar una revolución en las comunicaciones personales. Según una teoría, los radioteléfonos de bolsillo podrían llegar a ser cosa corriente, y sería posible llamar a cada unidad directamente desde cualquier otra unidad, trasmitiendo las señales por una estación de relevo a satélites como el Early Bird (Pájaro Madrugador).

Podría también llegar el día en que se pueda graduar cualquier radioteléfono de manera que solo admita llamadas de ciertos números y no deje entrar ninguna otra, a menos que la persona que llama disponga de un código especial para mandar, con el disco de su teléfono, señales lo bastante urgentes para imponerse a la negativa del receptor. Ya existe un circuito que obra por su cuenta una vez que la persona interesada ha llamado a un número y escucha la señal de ocupado. El circuito sigue buscando la comunicación hasta que el número esté libre y conteste. Entonces llama al interesado.

Una cosa es segura: la microelectrónica cambiará radicalmente nuestra vida y la de nuestros hijos. El mundo del futuro crecerá a fuerza de chips y tal vez de astillas de chips.

El Tecnológico de Monterrey,

fruto del esfuerzo cívico

POR DONALD STROETZEL



Foto: Cortesía de Calendarios Colorama. Impresora del Norte, S.A.

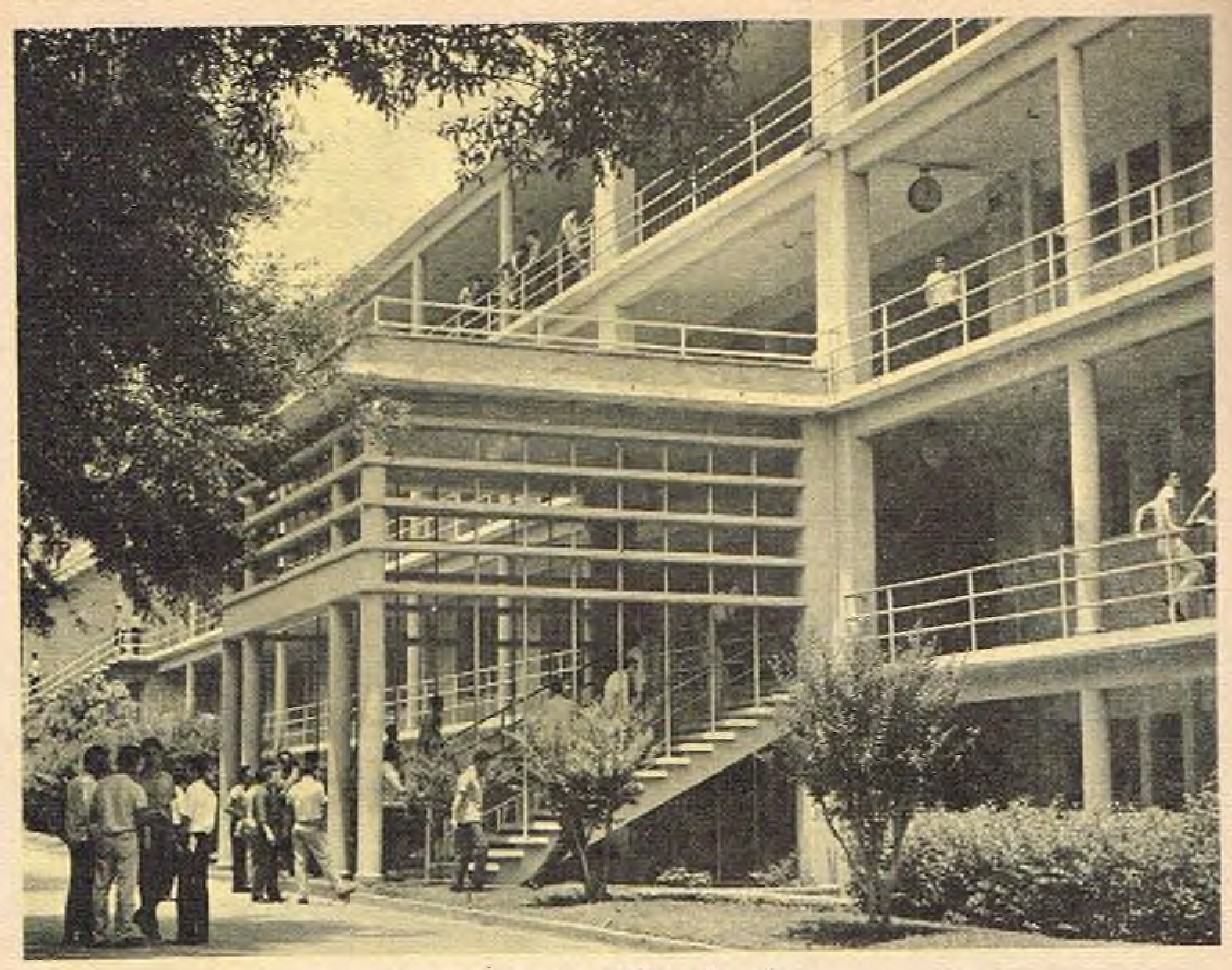
Lo que hizo por México —y por toda Iberoamérica— un grupo de audaces hombres de empresa resueltos a realizar su sueño.

Es sorprendente la vista que se abre de pronto ante nosotros al aproximarnos desde el sur, por la Carretera Panamericana, a la ciudad mexicana de Monterrey. Cautiva la mirada el panorama que presenta la gallarda y moderna ciudad universitaria, que se extiende a la sombra de los sauces sobre una superficie de 60 hectáreas. En las paredes de uno de sus edificios de cuatro pisos atraen nuestra atención, en un abigarrado mural de 30 metros de altura, unas grandes manos que ofrecen simbólicamente los recursos intelectuales de la universidad a las fábricas, a las haciendas agrícolas y al enriquecimiento cultural de todo México. La excelencia del mural es un tributo al artista, pero la universidad y todo lo que ella supone es un tributo a los 27 industriales y comerciantes de Monterrey que desafiaron el fracaso y la mofa para realizar un sueño.

Allá por el año de 1943 la nueva "universidad" apenas era digna de tal nombre. Llamada ostentosamente Instituto Tecnológico y de Educación Superior de Monterrey, se había inaugurado en setiembre en una antigua casa colonial del centro de la ciudad, que tenía entonces 200.000 habitantes. Las habitaciones se convirtieron en aulas con solo añadirles un pizarrón; un teatro servía de dormitorio. Los alumnos eran 350 y el minúsculo claustro estaba formado por 14 profesores. Nada hubo en los comienzos del Tecnológico de Monterrey que pudiera llamar la atención, si exceptuamos la hora en que iniciaba sus labores (las siete de la mañana), el lema que ostentaba ("forjar hombres y buenos profesionales") y el nombre mismo del centro. De sus 27 fundadores, ninguno osaba imaginar que aquella experiencia pedagógica adquiriría un buen día el ímpetu de una fuerza vital para el progreso de toda Iberoamérica. Ninguno, quizá, salvo don Eugenio Garza Sada.

"Todo es posible si . . ." Don Eugenio, millonario de cara redonda y mirada sagaz, que había hecho de la Cervecería Cuauhtémoc de Monterrey una de las mejores de todo el hemisferio y que había puesto en marcha otras empresas, insistió desde el principio en que "todo es posible si uno sabe cuándo y cómo arriesgarse". Pero ¿y si se trata de una universidad? Las probabilidades de fracaso eran formidables. Los hombres de negocios que formaban la comisión reunida por don Eugenio sabían de sobra que las universidades privadas, sin nexos con la Iglesia o con el Estado, rara vez habían prosperado en Iberoamérica. Sin embargo, estaban dispuestos a intentar el ambicioso experimento del Tecnológico, porque, después de discutirlo un sinfín de veces en sus casas, habían llegado a la conclusión de que Monterrey necesitaba algo que solamente un instituto tecnológico podía proporcionar: hombres preparados.

Al principio pensaron en algo re-



Acceso a un edificio de aulas

lativamente limitado. Esperaban que, con suerte, la nueva escuela podría aliviar algún día la crítica escasez de ingenieros en la fundición, de contadores en las fábricas, de gerentes en todas las industrias de la ciudad . . . y quizá en algunas otras zonas de México. Cuando don Eugenio (que se había graduado con la generación de 1914 en el famoso Instituto Tecnológico de Massachusetts) aventuró la idea de que el Instituto Tecnológico de Monterrey podía llegar a ser algo más que lo planeado, que podría inclusive convertirse en una réplica mexicana del Tecnológico de Massachusetts, hasta los mismos integrantes de su comisión tuvieron que hacer esfuerzos para no reírse. En Monterrey hubo otras personas menos corteses que sonreían y hablaban del "juguete de don Eugenio".

Pero ¡qué chasco se llevaron los escépticos!

Hoy el Tecnológico de Monterrey es una universidad donde se ha invertido el equivalente de doce millones de dólares, donde cursan estudios personas de ambos sexos y que goza de reputación internacional. Y lo que es más, constituye una prueba admirable de los resultados que en cualquier parte del mundo puede lograr un grupo de hombres de empresa decididos, en lo relati-

Foto: Enrique Gorostieta

vo a fomentar la educación allí donde haya escasez de profesionales. Iberoamérica, que tiene más población que los Estados Unidos pero solamente el cinco por ciento de los ingenieros y científicos con que estos cuentan, y la tercera parte de sus físicos, deberá preparar medio millón de nuevos maestros tan solo para dar educación primaria a todos los niños.

Tales deficiencias son enormes; y sin embargo, veamos lo que los hombres de negocios de Monterrey (los de una ciudad solamente) han sido capaces de hacer para superarlas. El Instituto Tecnológico, moderno hasta en su empleo de una computadora electrónica y de un aula para la instrucción por televisión, tiene hoy más de 300 profesores y cerca de 4000 alumnos entre graduados y por graduarse. Lo que es más, sus programas incluyen a 900 muchachos que, aspirando a ingresar en el Instituto, se han matriculado en la escuela preparatoria instalada dentro de su recinto; a 2900 aprendices de soldadura, de instalación de tuberías y de otras especialidades que se enseñan en la escuela de oficios, generosamente subsidiada; además hay miles de estudiantes por horas (amas de casa, secretarias, obreros, banqueros, etcétera) que siguen cursos especiales.

Lo más significativo de todo es que a cada uno de los alumnos titulados por el Tecnológico se le brindan, por término medio, hasta cuatro empleos. "Es la mejor escuela de ingeniería de toda Iberoamérica", declara Richard Duncan, de la Universidad de Syracuse y autoridad en lo que se refiere a los servicios educativos de aquella región. La enseñanza de las artes liberales progresa velozmente y se está haciendo famosa por la preparación de maestros. Y la escuela de agricultura, además de formar excelentes agrónomos, ha logrado seleccionar un trigo resistente al moho que hace poco permitió a los agricultores de la zona cultivar diez mil hectáreas de terreno semidesértico.

"Los países vecinos de México deben ver esto", exclamaba el Dr. Rollin Atwood, jefe del plan de ayuda a Iberoamérica del presidente Eisenhower, después de una visita que hizo al Instituto en 1958. Y aprobó en seguida la concesión de fondos para enviar allí estudiantes de países situados al sur de México. Actualmente, Costa Rica, la República Dominicana, El Salvador, Guatemala y Panamá recurren al Instituto Tecnológico para preparar el profesorado de sus universidades. Y los industriales de las ciudades mexicanas de Guadalajara, Mexicali y México han empezado a establecer centros docentes similares.

Salvando los obstáculos. El primer obstáculo que hubieron de vencer los comerciantes educadores de Monterrey fue la desconfianza en su propia capacidad: ¿poseían ellos, hombres de negocios de ruda y práctica mentalidad, el talento necesario para organizar y dirigir una universidad? Salvaron, sin embargo, este obstáculo "sobre la mar-

cha", y pronto aprendieron que la tarea no era muy diferente, en realidad, de la organización de una nueva cadena de ferreterías o de una fábrica. En uno y otro caso se aplican las mismas reglas de probar cautelosamente hasta comprender que se avanza por buen camino, y después ¡adelante!

Aplicando esta norma, don Eugenio hablaba muy poco mientras la nueva escuela pasaba por su época de balbuceos, pero como marcharan bien las clases (y ya en el segundo año hubo que alquilar nuevas aulas sobre las oficinas de un banco para los estudiantes que reclamaban admisión), comenzó a impacientarse. Con el arquitecto Armando Ravise recorrió los alrededores de Monterrey en busca de un emplazamiento definitivo. "Será aquí", dijo al fin, parando su Ford en un trozo de terreno hendido por una barranca. El hombre de negocios estaba listo para lanzarse.

Durante el primer año de vida del Tecnológico, don Eugenio había pedido a los hombres de empresa regiomontanos que donaran el equivalente del uno por ciento de su capital para ayudar a la nueva escuela. Después pidió a sus colegas que ampliaran sus donativos hasta el equivalente del 1,5 por ciento. En 1945, cuando solicitó otra vez el mismo donativo, ya se estaban edificando los nuevos edificios. En cuanto se terminaba alguno de ellos, los fundadores, decididos ya a jugárselo todo, lo hipotecaban para construir otro más. En 1948 el Tecnológico había empezado a ofrecer el aspecto de una universidad, con residencias para estudiantes, laboratorios, edificios de clases y una biblioteca. Los alumnos matriculados pasaban de 1000; los profesores eran poco menos de 100.

Un funcionario de la Secretaría de Educación Pública de México, admirado de que hubieran logrado tanto los diez hombres que, sin ser educadores profesionales, formaban la junta directiva del Instituto Tecnológico, fue a visitarlos. Observaba fascinado a aquellos arriesgados hombres de empresa que aprobaban sin un murmullo un déficit de tres

Un laboratorio de la Escuela Taller

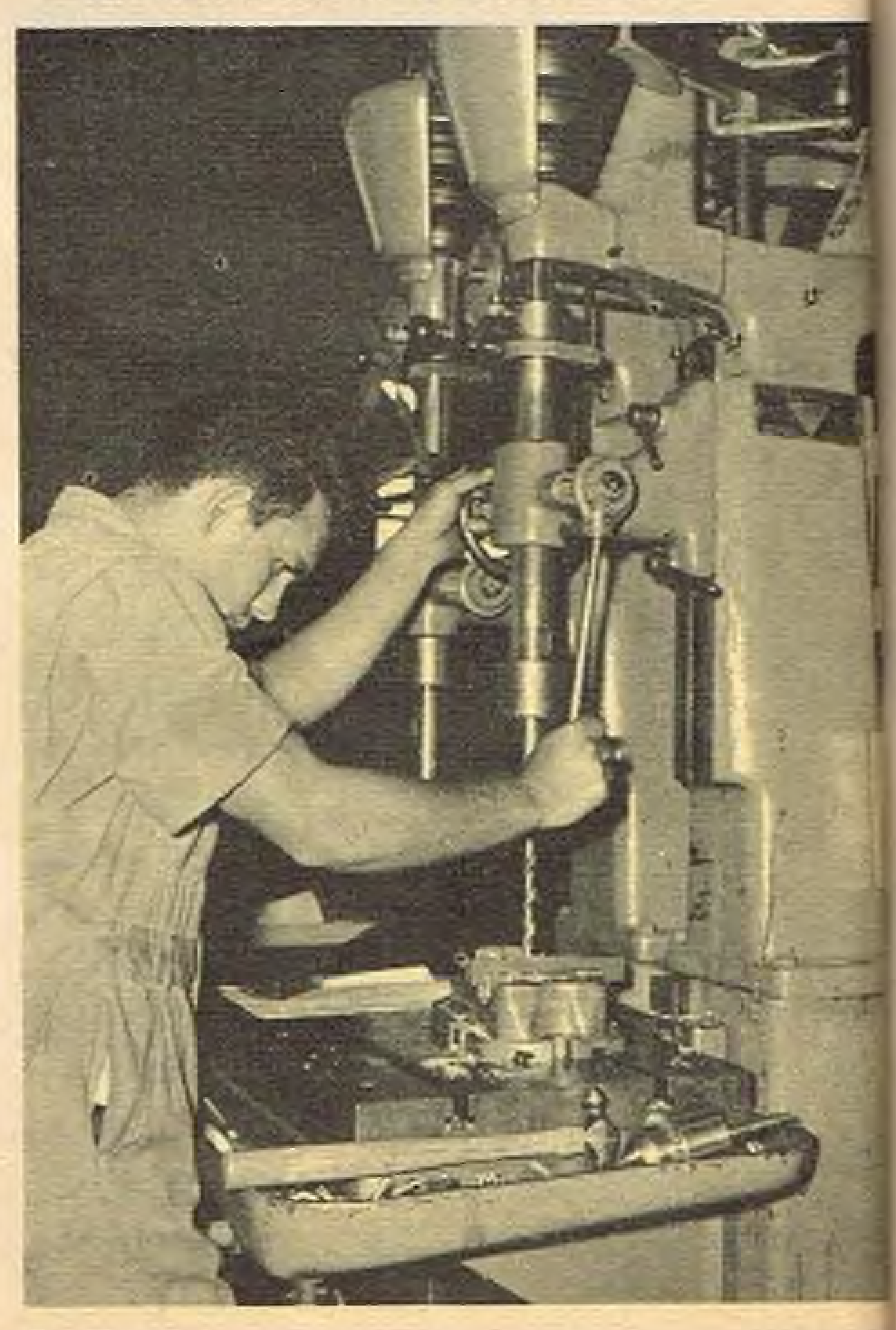


Foto: Enrique Gorostieta

millones de pesos del año anterior, y que después votaban de buen grado un gasto de otros cinco millones de pesos. El funcionario salió de allí meneando la cabeza.

"Pero no estábamos locos", dice Virgilio Garza, hijo, abogado de 66 años, fundador e individuo de la junta. "Sabíamos bien que para alcanzar algo que valga la pena, ya sea un negocio o una universidad, hay que arriesgarse".

Al cabo de los años el número de negocios "padrinos" que ayudaban a sufragar los déficit y a mantener el auge del Tecnológico llegó a ser de casi 500, situados muchos de ellos en otras partes de México, en otras naciones iberoamericanas, en los Estados Unidos y en Canadá. Entre tanto, como a casi todos los mexicanos (y no solamente a los hombres de negocios) les gusta arriesgarse, se encontró también una forma de hacer participar en aquella iniciativa a las personas modestas. Una rifa gigantesca, que se celebra dos veces al año, pronto captó el interés de la gente en todo el país. "Claro que nos atrae la posibilidad de ganar", confesaba el propietario de una tienda de regalos, de Monterrey, que ayudó a vender muchos de los 65.000 boletos de la última rifa, a 100 pesos cada uno. "Pero si no se gana, ¿qué mejor donativo se puede hacer que ayudar a construir el Tecnológico?"

El verdadero capital. En 1956 los directores del Tecnológico sabían ya que su escuela era buena, pero querían comprobar hasta qué grado lo era. La prueba más dura sería la siguiente: ¿Obtendrían el reconocimiento académico de las universidades de los Estados Unidos los estudiantes procedentes del Tecnológico? Para averiguarlo, el licenciado Garza fue a Richmond (Virginia) con intención de gestionar el reconocimiento del Tecnológico ante la Asociación Meridional de Universidades y Escuelas de Segunda Enseñanza de los Estados Unidos. "¡Qué cantidad de preguntas me hicieron!" cuenta Garza. Apenas convenció a sus interrogadores de la suficiencia de los laboratorios y de la biblioteca del Tecnológico, quisieron ellos averiguar la proporción de estudiantes a profesores (que entonces, como ahora, era muy baja: 20 a 1) y la situación económica del Tecnológico.

—¿Cómo? ¿No cuentan ustedes con un fondo fijo? —preguntaron los de la comisión de admisiones—. ¿Cómo logran sobrevivir?

Garza quedó abatido, pero solo por un momento.

—Caballeros, los Estados Unidos son los Estados Unidos, y México es México —empezó a decir—. Cierta vez fue a México uno de sus paisanos para enseñarnos una máquina clasificadora de maíz que había funcionado bien en el Oeste Medio norteamericano; pero nuestros granos de maíz no pasaban por la máquina, simplemente porque el maíz mexicano es diferente del de ustedes. Quiero decir que lo que a ustedes les da resultado no siempre nos lo da a nosotros. El verdadero

caudal del Tecnológico es la valía de sus profesores y la buena voluntad de los hombres de negocios que lo apadrinan y que están dispuestos a arriesgarlo todo para asegurarle el éxito.

Se hizo el silencio en la sala cuando Garza pasó a explicar que en un país en desarrollo el capital debe aplicarse primeramente a las industrias en expansión y no a fondos universitarios; y que a los hombres de empresa mexicanos les es más fácil sostener al Tecnológico con los beneficios que obtengan. Pero ya la explicación era innecesaria. La comisión de admisiones votó a favor del reconocimiento académico sin reservas. No solo pasan ahora libremente los estudiantes del Tecnológico a las escuelas estadounidenses, sino que también el Tecnológico acoge todos los veranos, a cambio, más de 500 estudiantes norteamericanos que cursan español y arqueología mexicana.

El presidente del Tecnológico, Fernando García Roël, hombre de 44 años y de mandíbula enérgica, dice de este convenio que es "un puente entre dos culturas", y afirma a continuación:

—Cuando nuestros jóvenes estudian y cantan juntos, se desvanecen las manidas ideas que dañan las relaciones entre nuestros países: la del mexicano concebido como recolector de algodón y la del norteamericano visto como atolondrado turista.



Vista del gimnasio y parte del estadio

Foto: Jesús Rodríguez

Normas que caen. El Tecnológico acoge de buena gana los proyectos de cooperación con universidades y fundaciones estadounidenses, y no se hace eco de la tendencia iberoamericana a despreciar los métodos pedagógicos norteamericanos. E igualmente otras muchas

normas de la educación en Iberoamérica cayeron por tierra ante los experimentos de los hombres de empresa que fundaron el Tecnológico. Por ejemplo:

• La costumbre de dar a los representantes estudiantiles voz decisiva en la administración universitaria intimida a menudo a los profesores, temerosos de que los estudiantes puedan hacerlos destituir a causa de algún examen que juzgan excesivamente riguroso o por una opinión política impopular. "En el Tecnológico los estudiantes tienen una obligación y un derecho", dice uno de los padrinos de aquella institución: "Estudiar".

• En las escuelas más exigentes de los Estados Unidos los decanos advierten a veces a los recién ingresados: "Uno de cada tres de ustedes no llegará a graduarse". En el Tecnológico se rechaza durante *el primer año* al 40 por ciento de los estudiantes que ingresan. Del resto, la mayoría obtienen el título. Los exámenes son mensuales y una computadora implacable y rutinaria remite las calificaciones a los padres del alumno.

• En cualquier universidad típica de Iberoamérica solamente el diez por ciento de los profesores viven exclusivamente de la enseñanza; los demás son abogados, arquitectos y otros profesionales que practican su carrera e intercalan sus lecciones entre las horas dedicadas a su bufete. Faltan entre profesores y alumnos las relaciones extraescolares que fomentan el estímulo intelectual. En el Tecnológico, en cambio, el excelente profesorado dedica a sus labores docentes casi todo su tiempo, y el intercambio de ideas que los maestros tienen con los estudiantes, a menudo después de las horas de clase y mientras saborean un refresco, anima las lecciones sobre Cervantes o el cálculo.

¿Cómo reaccionan las escuelas oficiales ante esta universidad privada que funciona libremente en medio de ellas? No hay conflicto alguno. "Las universidades de México, tanto las oficiales como las privadas, se ayudan entre sí", dice García Roël. "Hay trabajo bastante para todos nosotros". Espoleada por el ejemplo del Tecnológico, la antes lánguida Universidad de Nuevo León amplió su radio de acción trasladándose desde los edificios que ocupaba en el centro de Monterrey a una ciudad universitaria como la del Tecnológico; ha tomado muchos profesores de "tiempo completo"; venció la oposición estudiantil a los exámenes mensuales. Hoy la de Nuevo León es una universidad de primera categoría.

Riesgo seguro. Gracias en gran parte a los nuevos trabajos que crearon los graduados del Tecnológico, la población de la ciudad de Monterrey se ha quintuplicado y hoy se acerca al millón de habitantes. El número de ingenieros que trabajan en las acerías, por ejemplo, ha aumentado de seis a 160, y la mitad de ellos (inclusive el vicepresidente de producción, que tiene 34 años) han salido del Tecnológico.

Mencionemos también a cierto graduado del Instituto Tecnológico, que con seis obreros empezó instalando cables eléctricos en las oficinas de Monterrey y que hoy manufactura cables eléctricos en una fábrica donde trabajan 300 obreros.

A los hombres de negocios de Monterrey les agrada el espíritu que anima a los alumnos egresados del Tecnológico al ocupar algún cargo. "No hace falta convencerlos de las ventajas de la iniciativa privada", dice uno de los padrinos del Instituto. Aunque los profesores del Tecnológico, cuidadosamente apolíticos, nunca atacan al comunismo ni predican el capitalismo (aparte de imbuir en la conciencia de los estudiantes las obligaciones sociales del hombre de empresa para con sus obreros y con la comunidad), la saludable emulación por obtener buenas calificaciones se traduce en el respeto del estudiante por la competencia en los negocios como el medio más rápido y seguro para el progreso de Iberoamérica.

Si pedimos a un alumno graduado en cualquier universidad que describa brevemente "la misión de la iniciativa privada", titubeará buscando las palabras apropiadas. Pero cuando le hice esa pregunta a Jorge Morales, contador graduado en el Tecnológico en 1955, no dudó un solo momento. "La empresa privada es esencial para nuestro crecimiento económico", empezó a decir este joven, gerente de una compañía financiera que ocupa en México el segundo lugar en importancia entre las de su tipo. Y dando rienda suelta a sus arraigadas convicciones agregó: "Es la expresión lógica de la libertad individual; el medio de remunerar proporcionalmente a la gente para mejorar el nivel general; y el *único* medio no artificial para aliviar la pobreza".

Al escuchar a Morales comprendí lo bien que el Tecnológico ha cumplido el ambicioso lema que sus 27 fundadores y padrinos inscribieron hace 20 años. Su arriesgado experimento en un negocio tan poco conocido de ellos como era el de la universidad, no solo ha formado gran número de "buenos profesionales", sino que también (lo que es más difícil) ha forjado verdaderos *hombres:* nuevos dirigentes dueños de la iniciativa, el entusiasmo y la conciencia social necesarios para engrandecer a México y acelerar el desarrollo de Iberoamérica.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 89



"Me imagino el Cielo", dice el escritor científico William Laurence, "como un lugar donde podré reunirme con mis amigos para terminar las conversaciones interrumpidas en las reuniones en que se sirve un coctel".

— Leonard Lyons

Garra y colmillo

¿Qué impulsa al animal a pelear? Recientes experimentos practicados con animales revelan que todo conflicto tiene un fin constructivo y puede ser regulado.

POR JEAN GEORGE

Condensado de "Audubon Magazine"

EN UN prado abundante en tréboles, vi que dos vacas se embestían en forma tan violenta que, asustada, no pude menos de preguntar al granjero por qué no separaba a aquellos animales.

—Las riñas de vacas son buenas para que haya orden y paz entre los animales— me dijo él sentenciosamente—. Mientras más pronto decidan esas dos cuál ha de ser la que mande, más pronto tendré yo dos vacas que me den un cubo de leche en el ordeño.

En años de cuidar de animales vacunos el granjero había observado lo que la ciencia comprueba en estos días: que la agresividad en el animal es potencialmente creadora. La pelea es remedio tan positivo para una situación antagónica como lo es el sueño para el cansancio y la comida para el hambre.

Desde la segunda guerra mundial, sicólogos y biólogos se han dado a investigar qué es lo que incita a la contienda. En el hombre, ese impulso puede expresarse destructivamente en la guerra o en el homicidio; o bien, positivamente, en la creación de obras como los frescos de la Capilla Sixtina. El ímpetu que mueve al hombre a combatir es el que le induce a crear una obra maestra.

Uno de los primeros atisbos de que en la acometividad del animal hay una fase constructiva se tuvo en 1938, cuando el sicólogo C. R. Carpenter, a fin de estudiar la vida social de los monos rhesus, embarcó varios cientos de ellos en la India con destino al islote de Santiago,

frente a Puerto Rico, donde los puso en libertad. En cuanto quedaron libres, los monos corrieron a subirse a los árboles . . . y las riñas comenzaron. Los machos disputaron entre sí hasta que uno de ellos se impuso como jefe y los demás se sometieron a su autoridad. Las hembras se dedicaron a cuidar de los hijos y a convivir amistosamente unas con otras. Afianzado el orden en la simiesca sociedad, todos se mostraban más sensibles al afecto. Cuando viajaban de árbol en árbol, cada grupo procuraba acomodar el paso al de los viejos y los impedidos.

Casi todos los animales inferiores recurren a la riña con el único objeto de mantener el orden. Al estudiar las costumbres de las aves, el ornitólogo inglés H. E. Howard llegó a la conclusión de que el canto de aquellas, por la primavera, es en realidad una advertencia para que otras aves se mantengan alejadas y evitar así violentos choques. Desde el árbol o poste en que se han posado, los machos cantan para informarse entre sí cuáles son los límites del espacio que les pertenece. Solo en raras ocasiones, cuando no se ha atendido a la canora advertencia, pasan al encuentro cuerpo a cuerpo; y de haberlo, el combate nunca es mortal: con batirse a trinos y gorjeos suelen tener bastante. Ya más entrada la estación de los nidos, una vez que cada ave se ha establecido con su pareja en su propio dominio, la intensidad del canto va disminuyendo.

Varios son los experimentos llevados a cabo recientemente para determinar qué es lo que provoca una pelea. En los efectuados con ratones de laboratorio por el Dr. John Paul Scott, profesor norteamericano dedicado a estudios de sicología, el investigador llegó a la conclusión de que en las riñas entre ratones el incentivo principal es el dolor. Un ligero pellizco en la cola de un ratón macho bastaba para que este se revolviese y mordiera al ratón que le quedaba más cerca.

También los estallidos emocionales impelen al animal a la pelea. Entre algunos animales, los conflictos se deben a rivalidades de los machos por la posesión de las hembras (aunque esto es menos frecuente de lo que se había creído), a la defensa de los hijuelos y a la escasez de comida. Las contiendas más comunes, sin embargo, parecen estar relacionadas con las propias posesiones o la situación social. Todo animal dueño de un territorio se vuelve agresivo contra los intrusos.

Después que al final de las contiendas por la condición social queda establecido el orden jerárquico en la manada, en la bandada o en el rebaño, las peleas disminuyen. De esto es ejemplo lo que ocurre entre las gallinas, aves belicosas si las hay. En un experimento de laboratorio, se marcó a cinco gallinas alfabéticamente según la preponderancia, averiguada de antemano, que guardaban entre sí. Luego las pusieron ante un comedero al que solo podía tener acceso una gallina cada vez.

Las cinco corrieron a picotear a un tiempo, pero la gallina marcada con la letra A alargó el cuello, echó arriba la cresta . . . y esto bastó para que las demás retrocedieran y la dejasen comer primero.

Retiró entonces el investigador a esa preponderante gallina. Inmediatamente la gallina B fue al comedero. Solo al quedar nada más las gallinas D y E estalló la contienda, con batir de alas, picotazos en la cabeza y espolonazos. "Esas dos peleaban porque, al faltar las otras, cada cual quería ser la dominadora", dice el investigador. "Hacía falta el dominio del grupo entero para evitar que riñesen".

En vista de que en algunas sociedades animales es importante para el mantenimiento de la paz la presencia de un jefe (por lo general el individuo que aventaja a los demás en edad y en fortaleza), el Dr. Scott procedió a investigar qué es lo que convierte al individuo en jefe. Se comprobó así, no tan solo que el jefe es a menudo un triunfador. sino que triunfando es como se hace un jefe.

El Dr. Scott y sus colaboradores encerraron a dos ratones machos en una jaula de reducidas dimensiones en la cual los roedores quedaban tan cerca uno de otro que, al pellizcarles la cola, tenían que reñir. Al que salió vencedor lo enfrentaron sucesivamente a una serie de ratones menos esforzados que él. Cobró con esto tanta confianza en sí mismo, que puesto frente a un nuevo enemigo embestía en seguida, sin cuidarse de erizar el lomo y batir la cola para amedrentarlo. Otros ratones adiestrados en igual forma que este se volvieron tan agresivos que acometían contra cualquier ratón que estuviera a su alcance, aunque fuesen hembras o crías, algo que ningún ratón hace normalmente.

A muchos animales salvajes los rodea una zona sicológica que, de penetrar en ella algún extraño, los obliga instintivamente a optar por huir o pelear. Jack Couffer, fotógrafo de la vida animal, colaborador de Walt Disney, cuenta en su libro *Song of Wild Laughter* que lo poco espacioso de la jaula en que tenían a un gato lince hacía que cuanta persona pasaba cerca quedase en la zona en que el félido debía huir o pelear. No pudiendo pelear, ni tampoco huir, pues no disponía de espacio para ello, el lince, antes manso, se volvió ferozmente neurótico.

Esta zona tranquilizadora es importante para la salud de los animales en un parque zoológico. El tigre o el oso que se retira al fondo de su jaula trata, al proceder así, de calmar la irritación que le causa la presencia de la gente.

Entre los animales, la manera de expresar la cólera varía de una especie a otra. En el pájaro, puede ser el canto. Algunas ranas saltan violentamente sobre otra rana intrusa. Un carnero encolerizado baja la cabeza.

No estar al tanto de lo que despierta la agresividad del animal nos expone a que hasta nuestros animales consentidos nos hagan pasar un

mal rato. Hace poco, Tonka, mi perra de Terranova, dócil de ordinario, trató de morder a Patty, una chiquilla de tres años. Me pareció esto inexplicable en un animal acostumbrado a que los niños lo zarandeasen. Pero noté que la niña se acercaba a Tonka por la grupa y apoyaba la mano con firmeza en el lomo del animal. Con ello había provocado, sin quererlo, un instintivo movimiento defensivo en la perra. El que un perro se aproxime a otro por detrás, le ponga la pata encima, manteniendo la cabeza más alta que la del otro, es entre canes señal de "avasallamiento". Para remediar la dificultad bastó hacerle a la niña unas pocas advertencias: debía hablarle a la perra, evitar acercárcele sin ser vista, y convenía que le diera unas palmaditas cariñosas.

Cuando el estímulo a la agresión ha obrado en el animal, la sangre le afluye a los músculos, se le aceleran los latidos del corazón, se le derrama la adrenalina. La acción impetuosa (riña o huida) hace que su organismo recobre la normalidad. Pero ¿qué ocurre si no puede ejecutar acción alguna para que su organismo recobre la normalidad?

Comprendiendo que el reprimir el impulso agresivo por largos períodos contribuye a menudo a ocasionar en el ser humano desórdenes tales como enfermedades del corazón, asma o úlcera gástrica, los sicólogos han experimentado con animales sometidos a tensiones debidas a la represión del impulso agresivo. Uno de estos experimentos consistió en encerrar a varios ratones y ratonas en una jaula pequeñísima. Asustados y sometidos a frecuentes amenazas, muchos murieron de agotamiento. Algunos perdieron peso. El hacinamiento disminuyó la secreción de leche en las ratonas y, por tanto, en los siguientes partos fue menor el número de hijos.

¿A qué conducen las investigaciones acerca de la agresividad de los animales? Un joven sicólogo me dio recientemente la contestación a esta pregunta. Paseábamos a la orilla del mar cuando, recogiendo una almeja de la arena, dije:

—Ahí tiene usted un animal que no sabe lo que es el rencor.

—La almeja no tiene con qué pelear —repuso mi acompañante con expresión de cansancio—. Pero dele usted a esa almeja garras o colmillos, y ya encontrará ella ocasión de emplearlos. El que tiene armas acaba por echar mano de ellas.

Callé mientras pensaba en las armas de que dispone el hombre en la actualidad. El joven científico tiró la almeja al agua y siguió diciendo:

—Por eso estamos investigando la naturaleza de la agresividad. Si llegamos a saber en qué consiste, tal vez podamos hacer algo al respecto . . . antes de que sea demasiado tarde.

La verdad nunca hiere a menos que haya por qué. —B. C. F.

Los motines urbanos, plaga mundial

Análisis excepcionalmente penetrante de un grave problema moderno

Condensado de "The Economist", de Londres

Los comunistas sostienen que los motines de agosto pasado en Los Ángeles fueron típicamente norteamericanos; el *Diario del Pueblo*, de Pekín, llegó hasta ensalzarlos como una rebelión contra la política exterior "imperialista" de Johnson. Todo eso son necedades. Lo que hubo en Los Ángeles fue una explosión de violencia contra la autoridad por parte de aquellos que se han quedado atrás en nuestra moderna sociedad industrial. Tales explosiones han ocurrido también en otros países y seguramente seguirán ocurriendo en muchos más, tanto capitalistas como comunistas, a medida que hasta ellos vayan llegando las condiciones que los producen.

Los motines callejeros son un fenómeno norteamericano únicamente en el sentido de que los Estados Unidos van media generación adelante del resto del mundo en el desarrollo de una sociedad urbana industrial con los problemas especiales que ella implica. Son los primeros que prueban los placeres y los terrores de esta nueva modalidad de vida.

En lo malo y en lo bueno, Suecia es la que más de cerca ha seguido a los Estados Unidos en la marcha hacia la sociedad en que los más de nosotros estaremos viviendo el año 2000. Hace diez años la policía sueca se veía en apuros para dominar a los jóvenes matasietes que hacían de las suyas en el centro de Estocolmo. La policía checa supo el año pasado lo que es este problema cuando una pandilla de rufianes irrumpió en la plaza Kinsky en Pra-

ga. Ni siquiera los rusos están libres de este azote. La apasionada violencia de los motines de Novocherkassk hace un par de años, en que probablemente murieron más personas que en Los Ángeles, no puede explicarse por su causa aparente: el alza de precios de los víveres.

La mayor parte de los revoltosos en todas las ciudades del mundo, como en Los Ángeles, son jóvenes que se ven envueltos en una explosión contra *cualquier* autoridad, pero generalmente contra la policía, que es la autoridad con que se estrellan en la vida diaria. Es una insurrección, pero no contra el orden económico (el sofisma de Marx), ni siquiera principalmente contra la dominación de los blancos (que va a ser el sofisma afroasiático). Es la insurrección de la anarquía, el estallido contra cualquier sistema llevado a cabo por la gente que se ha quedado en el fondo de nuestro orden social.

Estos disturbios urbanos son parte del precio que tendremos que pagar por una sociedad en la cual más y más personas viven en sectores urbanos, realizan un trabajo mortalmente monótono y desperdician sus horas de ocio. Son los que ejecutan los oficios más miserables y peor remunerados, y habitan los sectores más feos, viejos y ruinosos de las ciudades. El índice de ilegitimidad y matrimonios fracasados es alto entre ellos; sus raíces religiosas y culturales han sido cortadas. En lo material, viven mejor que sus abuelos campesinos, pero hartar a un hombre de mal pan jamás lo ha hecho feliz; todo lo contrario. Saben que constituyen la comunidad de los impreparados, el estrato natural del fondo, privados de los consuelos sociales y religiosos de la antigua vida rural. No existe ninguna legítima válvula de escape para la violencia de los varones jóvenes, quienes de tiempo en tiempo estallan.

Muchos de los amotinados de Los Ángeles eran, bajo la piel, hermanos de los adolescentes de Londres y sus suburbios, que pasan las vacaciones recorriendo desafiantes las playas de Brighton y Margate o destrozando bares en Clacton y en Ostende. Los padres de estos mozos se daban de puñetazos en un partido de fútbol o satisfacían un vago prejuicio ancestral persiguiendo a los irlandeses de segunda generación en Glasgow o a los judíos en el barrio londinense de Dalston. Con eso trataban de demostrar que pertenecían a algo.

Hoy la juventud del ínfimo estrato hace blanco de sus desahogos a la ciudad, y para ello cuenta con mejores armas y mejores medios de trasporte, por lo menos en Europa Occidental y Norteamérica. Esto hace la violencia más notoria. Motocicletas y navajas de resorte en una avenida de la costa sur de Inglaterra, o automóviles que pasan a escape por las calles de Los Ángeles lanzando bombas incendiarias a las tiendas, provocan encabezados más sensacionales que una reyerta a puñetazos y patadas frente a una taberna de barrio. Al mismo tiempo,

la frustración que todo esto esconde ha ido cristalizando en forma más precisa a medida que la jerarquía de la moderna sociedad industrial adquiere un perfil más definido. Para los que están en el fondo, la vida ofrece un cuadro más lúgubre aún, si el que coloca a los hombres en el lugar que cada uno ocupa no es Dios sino el inapelable proceso de selección de la vida económica.

Los sociólogos rusos han dicho a sus colegas occidentales que están hondamente preocupados por esta situación. Y con razón. El comunismo y el capitalismo son mecanismos rivales para suministrar bienestar material. Lo que ninguno ha resuelto, y contra lo cual se van a dar ambos de cabeza hacia fines del siglo, es el problema de las necesidades que deja insatisfechas la abundancia relativa: cómo hacer soportable el trabajo de rutina; cómo ayudar al hombre a utilizar sus horas libres; cómo impedir que se muera o mate de aburrimiento.

Hay un segundo factor en estas explosiones urbanas. Pueden ocurrir y ocurren cuando la población frustrada del bajo fondo pertenece al mismo grupo racial de los que la rodean; mas cuando la separa, además, el color de la piel, sucede lo peor. Creen (algunos con razón) que habrían podido escapar del antro de los desposeídos si no hubiera sido por su color. Un doble motivo de agravio los reúne. Lo ocurrido en Los Ángeles es un modelo de la situación más explosiva a que tendrá que hacer frente el mundo todavía más urbanizado y más mezclado racialmente en los decenios de 1970 y 1980.

La gente habla todavía como si el conflicto racial de los Estados Unidos estuviera en una categoría sui géneris, o como si el único choque racial significativo fuera el de blancos y negros. Pero existe un peligro en potencia cuando quiera que personas de distinto color se sienten incómodas en la convivencia diaria. La historia de los conflictos raciales ocurridos durante los últimos cinco años le hace caer a uno el alma a los pies.

La raza es el más visible, y por ello mismo el más potente, de los factores que hacen sentir a un grupo de hombres distinto de otro grupo; y mientras se sientan distintos les será difícil trabajar juntos en ninguna empresa común, ya sea compartir una vivienda colectiva o manejar un país. Este es uno de los hechos básicos de la vida política. Los europeos comunistas han estado aprendiendo esta lección desde que empezaron a vivir entre ellos estudiantes negros.

Ningún político, ni comunista ni demócrata, muestra el menor indicio de saber en qué va a parar todo esto. El más absurdo extremo de la desesperación es sostener que cada raza debería retirarse a su propio rincón de la Tierra y estarse allí quieta. El mundo industrializado necesita brazos del mundo en desarrollo para mantener el ímpetu de la expansión económica. Al mundo

en desarrollo le interesa que este ímpetu se sostenga, y que en los países negros vivan comunidades de blancos para que los impulsen por el mismo camino.

La única esperanza es que a medida que los pueblos de distintos colores se vayan mezclando, pierdan poco a poco ese sentimiento de diferencia que impide la colaboración entre ellos. Hay pueblos (en torno al Mediterráneo, por ejemplo) que nunca han experimentado un hondo sentimiento de diferencia. Hay también algunos, como los antillanos, para quienes, lentamente, ha venido a ser menos importante que para otros. Y en la comunidad indo-oriental de los Países Bajos, los holandeses han realizado un mejor esfuerzo de integración que todos los demás.

Mientras las razas continúen hostilizándose las unas a las otras y la cuestión racial siga agravando los demás problemas de nuestra sociedad industrial, el que señale con el dedo del sarcasmo a los norteamericanos por los disturbios de Los Ángeles se está exponiendo a que la misma bestial experiencia le ocurra en cabeza propia.



Promesa

MICHAEL PRELL es tal vez la persona más joven que se ha ofrecido como voluntario para el servicio del Cuerpo de Paz norteamericano. He aquí la carta con que solicitaba su ingreso:

"Estimados señores: Quiero entrar en el Cuerpo de Paz porque quiero librarme de mis dos hermanas. Tengo siete años de edad. Por favor, admítanme en sus filas".

La dirección del Cuerpo le avisó al voluntario que tendría que esperar hasta cumplir los 18 años, pero agregaba que también podrían admitir a sus hermanas, y prometía: "Las mandaremos a los países donde tú no estés".

— S. K.

Problemas del regreso

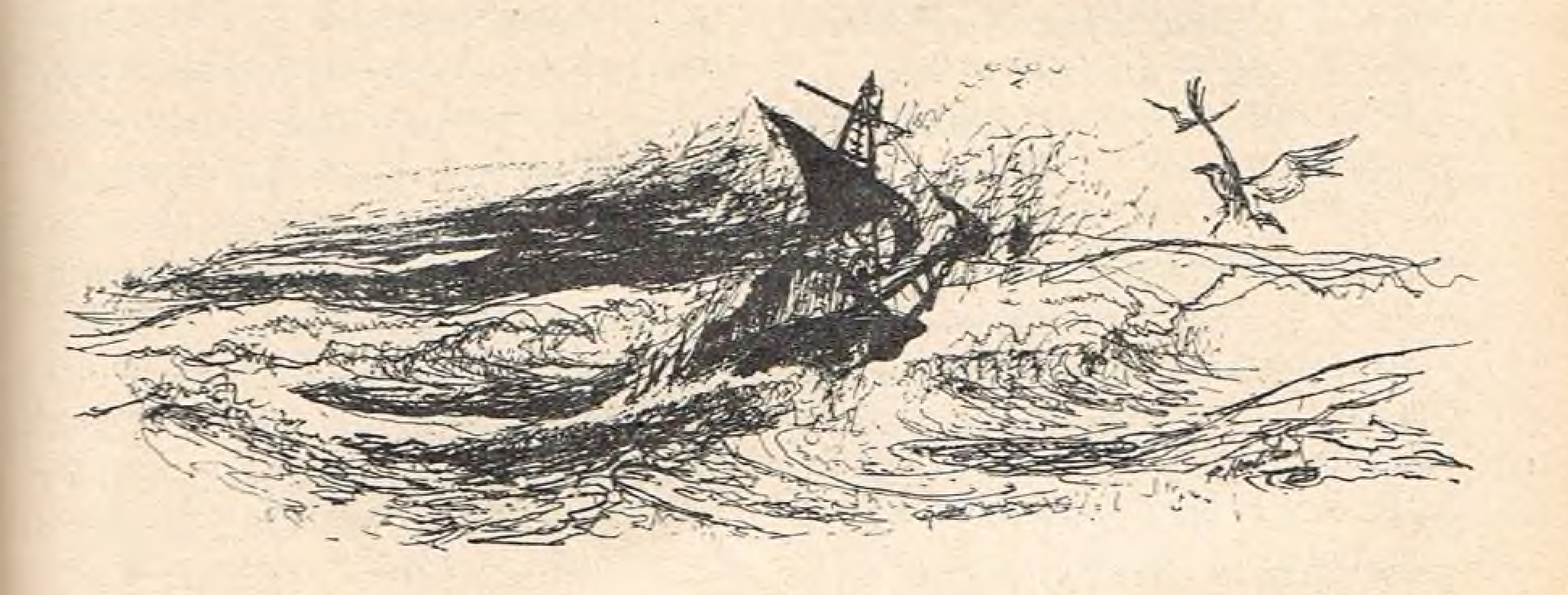
UNA EMPRESA alemana fabrica llaves de material plástico que no tintinean, con cerraduras especiales que permiten a los maridos llegar tarde a casa sin hacer ruido. (NANA-WNS) . . . Por el contrario, una esposa francesa hizo instalar un aparato especial en la cerradura de la puerta: cuando el marido mete la llave, acciona un interruptor que corta la corriente del reloj eléctrico, el cual, a la mañana siguiente, anuncia a la señora exactamente a qué hora llegó el trasnochador consorte.

— N. A.

SOLO CONTRA EL MAR

POR WILLIAM WILLIS

Condensado de "The Saturday Evening Post"



En julio de 1963, a los 69 años de edad, William Willis, solo y en una balsa a la que llamó *Age Unlimited* (Edad ilimitada), se hizo a la mar desde el Perú a fin de cruzar el Pacífico hasta llegar a Australia. A los diez días de travesía se le inutilizó el timón y, a la postre se vio obligado a tocar tierra en Upolu, isla del archipiélago de Samoa, en un punto cercano a la población de Apia. (Véase *El viejo contra el mar*, en Selecciones de noviembre de 1964.) Al verano siguiente regresó a Apia, hizo reparar la balsa y de nuevo se hizo a la mar rumbo a Australia. He aquí, de boca del propio Willis, el relato de la increíble hazaña náutica.

LA NOTICIA había corrido por toda Apia. Un balandrista estadounidense que estaba de paso en Upolu se proponía seguir la estela de mi balsa en cuanto yo me hiciese a la mar. Su plan era tomar vistas de mi viaje, y hasta tratar de venderlas. Pero mis amigos de Apia estaban decididos a librarme de aquel "pirata del celuloide". Y así sucedió que

en la encapotada y lluviosa madrugada del 26 de junio de 1964, ocultándome en la oscuridad como cualquier fugitivo, salí yo antes del alba en mi balsa a remolque de un escampavía por entre los arrecifes coralinos de Apia, más allá de los cuales me esperaba el mar libre. A las 8 de la mañana, hallándonos 92 kilómetros al norte de Upolu, el escampavía largó el remolque, viró en redondo y puso proa al horizonte mientras sus tripulantes, vueltos hacia mí, levantaban los brazos en amistoso ademán de despedida.

Este momento era el que yo estaba esperando. Sería faena de todas las horas gobernar sin ayuda la balsa cuyo aparejo de cruz medía 10 metros de eslora y seis de manga. Pero llevaba a bordo todo lo necesario. En la camareta, o trincados en cubierta, iban la brújula, el sextante, la estufa, las provisiones de boca, la aguada, los avíos de pesca, el rifle, las dos embarcaciones menores —un kayac esquimal y una canoa samoana— y la radio con que recibiría las informaciones para determinar la posición de mi balsa. Lo que importaba más: disponía con entera libertad de mi persona y de mi tiempo para navegar como mejor me pareciese. Según mis cálculos, Australia distaba de 75 a 90 días de navegación.

Un mal comienzo. Mi propósito era pasar al noroeste del archipiélago de Samoa; al norte del de Fiji; virar hacia el sudoeste para seguir por el sur de las Nuevas Hébridas y de Nueva Caledonia, y poner luego rumbo directo a Sydney. El primer día navegué sin novedad hacia el oeste mientras iba probando los recién instalados timones. Después se fue el viento.

En esa época del año es muy fuerte la corriente del norte en el paraje donde me encontraba. Semanas antes, en una calma chicha como esta en que me veía, un pesquero japonés fue a la deriva 550 kilómetros y acabó por estrellarse en la costa de Savaii, isla cercana a la de Upolu. La corriente me iba arrastrando hacia el sur. A los dos días de haber salido de Apia avisté las montañas de 1800 metros de altitud de la isla de Savaii. Mal principio tenía, apenas comenzado, el largo viaje que estaba resuelto a llevar a término.

Pero lo peor estaba aún por venir. Al halar un cabo mientras probaba el aparejo, sentí una atroz punzada. La hernia abdominal que padecí en la primera parte del viaje acababa de abrirse nuevamente: el saco herniario sobresalía abultado por el intestino. En tales momentos el dolor es agudo. Y hay que contener la hernia, pues de no hacerlo el caso es grave. Apelé a cuantos medios me eran conocidos: masajes, compresión a intervalos, aplicación de fomentos. Aunque pasé varias horas empleándolos, ninguno dio resultado.

Amanecí con fiebre. Me sentía acongojado. En dos viajes anteriores había navegado 25.900 kilómetros sin que en ningún momento me fallase la salud. ¡Y había de sucederme eso ahora, al empezar mi

travesía! Permanecí en completa quietud mientras me representaba mentalmente la forma en que está constituido nuestro organismo. Para aligerar el abdomen me até a los pies una correa a la cual iba sujeto el extremo del cabo que pasaba por dos motones, uno de ellos suspendido encima del lugar en que yo estaba acostado, y el otro fijo en la cubierta. Valiéndome de este dispositivo, al izar lentamente las piernas y mantenerlas luego levantadas en alto mientras yo quedaba echado boca arriba, conseguía que el peso del cuerpo descansase sobre la espalda. Al fin, gracias a esto y a nuevos masajes y fomentos logré reducir la hernia.

Entre tanto mi balsa había seguido flotando a la deriva y estaba ya a 37 kilómetros de Savaii. Por el este asomaba la costa de Upolu. Mi situación era de aquellas en que el navegante se suelta a llorar . . . o a renegar. ¡Haberme hecho a la mar a todo trapo y verme en aguas de la misma isla de donde había salido! En esto zapatearon las velas. Me sonó a gloria su golpeteo. Por fin soplaba el viento, y cada vez con más fuerza. Después de haber estado flotando al garete en una mar que parecía un espejo, pasé de pronto a navegar en esta mar en que los rociones me daban en la cara mientras tenía que andarles vivo a las velas. A caricia me sabía cada roción con que me empapaban las olas.

Con rumbo incierto. Tres semanas mantuve el rumbo; primero hacia el oeste y luego hacia el sudoeste, en medio de continuos chubascos de agua y viento. A mediados de julio empezó a arreciar el viento en forma tal que debí emplear todas mis fuerzas para conservar el rumbo. Al ir rompiendo el temporal se levantaron en torno mío hinchadas olas, altas al principio como colinas, después como cerros, y finalmente como empinadas montañas coronadas del hirviente blancor de la espuma. Día y noche, en tanto bramaba con furia incesante el viento y bailoteaba la balsa como un corcho, me era forzoso estar listo al timón y a las velas.

Parecía que fuese el temporal el que iba a ganar la partida. Me había apartado bastante del rumbo y puesto así en peligro de estrellarme en las peñascosas costas de las Nuevas Hébridas. Mi única probabilidad de salvación era ganar hacia el norte. El viento arreciaba cada vez más. Con la vida en un hilo, me esforzaba en mantenerme proa al norte. En dos ocasiones, al divisar por entre el desgarrón de las nubes cumbres de montañas, me di cuenta de que me hallaba cerca de las islas. Por la lectura del sextante comprobé después que había logrado navegar hacia el norte todo cuanto era necesario. Puse entonces rumbo al oeste, y cediendo al cansancio me quedé profundamente dormido.

En el Mar de Coral. Pasadas por fin las Nuevas Hébridas, y ya al norte de ese archipiélago, me

propuse navegar hacia el sudoeste rumbo a Sydney lo más en línea recta que me fuese posible; para lo cual atravesaría diagonalmente el Mar de Coral. Durante unos días navegué sin contratiempos. Nunca se me olvidará el momento en que mi nuevo plan de viaje se frustró al igual que mis planes anteriores.

En la noche de ese día el viento era casi huracanado. Cuando cambió me dije que la balsa iría más descansada si viraba por avante a fin de recibir el viento por la otra banda. El cabo que pasaba por un motón fijo en cubierta servía para acuartelar el foque al tener que virar: faena esta pesada con viento duro. Largando cabo por estribor fui llevando el foque hacia babor. En esto cedió el motón. Perdí el equilibrio. *Mal lo pasaré si doy contra la raca* (el anillo de hierro en que se afirma la amura del foque), pensé al caer hacia atrás.

Sentí el golpe del hierro en la espalda y me desplomé en la cubierta. No me dolía parte alguna del cuerpo, pero me era imposible mover las piernas. Valiéndome de los brazos me arrastré hasta la camareta. Días enteros permanecí echado, sin hacer casi más movimiento que el de abrir de tarde en tarde una lata de frijoles en conserva.

La muerte ronda. Después de flotar seis días con sus noches a merced de vientos y olas me vi a 270 kilómetros de las islas Salomón, y a muchos kilómetros del derrotero que debía seguir. Al paso de los días, mientras consideraba el giro que había tomado mi viaje, me cruzó por la mente la idea de la muerte. Por primera vez se presentaba a mis ojos la muerte como un riesgo cierto y cercano. Mientras esto pensaba, noté que me corría por la espalda y las caderas una sensación de dolor.

Una tarde volví a sentir los dedos de los pies. A poco de eso pude mover las piernas. Las sentía vivas hasta la rodilla. Empecé a darles masajes enérgicos y a tratar de usarlas. A los seis días fui capaz de tenerme en pie y de ocuparme en buscar el derrotero. Según se vio más adelante por la radiografía que me tomaron, al caer se me rompió la parte inferior del espinazo, el hueso sacro, que se soldó parcialmente por sí solo. Los dolores ocasionados por la fractura no me daban ahora descanso. Aunque no tengo nada de quejumbroso, en más de una ocasión casi me arrancaba gritos el temor de lastimarme la espalda si tropezaba contra una barandilla o contra la camareta. Dormía muy poco. La única posición en que podía acostarme era boca abajo. Pero, en fin, podía navegar nuevamente; y el viento me permitía al menos dirigirme hacia el oeste, que era lo que más me importaba.

Voluntad de lucha. La noche del 18 de agosto me encontró en mitad del Mar de Coral. Eran las 12 menos cuarto. Quince minutos más tarde cumpliría yo 71 años. Al mirar distraídamente hacia popa me

dio un vuelco el corazón: allá, en la lejanía, asomaban las luces de un barco que avanzaba en dirección a mi balsa.

Dirigí el haz de la linterna eléctrica a la vela mayor para hacerla visible a los del barco. Era un carguero inglés, el *Baron Jedburgh*, de la carrera Hong Kong-Sydney. Oí que del puente me preguntaban:

—¿Quién es usted?

—Soy el capitán Willis, en viaje de Apia a Sydney.

—¿Qué necesita?

—Deseo que den aviso de haberme encontrado —repuse.

Le había dejado a mi mujer en nuestro apartamento de Nueva York un mapa con el derrotero de mi viaje. Si algún contratiempo me sobrevenía, deseaba que ella supiese dónde me había ocurrido. El barco se alejó en la oscuridad de la noche.

Por de contado, no todo ocurrió tan sencillamente como aquí queda dicho. Mientras estuve al habla con el barco me preguntaba si no sería mejor subir a bordo y seguir viaje a Sydney reposada y cómodamente. Era menester considerar si mi cuerpo alcanzaría a resistir el dolor de la fractura del espinazo, la hernia en el abdomen, y principalmente la fatiga de la lucha con los vendavales. Todo esto me pasó por el pensamiento como un relámpago. Y concluí diciéndome que, si abandonaba la balsa para viajar tranquilamente a Sydney en ese barco, no sabría después con qué cara presentarme ante el mundo, ni siquiera ante mí mismo. Mientras veía desaparecer por el horizonte las luces del barco, festejé en silencio mi cumpleaños.

Hacia la Gran Barrera. Navegaba ahora hacia la Gran Barrera, dilatada línea de traicioneros arrecifes coralinos formados por diminutos animales llamados pólipos, que viven y se reproducen en la corteza de sus ascendientes. Ocupa la Gran Barrera frente a la costa nordeste de Australia una extensión de más de 2000 kilómetros de largo; mide de 15 a 55 kilómetros de ancho. Como no llevaba conmigo cartas de marear de esos parajes, ni contaba con señal alguna que me guiase por los canalizos que corren por entre peligrosos escollos y bajos, tendría que ir a la ventura, lo mismo que aquellos navegantes del siglo XV cuyo mundo conocido llegaba solo hasta el horizonte. En último caso, de no poder franquear con la balsa los arrecifes, aún me quedaría el recurso de hacerlo en la especie de catamarán que me fabricaría al amadrinar el kayak y la canoa.

Durante 16 días navegué hacia el oeste. Por fin, una mañana, más o menos una hora después de haber salido el Sol, avisté lo que andaba buscando: la Gran Barrera. Una cinta de rompientes blaqueaba por el norte y el sur en el horizonte. Puse proa hacia allá, para verilear luego en busca de paso por donde cruzar los arrecifes. Repetidas veces creí haberlo encontrado; para caer después en la cuenta de que

me había internado en lo que era solo una sucesión de bajíos.

No podía empeñarme en seguir buscando paso indefinidamente. Al fin y al cabo, mi rumbo era hacia el oeste. Me deslicé en dirección a los arrecifes, aunque receloso de acercarme demasiado. Imaginando que acaso había dejado a popa el paso que buscaba, volví a mirar en torno: solo vi la hirviente superficie de aguas cubiertas de blancas espumas.

Estaba ahora encima de los arrecifes. La encallada fue violenta. Los flotadores de la balsa rechinaron ásperamente al resbalar por las rocas coralinas. Me golpeaban las olas. ¿Cuánto tiempo resistirían juntas la balsa y la camareta antes que las desuniesen los embates del mar? Reducido a la impotencia, permanecía sentado, mísera brizna humana en la inmensa, desoladora soledad que me rodeaba.

Subió la marea. La balsa empezó a bambolearse, rodó sobre el bajo y quedó por fin a flote. Iba ya navegando por el arrecife y aún me parecía mentira que fuese cierto. A menos de 60 centímetros de la superficie por la que se deslizaba la balsa, ofrecía el fondo la más fantástica combinación de rojos, amarillos y púrpuras. Al cabo de medio día de navegación, al verme en aguas más profundas, fuera del arrecife, me sentí seguro. Según mis cálculos me hallaba en el canal que media entre los arrecifes y la costa firme. Australia distaría unos 55 kilómetros. Aunque al anochecer refrescó el viento, me adormecí tranquilamente sabiendo que estaba en aguas de bastante profundidad.

La luz que llamaba. De repente, como si alguien me hubiese dicho "despierta y mira esa luz", me puse en pie de un salto y la busqué. Brillaba a proa, por babor.

Al navegar hacia allá eché de ver que era la luz de un faro asentado en una isla o en un enorme escollo. Cerré el timón a la banda de babor, y después de trincar la rueda para que continuase gobernando en esa dirección, corrí a acuartelar el foque. En ese momento retembló la balsa al encallar con espantoso estrépito. Entre enormes peñascos se alzaban en torno mío gigantescas olas que luego caían como cataratas. La balsa daba violentas sacudidas mientras la vela seguía impulsándola. Fue tumbándose sobre el costado de estribor hasta que el de babor quedó casi a la altura de mi cabeza. Me dije que se acercaba mi última hora: la balsa, al dar la voltereta, me pillaría debajo. Pero había yo de quedar para contarlo. A un renovado impulso del viento, recobró el equilibrio la balsa, rodó sobre el escollo y se puso de nuevo a flote.

Navegaba ahora en mar libre. A eso de las nueve de la mañana avisté una larga y angosta línea de árboles. Era sin duda la costa de Australia. Poco a poco fue precisándose. Con ayuda de los binóculos vi que me hallaba frente a una ribera arenosa. Serían las 11 de la mañana cuando llegué a la playa. Había

navegado 19.446 kilómetros y pisaba por fin tierra australiana.

Después de andar varios kilómetros a lo largo de la orilla encontré una albufera. En el lado de allá de la albufera vi un hombre y una mujer. Al llamarlos a gritos, la pareja quedó sorprendida a la vista del extraño viejo de largas barbas blancas que le caían hasta el pecho e inconfundible facha de navegante en quien la mar dejó más de una huella. Los dos atravesaron la albufera en su lancha de motor y me invitaron a subir a bordo. Hank Penning, el marido, era maestro de escuela; la esposa, enfermera. Supe por ellos que me hallaba en Queensland, en el extremo nordeste de Australia.

Poco o nada me quedó por hacer de allí en adelante, salvo esperar el buque que llevase a Sydney, y de allí a Nueva York, mi balsa, que de esta última ciudad pasó a la de Newport News (Virginia), donde se exhibe en el museo náutico.

A veces me preguntan: "¿Qué le impulsó a usted, Willis, a hacer todo eso?" Lo único que puedo responder es que la mayoría de nosotros soñamos con hacer algo, pero muy pocos lo intentamos. En lo que a mí respecta, me doy por satisfecho con saber que el Pacífico ha sido mío.

Escenas y voces urbanas

Un señor se había quedado dormido en un tren subterráneo urbano, con las piernas estiradas y los brazos cruzados. Otro pasajero, que iba sentado frente a él y llevaba una cámara Polaroid, le tomó una foto (que la máquina reveló en el acto) y se la metió en el bolsillo al durmiente. — M. L.

Mientras esperábamos el ascensor en un edificio de oficinas, oí que un caballero le decía a otro: "Siento molestarte de nuevo: dame otra de tus pastillas para no fumar". — G. M.

Una mujer ya entrada en años que pasaba frente a una imponente mansión neoyorquina, le decía a una amiga: "Ahí es donde trabajo los miércoles; mi única obligación es hacer compañía al gato durante cinco horas. ¡Alabado sea Dios, que hay gente que nace loca!" — D. C. O.

En cierta gran tienda un cliente se aproximó a una vendedora que por lo visto no tenía nada que hacer. "No puedo atenderlo porque todavía no he regresado de almorzar", le advirtió ella. — R. S.

Kuwait, bonanza en el desierto

La maravillosa historia de cómo pasó de los harapos a la abundancia la sencilla nación árabe que, al descubrir la riqueza de su subsuelo, ha venido a ocupar el cuarto lugar en la producción petrolífera mundial.

POR ROBERT LITTELL

EN TODA la vasta extensión del orbe no hay nada comparable a Kuwait. Situada en el extremo noroeste del golfo Pérsico, este pequeño sultanato, de población más o menos igual a la de Malta, y cuya superficie —quince mil kilómetros cuadrados— es apenas un poco mayor que la de Jamaica, quiso salvar de un solo y audaz salto varios siglos . . . y cayó de pie. La gran riqueza derivada del petróleo que abunda bajo su arenoso suelo, y la previsora prudencia de un gobernante progresista, han concurrido a hacer que Oriente y Occidente, al encontrarse por fin en Kuwait, se fundan en



una fantástica amalgama del ayer y del mañana.

Desde los alminares de la musulmana Kuwait, la voz gangosa del almuédano llama, cinco veces al día, a los creyentes a la oración. Los bazares, o *suqs,* rebosan de hombres que visten flotantes *dishdashes,* largos hasta el tobillo, y ciñen la cabeza con las fajas de algodón de los *kafiyehs.* En torno a la capital y única ciudad de la nación, que se llama, como ella, Kuwait, se alzan las negras y achatadas tiendas de los beduinos nómadas. En la costa, trabajadores descalzos descargan pescado de barcas de vela que parecen de los tiempos bíblicos.

Pero la voz del almuédano llega a los creyentes ampliada por dispositivos electrónicos; algunas tiendas beduinas están coronadas de antenas de televisión; los hombres que trafican en los *suqs* vuelven a sus casas en relucientes automóviles de fabricación norteamericana. Instalaciones con una capacidad de producción que sobrepasa los 22.500.000 litros diarios destilan agua del mar para abastecer a los vecinos de Kuwait de toda el agua potable que necesiten. Los magníficos establecimientos de enseñanza no tienen nada que envidiar a los mejores de cualquier país. La asistencia médica es gratuita. Nadie paga un solo centavo en concepto de impuesto sobre la renta. Por todas partes se ven grandes edificios de oficinas, espaciosos palacios de los ministerios, espléndidos hospitales, bibliotecas públicas, campos de deporte, grupos de viviendas, obra todo ello de una ciudad-Estado que cifra su empeño en hacer partícipes a sus ciudadanos en la increíble prosperidad con que a ella la ha favorecido la suerte.

A tres kilómetros del centro comercial están los muelles, grúas y almacenes del puerto más moderno del Oriente Medio. Más allá de la ciudad, en la aridez del abrasado desierto, se extiende un aeropuerto de primer orden con pistas para los grandes aviones comerciales de propulsión a chorro. Hacia el sur, a menos de una hora de viaje por autopistas de cuatro vías, están casi todos los 472 pozos de petróleo que Kuwait tiene actualmente en producción, las torres de perforación y las armazones de acero para las válvulas de cierre, las estaciones de inyección de gas, los depósitos de almacenamiento, los muelles en forma de T y de kilómetro y medio de largo: todo lo que ha contribuido a que la antes atrasada e insignificante Kuwait ocupe hoy el cuarto lugar entre los países productores de petróleo crudo.

El soñoliento ayer. No hace aún 25 años Kuwait era un laberinto de casas de una sola planta y de paredes barrosas rodeado por el desierto. Al este, al otro lado del golfo Pérsico, estaba el Irán; al oeste, el Mediterráneo, para llegar al cual había que viajar cuarenta días a lomo de camello. Tierra adentro, beduinos de rostro tostado por el sol cuidaban de sus rebaños de camellos y ovejas, cazaban con halcones adiestrados, luchaban unos con otros y

hacían incursiones en los aduares de sus mismos convecinos. Incluso la reciente historia del país está salpicada de violencia: en 1961, a raíz de haberse acordado entre Inglaterra y Kuwait la independencia de este último, seis mil soldados británicos fueron enviados en socorro del nuevo Estado independiente al que su vecina Iraq —otra nación árabe tan rica en yacimientos petrolíferos como afligida por sangrientas revoluciones— amenazaba con una invasión. (Desde que, en 1963, el jefe del gobierno iraquí, Abdul Karim Kassem, fue asesinado durante una revuelta, aquella nación ha dejado en suspenso sus reclamaciones sobre Kuwait.)



Durante generaciones, los habitantes de Kuwait vivieron de la pesca de perlas, el contrabando de oro, la construcción —en la que eran muy diestros— de embarcaciones de vela y casco de madera de teca, tales como los *booms, bagalas* y *sambuks;* y el comercio a todo lo largo de las aguas del golfo Pérsico. Desde lugares tan distantes como Bombay y Zanzíbar traían, para venderlos en toda la región del norte de Arabia, gran diversidad de artículos: azúcar, café, arroz, dátiles, té, maderas de construcción, telas de algodón. Hasta agua potable les era preciso traer, por barco, desde el Iraq, ya que la mayoría de los pozos de Kuwait eran salobres y no había en el país ni siquiera una corriente de agua.

El crecimiento de la industria japonesa de perlas cultivadas amenazaba con llevar a la ruina a las poblaciones de marineros y pescadores de perlas naturales de la costa del golfo Pérsico. Kuwait habría acabado por caer en una letárgica inanición de no haberse descubierto, precisamente en vísperas de la segunda guerra mundial, uno de los yacimientos petrolíferos más ricos del mundo: el de Burgan.

El sueño de un petrolero. Desde 1946, los pozos de Kuwait han

producido casi 950 millones de toneladas de petróleo crudo. Han sido el sueño de un petrolero. En Burgan hay pozos que dan en un solo día tanto petróleo como un pozo norteamericano en todo un año. No obstante esto, aun al presente ritmo de explotación —105 millones de toneladas por año— las abundantísimas reservas de oro negro de Kuwait, que son la quinta parte de las que hay en todo el planeta, durarán quizá hasta el siglo XXI.

Aproximadamente la quinta parte del petróleo de Kuwait va a parar a Inglaterra, para cuya economía es poco menos que vital. "De cada tres automóviles que pasan por Hyde Park Corner, uno de ellos lleva combustible de Kuwait", me dijo en Londres un petrolero.

En la Kuwait Oil Co. Ltd. participan, al cincuenta por ciento, la British Petroleum Co. y la Gulf Oil Corp., empresa esta última de propiedad norteamericana. La concesión que para explotar los yacimientos petrolíferos se otorgó en 1934 no expira hasta el año 2026. En 1951 se establecieron nuevas cláusulas en virtud de las cuales el soberano de Kuwait percibe la mitad de los beneficios. A estos importantes ingresos para el erario del sultanato se añaden los procedentes de los pozos situados en la Zona Neutral, que comparte con la Arabia Saudita, y de otros situados a lo largo del litoral del golfo Pérsico, explotados, los que se hallan costa adentro, por un grupo de compañías estadounidenses, y los que están frente a la costa, por una compañía japonesa.

El año pasado el petróleo proporcionó a Kuwait unos ingresos de 180 millones de libras esterlinas, suma que, repartida entre los habitantes de Kuwait —hombres, mujeres y niños— daría aproximadamente novecientas libras por persona, o sea, más del ingreso por habitante en los Estados Unidos, y casi el doble de ese ingreso en Inglaterra.

Para beneficio de todos. Ha sido frecuente en Arabia que las pingües e inesperadas riquezas procedentes del petróleo no beneficien al pueblo y vayan a parar, íntegramente, a manos de reyes, sultanes, emires o jeques para ser empleadas en edificar palacios destinados a satisfacer los placeres del príncipe; en realzar con grifos de oro el esplendor de los cuartos de baño, en llevar en avión a las esposas y concubinas del magnate a pasar unas vacaciones en la Riviera. Muy otro es el caso en Kuwait, cuyo pueblo ha tenido la suerte de haber estado regido por un hombre que dio en el Oriente Medio ejemplo de cordura hasta su fallecimiento en noviembre pasado. Modesto, afable y cortés en su trato, digno a la par que sencillo en sus flotantes vestiduras, el jeque Abdulla al-Salem al-Sabah, antes que amo y señor absoluto de un reino opulento, daba la impresión de un comerciante árabe que, retirado de los negocios, se dedicaba a cultivar sus aficiones literarias. Lector asiduo del Corán y de los poetas árabes, los citaba con oportuna facilidad. Detestaba la

violencia. Vivía frugalmente y tenía una sola esposa. No hizo en su palacio cambio alguno para ponerlo a la altura de sus nuevas riquezas. Y lo que importa más: abrigaba la firme convicción de que, si la familia de Sabah y el pequeño país en que reina desde 1756 han de tener un porvenir seguro, será indispensable que los Sabah antepongan siempre el bien de sus súbditos a su propio bienestar y conveniencia. Sabah al-Salem al-Sabah, el hermano del jeque Abdulla, se ha hecho cargo del gobierno. Aunque dentro de su propia familia el nuevo soberano tiene rivales, se espera que siga los mismos ideales de progreso.

La riqueza que da el petróleo se traduce en Kuwait en abundancia para sus habitantes, tanto en lo individual como en los servicios públicos de que disfrutan. Las polvorientas callejuelas por donde pasaban antes los camellos han sido remplazadas por anchas avenidas de asfaltado pavimento en las que los automóviles se deslizan en veloz y continua sucesión. Únicamente los Estados Unidos aventajan al sultanato en la proporción de coches a población, que en Kuwait es de uno por familia. (No significa esto, ya se entiende, que cada familia posea un automóvil; de cierto jeque se dice que tiene 55.) En todo caso, hay en Kuwait miles de personas para las que pasear en automóvil es un placer al que la costumbre no ha quitado el atractivo de la novedad; a lo cual se agrega el bajo costo de la gasolina: cuatro centavos de dólar por litro. Al veloz paso de los coches Austin o Chevrolet, los blancos *dishdashes* y los *kafiyehs* de los hombres que ocupan los asientos delanteros los asemejan a novias que fuesen camino del altar. En los asientos de atrás, cubierto el rostro con negro velo, viajan las recatadas y sumisas mujeres.

Obras de servicio público. En la época inmediatamente anterior a la segunda guerra mundial, Kuwait contaba tan solo con un hospital pequeño, regentado por misioneros norteamericanos, y con un médico por cada cien mil habitantes. Hasta en fecha tan reciente como 1949, no había médicos especialistas en obstetricia. En la actualidad hay un médico por cada 750 habitantes y una cama de hospital para cada 110. Cualquier ciudad europea de 250.000 habitantes envidiaría los 32 dispensarios, ocho centros de maternidad y cuatro sanatorios antituberculosos que tiene hoy el país. A los enfermos que precisen un tratamiento que no puede proporcionárseles en el sultanato se les envía, en avión y a costa del erario, a ciudades europeas en las que contarán con especialistas y hospitales que les presten la asistencia que necesitan.

Kuwait no es, naturalmente, la única nación del mundo que goza de enseñanza gratuita para los niños, pero allí los escolares disfrutan de otros servicios también gratuitos, como trasporte, libros de texto, útiles de escritorio, almuerzo y uniformes. En varias clases de ciencias facilitan a los alumnos sendos mi-

croscopios. En los cursos de bachillerato hay un profesor por cada 20 alumnos, lo cual aventaja la proporción existente en Londres, que es de un profesor por cada 25 estudiantes. Todas las mañanas los escolares de Kuwait se despiden de sus padres —muchos de los cuales viven aún, por lo que respecta a la educación, en el siglo XVII— para ir a pasar el día en aulas, bibliotecas, patios de recreo y salas de descanso que son una anticipada muestra de lo que habrá en el siglo XXI. Aun los viajeros más acaudalados o conocedores de los últimos adelantos de sus respectivos países quedan maravillados al visitar en Kuwait las instalaciones de la enorme Cocina Central, alimentada con gas procedente de las instalaciones petrolíferas, en la cual preparan cada día, para enviarlos a los centros de enseñanza de la ciudad, los almuerzos de 54.000 alumnos y profesores.

En el suburbio de Shuwaikh, en una longitud de 1800 metros a lo largo de la costa, se encuentran las instalaciones de un espléndido establecimiento de segunda enseñanza para varones. Tiene dormitorios para 1200 alumnos —1200 habitaciones— y aulas, mezquita, estadio, gimnasio, jardín botánico, dos piscinas de natación, pistas de tenis, club náutico y salón de actos. Hay en proyecto la construcción de un edificio destinado a la nueva Universidad de Kuwait. Mientras esta se inaugura, todo alumno que se distinga por su aprovechamiento en el estudio cuenta con la ayuda oficial (a veces hasta de mil libras esterlinas al año) para que pueda ampliar sus conocimientos en el extranjero. Así lo hacen actualmente 800 estudiantes, entre los cuales figuran 150 mujeres, circunstancia esta que, tratándose de un país árabe, denota en ellas gran firmeza de ánimo.

Invasión de especialistas. Por todo el mundo árabe, y hasta más allá de sus límites, había corrido la noticia de la repentina y creciente prosperidad de Kuwait. Atraídos por los altos salarios, empezaron a llegar nómadas del desierto de Siria; cenceños árabes sauditas de altanero semblante; mecánicos de Pakistán; jornaleros de Iraq; antiguos pescadores de perlas procedentes de distintos puntos del litoral; artesanos iraníes venidos de la otra orilla del golfo Pérsico. Llegó también mucha gente inexperta e indocumentada que, al amparo de la noche, se introducía ilegalmente en Kuwait, de la misma manera que el polvo arenoso se filtra por las rendijas de las ventanas cuando el *shimal* sopla del norte. De todos los que han llegado al sultanato, los que mayores probabilidades tienen de avecindarse en el país son los especialistas y profesionales titulados: catedráticos y abogados de Egipto; oficinistas y contadores de la India; administradores, médicos, ingenieros, técnicos sanitarios y agrónomos de Líbano. En cualquier ministerio, negociado u oficina pública hay refugiados de Palestina, bien educados, activos, serviciales.

Esta invasión de especialistas ha

traído como consecuencia que más de la mitad de los empleados civiles de Kuwait sean extranjeros, y que el número de inmigrantes sea mayor que el de los naturales del país. Preocupados estos por tal desproporción, insistieron en que se adoptasen disposiciones legales para impedir que el voto de los ciudadanos por naturalización pese más que el de los que lo son por nacimiento. De ahí que solo a un corto número de residentes extranjeros se les otorgue anualmente carta de naturaleza.

Orientación democrática. Hace tres años el soberano de Kuwait —contrariamente a las normas usuales de gobierno entre los monarcas árabes— dio el primer paso para procurar a su patria un sistema democrático representativo: promulgó una constitución mediante la cual se estableció una Asamblea Nacional. La mayoría de los diputados a la asamblea son comerciantes; el resto, abogados o catedráticos. La creciente influencia de ese cuerpo legislativo quedó demostrada en diciembre de 1964, cuando varios diputados expresaron su oposición a algunas de las personas llamadas por el primer ministro (hoy soberano) a formar parte del gabinete. Aunque tenía prerrogativas para disolver la asamblea, el jeque Abdulla optó por aceptar la renuncia del gobierno y encargar al primer ministro la formación de otro que contase con la aprobación de los diputados.

Kuwait, sosegadamente, sin motines ni revoluciones, forma así parte del conjunto de naciones cuya meta es el establecimiento de un régimen democrático. A pocas de ellas les ha deparado la suerte, como al sultanato, tan segura esperanza ofrecida en tan rica bandeja de oro. Pero después de más de 60 años de protección británica, los habitantes del minúsculo Estado se dan cuenta de que no es tan solo la riqueza lo que hace a un país independiente y digno de figurar en el concierto de las naciones. Hasta hora, han mostrado su preocupación y buen deseo hacia sus vecinos menos afortunados. El jeque Abdulla y sus consejeros establecieron el "Fondo de Kuwait para el Fomento de la Economía Árabe", el cual ha hecho préstamos por valor de 35 millones de libras esterlinas al Sudán, Jordania, Líbano y Argelia.

La pequeña extensión territorial de Kuwait y su escaso poderío impedirán tal vez que sea en el futuro un factor influyente en la revuelta política del mundo árabe; en cambio, pudiera ser, como lo son hoy Egipto y la República del Líbano, el centro intelectual, docente y cultural de más de cincuenta millones de árabes. De contar en lo venidero con gobernantes tan perspicaces y desinteresados como el jeque Abdulla, a más de exportar petróleo para su propio enriquecimiento, Kuwait enviará a las naciones vecinas ingenieros, catedráticos, médicos, filósofos, escritores; hombres y mujeres cuya idoneidad profesional constituirá una valiosa aportación al progreso de esas naciones.

Para activar las mentes retrasadas

Este método, tan irregular como nuevo, les ayuda a adquirir confianza en sí mismos y los capacita para el trabajo.

Por Stanley Schuler

Condensado de "Today's Health"
Publicado por la Asociación Médica Norteamericana

Cuando la jovencita Dorothy Smith, de 14 años, llegó al Centro Regional Seaside para retrasados mentales, había estado ya en un gran establecimiento similar por espacio de ocho años. Su coeficiente de inteligencia no pasaba de 15, era ciega, retraída e incapaz de valerse por sí misma. El informe que la precedió señalaba que requeriría "cuidados y vigilancia constantes" durante toda su vida.

Esto acontecía en 1961. Hoy, en los talleres de Seaside, Dorothy trabaja treinta horas semanales ayudando a montar jeringas hipodérmicas de veterinario. Su ocupación le permite tener una modesta cuenta bancaria. Atiende a sus propias y sencillas necesidades, su coeficiente mental ha subido diez puntos y habla animadamente cuando le dirigen la palabra.

Mary Brown fue trasladada a Seaside cuando tenía 54 años, y había permanecido tantos años en otra institución importante, que apenas podía imaginar una existencia distinta. En la actualidad vive en una población vecina, donde desempeña una jornada normal como acompañante de una señora anciana. Una investigadora social de Seaside la visita una vez cada tres meses.

Tan consoladoras trasformaciones son resultado de los nuevos mé-

todos con que en el Estado de Connecticut se enfoca el viejo problema de la asistencia a los retrasados mentales de nacimiento, que son tres de cada cien personas. Hasta la creación del Centro Regional Seaside, Connecticut, lo mismo que otros Estados de la Unión norteamericana, alojaba a sus deficientes mentales en grandes establecimientos públicos. De los dos de Connecticut, uno, el de Southbury, que albergaba 2000 pacientes, gozaba de tal renombre en todo el mundo que, cuando se hizo apremiante la necesidad de ampliar las instalaciones, a finales del decenio 1951-1960, se llegó a creer que sería imprescindible construir otro gran establecimiento similar. Pero Bert Schmickel, jefe de la Oficina de Salud Mental de Connecticut, no era de este parecer.

Los grandes establecimientos, indiferentes al individuo, argumentaba Schmickel, aíslan al retrasado, lo separan de su familia, le arrebatan su personalidad y lo someten a una dependencia absoluta. Ninguno de esos establecimientos puede hacer por el retrasado lo que pueden hacer sus deudos, con tal que estos dispongan de los elementos y la ayuda adecuados. De ahí se infiere, decía Schmickel, que lo que hace falta es crear centros pequeños, en los cuales los pacientes puedan seguir cerca de su casa, si no en ella, y donde se coordinen los varios tratamientos y servicios que requieren.

El Poder Legislativo del Estado aprobó la iniciativa, y se instaló Seaside en un magnífico aunque viejo edificio que había sido sanatorio de tuberculosos, en Waterford (Connecticut). Entre los pacientes del nuevo establecimiento los había de edades de dos a sesenta años, y desde los ligeramente retrasados hasta quienes lo estaban notoriamente. En la mayor parte de los casos, la mejoría lograda fue sensacional.

Uno de los actuales pacientes de Seaside, por ejemplo, es un muchacho de 14 años con un coeficiente de inteligencia de poco más de 50, que sufría ataques de furia destructiva. Ni la madre, abandonada por su marido, ni los maestros habían podido gobernarlo. Cuando lo conocí llevaba ya cuatro años en Seaside. Era afable y dócil en su apariencia y en su trato. Ahora trabaja en la cocina de Seaside, adelanta en sus estudios escolares, visita a su madre de cuando en cuando, y es ya dueño de sus actos. Con el tiempo, el muchacho podrá abandonar el sanatorio y abrirse paso en la vida.

¿A qué obedece el buen éxito de Seaside? No a un solo factor, sino a una combinación de nuevos elementos, de los cuales uno de los más valiosos es el estímulo que ofrecen las estrechas relaciones entre el enfermo y su familia. Las familias de 240 pacientes internos pueden visitarlos con frecuencia porque habitan en lugares próximos. Las familias de 310 pacientes externos mantienen a estos en sus hogares respectivos y llaman al centro para que les preste auxilio cuando lo precisan. Algunos de los pacientes ex-

ternos reciben asistencia diurna en el centro durante todo el año; otros acuden solo a los campamentos de verano, o se hallan simplemente bajo el cuidado de visitadores designados para cada caso, quienes los visitan a menudo en su casa.

Casi todos los establecimientos públicos para retrasados mentales están sujetos a estricta reglamentación. El régimen de Seaside, en cambio, es tolerante. Las puertas están abiertas. A los padres se les dice: Vengan cuando quieran; entren; no necesitan pase ni permiso. Alimenten a su hijo, vístanlo. Basta una palabra para que se lo lleven a casa. Nosotros, encantados, ya que ustedes pueden hacer por él lo que no podemos hacer nosotros.

Los pacientes entran y salen según los reclaman sus necesidades o las de sus familias. Una niña vive en su casa durante la semana y va a Seaside a pasar sábado y domingo, con objeto de que el padre, recién salido de la cárcel, tenga ocasión de volver a integrarse en el seno de la familia. Tres muchachas de más edad, cada una de las cuales vive con su madre viuda, que trabaja, se incorporan al programa de asistencia diurna y son admitidas como internas en Seaside cuantas veces las madres sienten necesidad de un paréntesis de alivio y descanso, indispensable cuando están un día tras otro cuidando de hijos retrasados.

Otro factor del éxito de Seaside es la inusitada atención personal que reciben los pacientes. Viven y juegan y van a clase en grupos pequeños. La proporción de personal de servicio respecto al número de pacientes es de 1 a 1,5, en contraste con la de 1 a 2,3 que se registra en los grandes centros de Connecticut.

Además, abundan los asistentes voluntarios: unos 30 en invierno, y unos 70 en verano, época en que la mayor parte de los pacientes permanecen al aire libre. Hay una mujer que se presenta diariamente para dar alimento a un niño. Siete individuos del servicio de guardacostas, siempre que están libres, van a Seaside a primeras horas de la noche para jugar con otros tantos de los muchachos de mayor edad. Un maestro retirado ejercita en la lectura a varios pacientes. En verano, alguna adolescente de la localidad cuida de cada uno de los pacientes demasiado inquietos (chiquillos capaces de provocar el caos), aunque dejándole desahogar parte de sus energías, que de otro modo serían peligrosas.

Para ayudar a los pacientes a sentir que forman parte del mundo exterior, y prepararlos así a vivir en él cuando sean dados de alta, el centro se halla en estrecha relación con las poblaciones a que sirve. Los residentes salen del establecimiento para ir a la iglesia y al cine. La Oficina de Trabajo del Estado de Connecticut proporciona empleo local a los pacientes adultos medianamente retrasados que ya estén aptos para desempeñarlo. Las escuelas locales proporcionan autobuses y clases es-

peciales a unos 65 pacientes de Seaside que reúnen las condiciones de admisión.

Pero la más importante aportación de Seaside al tratamiento de los deficientes mentales la constituye su programa de adiestramiento para hombres y mujeres de 17 o más años de edad, que estén en condiciones de aprender alguna faena útil. El promedio del coeficiente mental de estos alumnos es de 60. Cuando llegan suelen manifestar desarreglos sicológicos, falta de sentido de la propia valía y escasa experiencia de la vida normal. En Seaside, estos 42 alumnos ocupan un piso en uno de los edificios destinados al personal: los hombres a un extremo de un largo pasillo y las mujeres al otro. Cada alumno tiene su propia habitación o la comparte con otra persona.

Contrariamente a la creencia general de que los internados en estos establecimientos deben trabajar sin retribución, Seaside hace hincapié en que sus alumnos perciban diez dólares semanales por sus labores en el centro, ya sea como ayudantes de cocina, de mantenimiento o del cuidado de niños, etcétera. El administrador, Fred Finn, joven fornido y jovial, afirma: "Mientras los alumnos no ganen dinero, no lo tengan en sus manos y no lo gasten en lo que se les antoje, no podrán adquirir conciencia de su personalidad ni deseo de remediar su situación".

Tan pronto como un alumno se ha capacitado en cualquier actividad, ha aprendido a hacer sus compras y a manejar su dinero y se ha acostumbrado a desenvolverse en el seno de la colectividad, se le proporciona empleo fuera del centro y al tipo normal de salario: la mayor parte de las veces en hospitales, supermercados y otras empresas de servicio; unos pocos trabajan en fábricas. Por lo general el alumno alquila una habitación fuera del establecimiento. Aunque sigue bajo la vigilancia de un visitador social, vive entonces por su cuenta. Cuando demuestra que puede gobernarse del todo por sí mismo, Seaside lo da de alta. Hasta ahora 38 individuos de uno y otro sexo han salido de allí habilitados para la vida normal.

El Dr. Leonard Mayo, presidente de la Comisión de Estudios sobre el Retraso Mental nombrada por el presidente Kennedy en 1962, ha dicho: "Los principios fundamentales en que se basa el sistema de Seaside son tan acertados que deberían difundirse ampliamente, y no hay duda de que así se hará, de una u otra forma".

Las familias de la región de Connecticut que tienen hijos mentalmente retrasados han hallado por fin solución al serio problema de optar entre encomendarlos a algún gran establecimiento público o mantenerlos en casa sin asistencia facultativa. Al permitir a las familias estar en íntimo contacto con el paciente y al mismo tiempo proporcionar a este asistencia profesional, Seaside abre nuevas y luminosas perspectivas en la vida de muchas personas.

Norteamérica tiene todavía mucho que aprender en el arte de habérselas con esa confusa fuerza. ¿Cuándo desconocerla, cuándo ceder ante ella y cuándo guiarla?

Los Estados Unidos ante la opinión mundial

Condensado de "Time"

"La opinión pública", dijo el primer ministro sir Robert Peel hace siglo y medio, "es una mezcla de tontería, debilidad, prejuicios, sentimientos buenos y malos, terquedad y párrafos periodísticos".

Es fácil imaginar lo que Peel habría pensado de la "opinión mundial". Habría comenzado negando que tal cosa exista, o acaso afirmara que, de existir, no tendría derecho a inmiscuirse en los actos soberanos del Imperio Británico.

Ha pasado el tiempo, y los Estados Unidos ocupan hoy la posición de dirigentes del mundo occidental. Pero esta nación se preocupa del juicio ajeno mucho más que Inglaterra o que cualquier otro país a lo largo de la historia. Por esta razón, el gobierno estadounidense dedica una buena parte de su tiempo a pesar esa opinión mundial, a contestar sus argumentos y a tratar de influir en ella.

Esta preocupación obedece a varias causas. No se trata solo de que los norteamericanos deseen ser queridos, como dice una frase gastada: acostumbrados a un gobierno

que los rige por su propio consentimiento, no pueden imaginarse una dirección internacional que no esté basada en un consentimiento análogo. Su Declaración de Independencia aseguraba un "razonable respeto a las opiniones de la humanidad", y todavía parecen estar de acuerdo con el aforismo de Woodrow Wilson según el cual "la opinión acaba por dominar el mundo". El pueblo norteamericano sabe que la opinión pública, libre y relativamente bien informada, es parte vital y válida de su sistema político. Por ello a menudo piensa, erróneamente, que en cualquier otra parte existe también una opinión pública.

Los hombres y las mujeres de todo el mundo comparten ciertos temores, sentimientos y aspiraciones: el afán de sobrevivir, de mejorar su nivel de vida y de adquirir igualdad y libertad, cualesquiera que sean su nacionalidad y su raza. No es despreciable el papel que representan esos anhelos, y se les puede azuzar fácilmente en los debates internacionales, pero no constituyen una opinión.

En los países comunistas la opinión que oye el público es todavía, casi siempre, la del partido y del gobierno. En gran parte de Asia y de África el nivel de la información y del pensamiento libre no es mucho más elevado. Es grande el número de asiáticos que respetan todo lo que ven impreso, o acatan el juicio de los intelectuales, en su mayoría contrarios a Occidente. En la mayor parte de África casi no existe una opinión bien informada; suele provenir de unos cuantos funcionarios y jefes instruidos o semi-instruidos que se interpelan públicamente. Varios observadores competentes advierten que una multitud reunida a fines de 1964 en una ciudad de África Oriental para protestar contra la operación de rescate de Stanleyville no tenía idea clara de qué se trataba. Lo mismo se podría haber convencido a los manifestantes para que protestaran contra la importación de piñas, o contra la concesión del voto a la mujer.

De esta suerte, mucho de lo que pasa por opinión mundial es un mito creado por los gobiernos, que se valen con frecuencia de una prensa controlada y de minorías más o menos cultas. Aun en Europa Occidental muchos de los pareceres que más se citan no proceden de funcionarios responsables. A menudo son tan solo esos "párrafos de periódicos" a los que se refería Peel; propalados por la moderna red de comunicaciones, tales juicios apresurados suelen convertirse en actitudes permanentes.

Un buen ejemplo de la precipitación y el histerismo que a veces infecta la opinión mundial fue el furor que provocó en marzo de 1965 el asunto del "gas venenoso". Un despacho equivocado de una agencia informativa cayó en manos de la propaganda izquierdista, que se apresuró a convertirlo en una prueba de las atrocidades come-

tidas por los norteamericanos contra los asiáticos. Varios especialistas, desde profesores de química hasta el ministro de Relaciones Exteriores británico, condenaron a los Estados Unidos sin molestarse en comprobar los hechos. En realidad, el "veneno" era un inofensivo gas lacrimógeno, ampliamente utilizado por otros países, inclusive Inglaterra, en caso de disturbios. Y sin embargo, meses después de haberse aclarado el asunto todavía se criticaba a los Estados Unidos por recurrir a la guerra química, contraria a la ley internacional.

Más recientemente, la opinión mundial se ha agitado mucho con motivo de los bombardeos norteamericanos a Vietnam del Norte y el envío de tropas a Santo Domingo. Como es natural, la gritería ha sido dirigida por los comunistas, tanto en sus periódicos como en las Naciones Unidas. Se escucharon ecos estridentes en la mayor parte de las naciones neutrales, y también entre las aliadas, pues los que dudan de los norteamericanos suelen hacer más ruido que sus defensores. Con el propósito de influir en la opinión del "tercer mundo", Charles de Gaulle censuró la intervención en el Caribe, olvidando por conveniencia propia que él mismo había enviado paracaidistas a Gabón el año pasado, cuando la anarquía amenazaba esa antigua colonia francesa. Los norteamericanos que critican al presidente Johnson citan a otros críticos extranjeros para reforzar sus palabras y, a su vez, estos se refieren a las declaraciones de los norteamericanos, método considerado "incestuoso" por los analistas de la opinión.

Estos problemas se han presentado en todas las crisis ocurridas desde la segunda guerra mundial. He aquí algunos ejemplos:

• **Suez.** La arbitraria ocupación del Canal por Nasser, presidente de Egipto, provocó en 1956 un súbito ataque de las fuerzas inglesas, francesas e israelitas contra esa nación. Pero los comunistas, los árabes y otros enemigos africanos y asiáticos de la política colonial, y hasta algunos socios de la Mancomunidad Británica, clamaron: ¡Agresión! Nada les importaba el acto provocador de Nasser. Los Estados Unidos apoyaron a los partidarios de ese gobernante, en parte influidos por la opinión mundial, pero también acaso por temor a la intervención militar de Rusia. Por último se suspendió el ataque; las amargadas tropas de Inglaterra, Francia e Israel fueron retiradas, y Nasser recuperó cuanto había perdido. De más está decir que las simpatías ganadas por los Estados Unidos en África y Asia no duraron mucho.

• **Bahía de Cochinos.** Este fracaso del gobierno de Kennedy, ocurrido en abril de 1961, a principios de su administración, obedeció, según algunos funcionarios norteamericanos, al "huracán mundial de protesta" que hizo desistir al gobierno de Estados Unidos de

consumar el derrocamiento de Castro, secretamente preparado. Sin embargo, algunos de los más fieles aliados de los Estados Unidos quedaron más consternados en sus adentros por este rasgo de debilidad.

• **El Congo.** Cuando Patricio Lumumba fue asesinado por sus mismos compatriotas, una ola de propaganda mundial trasformó en mártir al inestable caudillo. En un esfuerzo para granjearse la simpatía de los sectores africanos y asiáticos, el gobierno de Kennedy se unió a los que combatían a los antiguos enemigos de Lumumba y apoyó la guerra de las Naciones Unidas contra Moisés Chombe y la provincia de Katanga. Pero cuando Chombe fue elegido primer ministro, los Estados Unidos se pusieron de su lado por considerarlo el hombre capaz de evitar que el Congo cayera en el caos, y porque hasta entonces había logrado dominar a los rebeldes, apoyados por los rojos. Si bien la opinión nacionalista africana comenzó oponiéndose vivamente a la política norteamericana, actualmente muchos dirigentes la aceptan.

De estos ejemplos se deducen unos cuantos axiomas: 1) no existe una opinión mundial única; hay, en cambio, varias diferentes, que responden a intereses creados, bloques, regiones y lemas; 2) todos los partidos utilizan la opinión mundial en favor de sus propias ideas preconcebidas; 3) si bien algunos recuerdos duran más que otros, la opinión mundial se somete rápidamente a los hechos consumados, y no se opone indefinidamente al éxito; 4) el mundo libre, por lo mismo que lo es, es más sensible que los comunistas a las opiniones contrarias.

Aunque evidentemente los rusos prefieren que la opinión los favorezca, demuestran también una completa indiferencia ante las críticas, como lo probaron al levantar el muro de Berlín y al sofocar la revolución húngara. Los chinos evidenciaron una indiferencia todavía mayor cuando conquistaron el Tibet e invadieron la India. Se dice que el general De Gaulle comentó recientemente: "Un gran país, digno de tal nombre, no tiene amigos".

Pero este no es el concepto norteamericano de grandeza. Harland Cleveland, embajador de los Estados Unidos ante la OTAN, hace una distinción sutil y significativa entre popularidad y apoyo público. Los Estados Unidos no necesitan cortejar a la popularidad, pero desean el apoyo y a menudo lo requieren. Es fácil adoptar una actitud cínica respecto a la opinión mundial y llegar a la conclusión de que no hay que tomarla en cuenta. Pero aceptar esta teoría equivale a reconocer que la opinión mundial está siempre en contra de los Estados Unidos, y que esta nación no puede evitarlo, lo cual es falso.

Los Estados Unidos ocupan una

posición decisiva para la opinión mundial. Otras naciones aceptan a sabiendas sus procedimientos técnicos, y también sus valores, aunque a veces inconscientemente. Los Estados Unidos pueden defender su criterio con la fuerza que da la libertad de pensamiento. Sin embargo, sus instituciones pueden también desconcertar y sus métodos son a veces contradictorios.

De acuerdo con el espíritu de "razonable respeto a las opiniones de la humanidad", los Estados Unidos quizá deberían anunciar sus propósitos con más claridad, y luego ponerlos por obra sin temor. Para influir en los hombres es más importante afirmar que contestar, y proclamar la verdad antes que refutar acusaciones. No deben temer dar la impresión de que se inclinan ante la opinión mundial si, al hacerlo, favorecen sus propios intereses. Y no deben jamás someterse servilmente a la opinión adversa, utilizarla como una excusa para adoptar una mala política, o renegar de sus principios para obtener la aprobación ajena.

Lo esencial al dirigir es saber cuándo desconocer la opinión pública, cuándo hacerle caso y cuándo tratar de encauzarla.



Dones del cielo

Cierto señor que viaja mucho le dio a su esposa, como regalo de Navidad, un traje sastre que había comprado en una ciudad lejana donde había estado en visita de negocios. Y acompañó este obsequio (ya que nada de lo que le había regalado antes le había quedado bien) con un boleto de ida y vuelta en avión al lugar donde adquirió el vestido. — N. M.

En enero pasado una de las sastrerías del lugar donde vivo puso una decoración muy interesante en su escaparate: una colección de las corbatas compradas por las señoras una semana antes de Navidad ... y devueltas por sus maridos a la semana siguiente. El efecto era deslumbrante. — B. C.

En medio del gentío que en una gran tienda, pasada la Navidad, cambiaba por otras cosas los regalos recibidos, se oyó que un marido, exasperado, le decía a la esposa: "Por lo menos te quedarás con el nene, ¿no?" — E. S.



La gente predica contra muchos vicios, pero nunca he oído a nadie denunciar desde el púlpito el mal humor. — Goethe

Instantáneas personales

La tarjeta de Navidad que Adlai Stevenson había pensado mandar en 1965 contenía una cita de la *Desiderata* de Max Ehrmann. Poco antes de morir, Stevenson se la leyó a William Benton, editor de la *Enciclopedia Británica* y socio de la junta de directores de la UNESCO. Reza así: "Vayamos plácidamente entre el ruido y el trajín, y recordemos cuánta es la paz que puede encerrar el silencio. En cuanto sea posible hacerlo sin sumisión, cultivemos buenas relaciones con todos. Hablemos la verdad serena y claramente y escuchemos a los demás, aun a los tontos y a los ignorantes, que también ellos tienen algo que decir. Con todos sus fingimientos, afanes y sueños frustrados, el mundo sigue siendo hermoso".

— Leonard Lyons

Le preguntaron a la pintora Georgia O'Keeffe si para triunfar se requería mucha autodisciplina, y ella contestó sencillamente: "Cada cual resuelve qué clase de persona desea llegar a ser, y se dedica a lograrlo. Es como el hábito de la pulcritud". — R. L.

Durante la segunda guerra mundial le notificaron al general George Patton que cierto general quedaba a su mando. Inmediatamente acudió al cuartel general de Dwight Eisenhower para decirle que no estaba dispuesto a recibir a un militar tan incompetente. Eisenhower le dijo que la decisión estaba tomada.

Los temores de Patton se justificaron. Ese general cometió tantos errores que a poco Eisenhower visitaba a Patton para protestar y exigirle que lo relevase de su mando.

—Ya no puedo hacer tal cosa — objetó Patton.

—Pero hace poco me decía usted que no quería aceptarlo por ningún motivo —repuso Eisenhower.

—Es cierto; pero entonces era uno de sus generales; ahora es mío. Yo me encargaré de meterlo en cintura. — George Murnane, en *Before the Colors Fade*

Mucho después de formada la compañía Standard Oil, entre John D. Rockefeller y Samuel Andrews, y cuando ya las utilidades llegaban a varios millones, las cifras de costos seguían calculándose al décimo de centavo de dólar. Cierto día Rockefeller observaba una sección de producción de una de sus fábricas, donde se cerraban, soldándolas, las latas de aceite una vez llenas.

—¿Cuántas gotas de soldadura se emplean en cada envase? —preguntó Rockefeller.

—Cuarenta —fue la respuesta.

—¿No se ha ensayado con 38?

¿No? ¿Podrían hacer el ensayo con algunas y después comunicarme el resultado?

Con 38 gotas algunos de los recipientes quedaban mal sellados, pero con 39 todos salieron perfectamente. Así se economizaron un par de millares de dólares anuales.

— R. L. H.

El actor Dick Van Dyke, en una "autoentrevista" para el servicio informativo UPI, escribía:

Deseo aclarar algo que ha salido en muchos artículos referentes a mi persona. A veces lo dan a entender, y otras lo dicen abiertamente: que soy anticuado.

Explican esto haciendo notar que llevo 16 años de casado con mi primera y única esposa, que tengo cuatro hijos, asisto a la iglesia con regularidad y paso mis horas libres con mi familia.

Y ¿saben ustedes? Reconozco lo de "anticuado", y no me ofende. "Anticuado" tiene hoy un sentido más bello que antes. En otro tiempo significó la persona que no se percataba de lo que sucedía en el mundo. Hoy sirve para designar a la que vive según las reglas de la buena conducta. Y nunca he sabido que seguir ciertas normas de conducta constituya para nadie una desventaja.

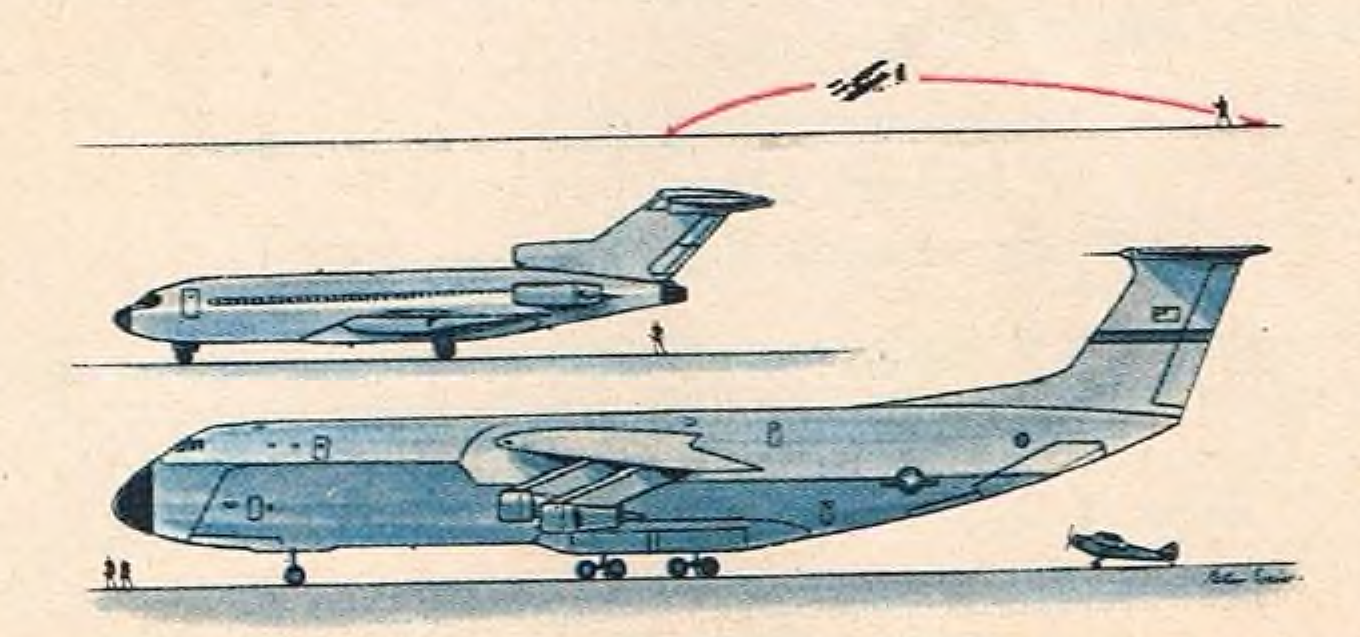
Nuevo gigante del aire: el C-5

Este monstruo del trasporte aéreo, que estará listo hacia 1969, producirá efectos radicales tanto en la estrategia militar como en la aviación civil.

POR JOHN MECKLIN *Condensado de "Fortune"*

ROBERT McNamara, secretario de la Defensa de los Estados Unidos, en desviación poco frecuente de su habitual estilo frío, ha calificado el nuevo aparato de "colosal". Otros lo llaman "estadio móvil"; la Fuerza Aérea norteamericana lo ha designado oficialmente como C-5 (C por carga y 5 por la serie a que su diseño corresponde). Cuando el nuevo *jet* de trasporte entre en servicio en 1969, su contribución al poderío estratégico de los Estados Unidos será comparable a la que representan los submarinos atómicos y los proyectiles teledirigidos. Desde el punto de vista comercial, su efecto en la vida diaria podrá ser tan considerable como el que tuvo la aparición del Ford modelo T.

El C-5 ha sido posible principal-



Los jets comerciales de hoy parecerán enanos comparados con el gigantesco C-5, cuya longitud —70 metros— es casi el doble de la distancia recorrida en 1903 por los hermanos Wright en el primer vuelo que realizaron con éxito.

mente por una novedosísima reforma en el diseño de sus cuatro motores "turbo-fan", reforma que se mantiene secreta. Cada uno de estas colosales máquinas proporcionará una fuerza de empuje de 18.000 kilos, lo que representa más del doble de la potencia de los más grandes motores actualmente en uso. Aparte de los motores, el C-5 no comprende ningún principio técnico nuevo. Pero en la superficie del piso de este avión gigante, superficie que alcanza 37 m de longitud por 5,80 de anchura, se podrá alojar a 50 automóviles o 1000 pasajeros. Por su envergadura y longitud el C-5 será solo moderadamente más grande que el bombardero B-52, el avión más pesado hasta el advenimiento de aquel, pero el diámetro de su amplio fuselaje, de seis metros de altura, hará que el bombardero parezca un mondadientes junto a una tranca. El C-5 podrá volar, sin escala y a más de 800 kilómetros por hora, una distancia de 10.000 kilómetros (igual a la que existe entre Honolulú y Saigón), trasportando 55 toneladas de carga, o 5600 kilómetros (Nueva York a Londres) con 110 toneladas, lo cuàl constituye dos veces y media la capacidad de carga de los reactores actuales.

Hace diez años no se hablaba apenas acerca de la necesidad de un avión de las características citadas. Esto era sintomático de un prejuicio que data de tiempo atrás, tanto entre los militares como entre las empresas civiles de aviación, a saber: que los aviones estaban primordialmente destinados al trasporte de personas, por ser el costo de su operación demasiado alto para el trasporte de carga, excepto en casos de urgencia. Fue tan solo en 1961 (trascurrida ya una década desde que se pusieron en servicio los primeros bombarderos a chorro) cuando la Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos encargó el primer avión reactor proyectado principalmente para el trasporte de carga. Este fue el Lockheed C-141, que entró en su fase práctica apenas en abril de 1965. Los técnicos están de acuerdo en que se trata de un buen avión, pero demasiado pequeño para el trasporte de grandes cargas militares. Fue proyectado para hacer frente a las necesidades de las fuerzas aerotrasportadas, con las cuales el gobierno de Kennedy pretendía disponer, mejor que con las armas atómicas, de los medios para responder con creciente eficacia y diversidad a cualquier agresión militar. Estas fuerzas tenían que estar equipadas con armas y vehículos ligeros debido al erróneo criterio de que otros elementos de mayor tramaño no eran trasportables por aire. El C-141 vino a perpetuar este concepto.

En 1962 comenzó a tomar forma en Washington la radical idea de que la Fuerza Aérea tenía verdadera necesidad de un avión que pudiese trasportar cualquier equipo del vasto arsenal norteamericano, inclusive el más pesado que utiliza el Ejército: un puente móvil que, junto con su vehículo traspor-

tador, pesa 74 toneladas. Por coincidencia, los proyectistas de motores estaban perfeccionando por esa misma época una nueva generación de motores "turbo-fan" que fuesen capaces de elevar a un monstruo de las dimensiones apuntadas.

La idea de construir un supertrasporte aéreo era tan sensata que pronto despertó gran interés en las altas esferas gubernamentales. A fines de 1964, tras dos prolijos análisis por parte de la Secretaría de la Defensa, se llegó a la conclusión de realizar el proyecto del C-5.

La empresa Lockheed se ha comprometido mediante contrato a efectuar las primeras entregas del avión hacia las postrimerías de 1969; la General Electric fabricará los motores. (Los contratos firmados en setiembre último con ambas compañías suman dos mil millones de dólares.) La Fuerza Aérea norteamericana espera disponer de 58 aviones C-5 para 1972. Una flota de 200 de estos aviones proporcionaría a los Estados Unidos un nuevo sistema militar que haría posible el rápido trasporte de ejércitos completos a cualquier punto del mundo.

Durante el primer mes de la intervención norteamericana en Corea, en 1950, fueron trasportadas desde el Japón a aquel país 120.000 toneladas entre tropa, suministros y armas, mayormente por vía marítima. Una escuadra de 200 aviones C-5 podría trasportar el mismo tonelaje desde el territorio continental de los Estados Unidos a cualquier lugar del mundo en solo 20 días. Durante el funcionamiento del puente aéreo de Berlín, 308 aviones trasportaron un promedio de 5700 toneladas diarias. La misma misión podría haberse efectuado con 12 aviones C-5.

Este avión está diseñado para despegar, con el máximo de carga, de pistas de una longitud de no más de 2400 metros, aterrizar en pistas de tan solo 1200 metros y, una vez que ha descargado, despegar de nuevo. Su tren de aterrizaje, de "gran poder de flotación" (el peso total del avión se distribuye entre 28 ruedas), le permitirá aterrizar en pistas de tierra. El avión dispondrá de una bodega de carga que irá de extremo a extremo, y estará equipado con rampas a proa y popa, de forma que pueda aterrizar en un campo de batalla o en cualquier lugar peligroso, descargar y despegar nuevamente, todo esto en 15 minutos. Incluso después de un viaje de 10.000 kilómetros, estará en condiciones de volar otros 1850 kilómetros sin necesidad de reabastecerse de combustible, lo que por tanto lo hace totalmente independiente de las instalaciones locales.

Todo ello da por resultado una potencia que excede a cuanto se conoce actualmente. Tan solo tres aeródromos de Vietnam, por ejemplo, disponen de pistas lo suficientemente largas y resistentes para los reactores actuales; en cambio, por lo menos una veintena podrán recibir a los C-5. El suministro directo de pertrechos a las zonas de combate eliminaría la necesidad de traspor-

tarlos desde los puertos por vía terrestre, y por tanto liberaría a millares de tropas de apoyo para lanzarlas al combate.

Tal rapidez en el trasporte facilitará a los estrategos norteamericanos una nueva flexibilidad muy valiosa. Sin duda permitirá una considerable reducción de tropas destacadas permanentemente en bases de ultramar, con el consiguiente ahorro de millones de dólares que se gastan en fines de defensa en el extranjero, lo que redundaría en beneficio de la hoy desfavorable balanza de pagos norteamericana. Una flota de aviones C-5 proporcionaría al Presidente de los Estados Unidos una mayor oportunidad para maniobrar políticamente antes de comprometer a las fuerzas armadas del país, pues reduciría el tiempo que se precisa para ponerlos en marcha, tiempo que en la actualidad viene siendo de dos o tres semanas.

Finalmente, el mantenimiento del C-5 resultará tan económico que liberará al Ejército, en forma permanente, de su dependencia del trasporte marítimo. Algunos expertos calculan que el gran ahorro en tiempo, en gastos portuarios, en averías y robos, hará que para la Fuerza Aérea resulte más económico trasportar por aire cualquier cosa que cueste más de dos dólares por kilo de peso. Una autoridad en la materia ha dicho que, con el C-5, los Estados Unidos nunca necesitarán ya embarcar a 10.000 hombres en un solo buque, exponiéndolos a un ataque aéreo o submarino durante 15 a 30 días de viaje.

Los problemas que presenta la introducción del C-5 en el servicio de pasajeros resultan tan enormes, sin embargo, que los funcionarios de las líneas aéreas palidecen con solo pensar en tal paso. Un avión de tal magnitud podría trasladar en un solo vuelo el promedio total de los pasajeros que una de las líneas norteamericanas más importantes trasporta diariamente de Nueva York a Chicago en 20 vuelos. Las empresas aéreas dudan de que el mercado de pasajeros sea lo suficientemente amplio, incluso hacia los primeros años de la década de 1971 a 1980, como para sostener al C-5 volando con la necesaria frecuencia para que resulte costeable.

Asimismo, el C-5 saldrá al mercado a un formidable precio de venta. La Lockheed ha calculado que la versión comercial del C-5 costará unos veinte millones de dólares; compárese esto con los siete millones que cuestan los modelos más recientes del Boeing 707 y del Douglas DC-8. No obstante, la inversión en el C-5 (capaz de trasportar gran número de pasajeros) parece que a la larga se vería justificada por su probable economía de mantenimiento. Según reciente estudio, las líneas aéreas norteamericanas ganarían veinte millones de nuevos clientes si las tarifas se redujesen en un 50 por ciento. Otros estudios consideran que con el C-5 sería posible una tarifa, muy baja, de 50 dólares por el viaje de Nueva York

a Los Ángeles, viaje que cuesta actualmente 145,10 dólares por aire y 84,10 en autobús. Asi pues, el C-5 podría hacer del avión, tratándose de viajes a larga distancia, el medio de trasporte más barato.

Como futuro trasporte comercial, el C-5 se parece al genio de la lámpara de Aladino: es capaz de grandes cosas pero difícil de dominar. La Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos confía en que las compañías aéreas comprarán el C-5 en gran número, lo que establecería una flota aérea de reserva para las posibles crisis nacionales. Por su parte las líneas norteamericanas de aviación se han mostrado poco entusiastas al respecto, toda vez que tienen invertidos casi tres mil millones de dólares en sus actuales equipos, más una suma casi idéntica en pedidos de otros equipos iguales. El poner en uso al C-5 podría convertir a muchos de aquellos aviones en obsoletos, desde el punto de vista económico, muchos años antes de lo previsto por las empresas aéreas.

Hoy, sin embargo, el negocio de fletes aéreos aumenta notablemente. Por ejemplo, el volumen de tonelaje trasportado por las líneas norteamericanas durante el año 1965 fue un 800 por ciento superior a la cifra de hace tan solo 15 años. No obstante, la carga aérea actual representa menos de una décima del uno por ciento del total de mercancías en los Estados Unidos. Incluso con los actuales aviones de retropropulsión, el principal atractivo del embarque por avión radica más en su rapidez que en su costo.

No será así en la era del C-5. Las previsiones de Lockheed indican que el C-5 hará que el avión compita directamente por vez primera (considerando puramente el costo por tonelada) con los trasportes por tierra. Salvo unos cuantos, los aviones de chorro actualmente en servicio han de cargarse por el costado del aparato; lo que, a más de dificultoso, es "algo así como rellenar un chorizo por los lados", comenta desdeñosamente cierto embarcador. Por añadidura, sus puertas quedan tan altas que los aviones únicamente pueden cargarse mediante el uso de carretillas elevadoras y otros dispositivos parecidos. El C-5, provisto de puertas en ambos extremos, será más fácil de cargar que los buques o los vagones de ferrocarril. Con tales ventajas, algunos técnicos creen que hacia 1975 los ingresos de las líneas aéreas por concepto de flete excederán con mucho a los que les proporciona el pasaje.

En el trascurso de los años, las diversas profecías acerca del futuro de la aviación solo han tenido una cosa en común: el que por lo general han resultado equivocadas. No obstante, es posible que el C-5, u otros aviones muy semejantes, lleguen a ser el camión pesado o el autobús de excursión de las rutas del aire durante el último cuarto del siglo, y quizá durante mucho más tiempo.

Por Charles Miller

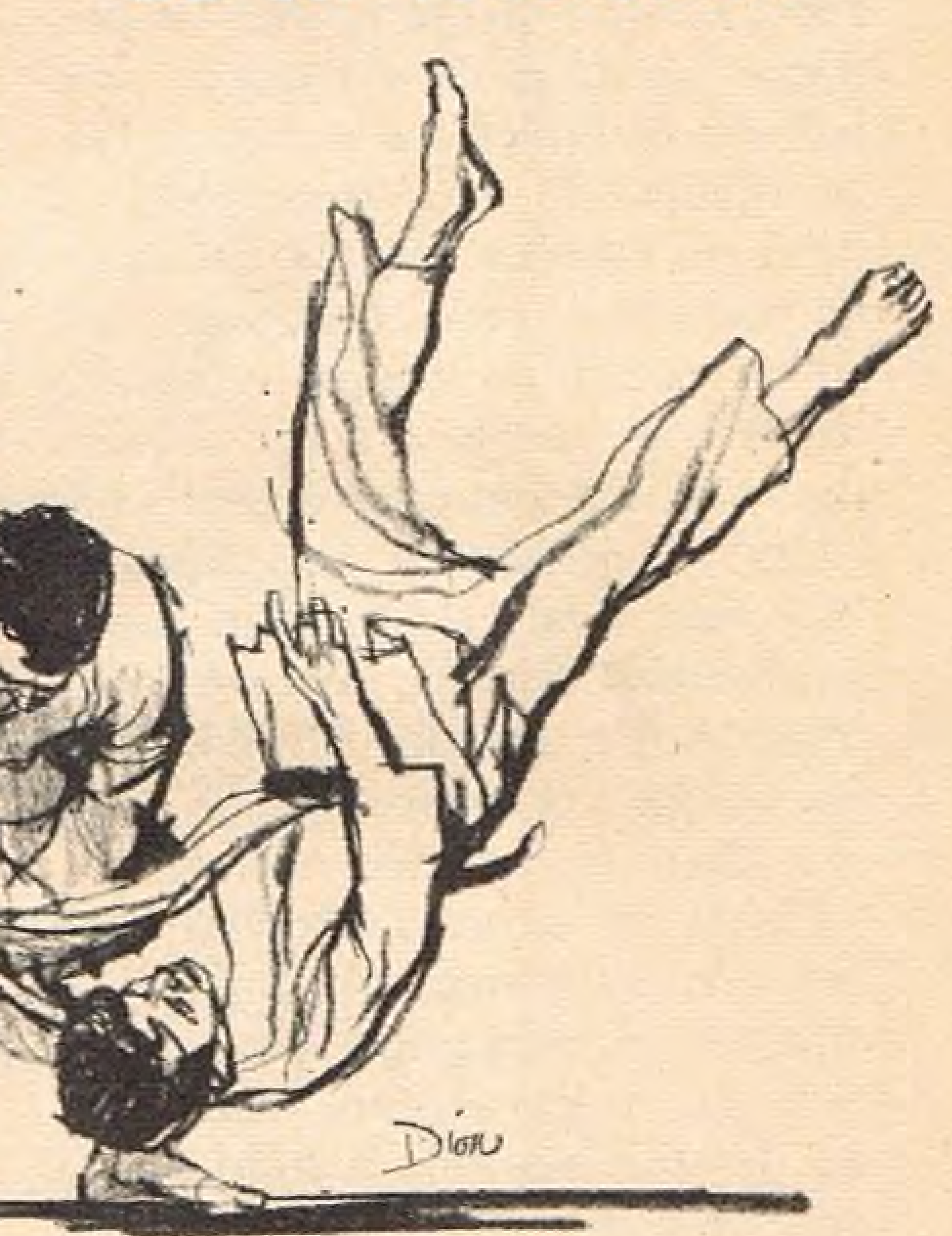
EL JUDO,

suave arte de la violencia

Como medio de protección o como ejercicio, nada hay que se compare con el antiguo arte japonés de la defensa propia.

Para Pablito el camino de la escuela a la casa se había convertido en una tortura cotidiana. Era Pablito un chico de nueve años, bien educado, que usaba anteojos, gustaba de la lectura, no se interesaba por los deportes y ocupaba siempre el primer lugar de la clase. Pero todos los días Daniel lo acechaba para echarle la zancadilla, torcerle los brazos o arrebatarle los libros.

Daniel era como cualquier muchacho de 11 años que, demasiado desarrollado para su edad, abusa de sus fuerzas con los más pequeños. Solo que Pablo, con 12 kilos menos de peso que Daniel, resultaba literalmente inerme frente a este. Un día que Pablito trató de defenderse Daniel le hizo sangrar la nariz, le puso los ojos morados y le rompió las gafas. Fue entonces cuando Pablito decidió tomar alguna medida para remediar tal situación.



Meses después, una tarde de primavera, en el campo de recreo de la escuela, Daniel se llevó la sorpresa de su vida. Al tratar de apoderarse de la gorra de Pablito, como había hecho tantas otras veces, el chico hizo un movimiento extraño con el pie y Daniel salió despedido y se estrelló de espaldas contra el suelo con tal fuerza que se le cortó la respiración. Se trataba de una casualidad, sin du-

da, se dijo Daniel, medio aturdido, y se levantó hecho una furia. Nuevamente se lanzó contra Pablito, agitando los puños como un torbellino, pero el adversario parecía haberse desvanecido y Daniel se vio otra vez por los aires. En esta ocasión tuvo buen cuidado de quedarse en el suelo hasta que su contrincante se alejó. Y así fue como terminó la pesadilla del pequeño.

Pablito había asistido, varias tardes por semana y con la aprobación de sus padres, a una escuela de judo, o *dojo*, donde recibió las primeras lecciones en el antiguo arte japonés de la defensa personal. Hace menos de una generación el judo era tan desconocido del mundo occidental como el sánscrito. Sin embargo, en los juegos olímpicos de 1964, en los que por vez primera figuró el judo entre los deportes oficiales, se presentaron ya equipos de 26 países, y hoy en la Gran Bretaña, Francia, España, Alemania Occidental, los Estados Unidos y el Brasil, las competiciones de judo son objeto de atención nacional.

Cualquier persona que esté libre de todo padecimiento cardiaco u otro mal interno puede practicar el judo sin riesgo alguno, según afirma Jerome Mackey, hombre fornido y de hablar suave que, habiendo sido en un tiempo pianista de concierto, es hoy director de una de las *dojos* más antiguas y respetadas de los Estados Unidos y ha adiestrado en el deporte a más de 10.000 hombres, mujeres y niños, entre 1956 y 1965. Como todas las *dojos*, la suya, consistente en una vasta sala que abarca todo el segundo piso de un edificio de oficinas, está destinada exclusivamente a la práctica del deporte. Carece de muebles, aparte las tres pequeñas filas de asientos de madera dispuestos cerca de la entrada. El piso está cubierto por delgadas esteras de paja.

Un grupo de estudiantes avanzados hace ejercicios para dar flexibilidad a sus músculos. Todos ellos, hombres y mujeres, llevan el mismo uniforme holgado, de tela blanca, semejante a un quimono, y van descalzos. Cuando el joven y esbelto instructor japonés da una orden, los discípulos se alínean al instante frente a él. A otra orden se arrodillan y le hacen una reverencia. Devolviendo la inclinación (en el judo la ceremonia de la reverencia equivale al apretón de manos en el boxeo), el instructor retrocede y da una tercera orden. Los alumnos se disponen entonces en parejas en las que uno aferra al otro por la solapa izquierda y la manga derecha y ambos empiezan una danza que se asemeja vagamente al *twist*. Con las rodillas flexionadas y moviendo lentamente los brazos de atrás para adelante como pistones, las parejas se desplazan en círculos por el piso, suavemente.

De pronto, un muchacho delgado lanza un grito agudo y se deja caer hacia atrás al mismo tiempo que pone un pie en el estómago de su voluminoso adversario para lanzarlo por los aires a más de un metro de altura. Una esbelta señora rubia

emite un alarido, hace un leve movimiento con el pie izquierdo, y un hombre con la constitución de un estibador se derrumba cual si le hubieran retirado la esterilla bajo los pies. Otro grito, y un caballero de edad madura, calvo, se encoge, hace un veloz giro de 180 grados y arroja a su compañero, pese a ser más musculoso que él, por encima de la espalda. Cada una de estas acciones se ha ejecutado en menos de dos segundos. El *ki-ai* o breve grito penetrante que se lanza al atacar, casi invariablemente "paraliza" al adversario por la fracción de segundo requerida para derribarlo.

Los "vencidos" se incorporan al instante, indemnes. Al finalizar cada lanzamiento, los compañeros se hacen una profunda reverencia y reanudan la lucha. Durante más de una hora los lanzamientos continúan, interrumpidos tan solo por las ceremoniosas reverencias y por las órdenes y demostraciones del instructor.

La idea fundamental del judo es fácil de comprender, puesto que todas las maniobras se basan en el mismo principio: utilizar el peso del adversario contra él mismo. "En el judo", explica Mackey, "todo consiste en llevar a la práctica lo que se ha aprendido sobre movimiento y equilibrio en las clases de física elemental. Cuando alguien nos asesta un puñetazo todo su cuerpo se mueve hacia adelante. Si da en el blanco, el impacto frena el movimiento y rodamos por el suelo. Pero si esquivamos el golpe, inclinándonos o haciéndonos a un lado, el atacante, al no hallar qué le detenga, perderá el equilibrio. Si sabemos aprovechar esa fracción de segundo, nuestro atacante no podrá defenderse y lo derribaremos por tierra. Todos los lanzamientos del judo se basan en esas dos acciones: hacer que el adversario pierda el equilibrio, para después derribarlo".

Lo que diferencia al judo de otros sistemas de defensa propia es la táctica inicial de "no resistencia". Esta maniobra encierra en sí misma un elemento de sorpresa, pues en general nadie espera, al atacar, que el contrincante se defienda cediendo. La palabra japonesa "judo" equivale a "arte de ceder" o, como a menudo se dice, un tanto engañosamente, "el medio suave".

Antes de ensayar siquiera el más sencillo de los lanzamientos, es necesario aprender a caer. La caída que se ejecuta correctamente puede amortiguar hasta el 90 por ciento del impacto contra el suelo. En primer lugar, es necesario aflojar completamente el cuerpo. En seguida se aprende a golpear fuertemente el piso con el brazo extendido y con la palma de la mano en el preciso momento en que desciende el resto del cuerpo. De esta forma, la superficie del impacto se amplía y el choque se amortigua.

Pero aprender a caer es un juego de niños en comparación con el aprendizaje de los lanzamientos. Incluso la más elemental de las "tretas" (palabra con que en el judo se designan las llaves y los lanzamien-

tos) se compone de varias acciones separadas que deben llegar a ser, literalmente, un reflejo. Por ejemplo, la primera treta que suele enseñarse, *O-soto-gari*, no es más que un refinamiento de la zancadilla común. Sin embargo, para llevarla a cabo se requieren cinco movimientos diversos de brazos, piernas, pies y tronco, ejecutados en menos de una décima parte del tiempo que ha necesitado el lector para leer esta frase. Solo con una práctica incesante se puede alcanzar la velocidad y la coordinación necesarias.

"Y entonces los estudiantes empiezan a comprender que el judo no es una especie de magia que se puede adquirir de la noche a la mañana", dice Mackey. "Artur Rubinstein no cesa nunca de practicar en el teclado. Un Floyd Patterson se ejercita a diario con el saco. Lo mismo sucede con el judo".

Hay otra etapa: la de la lucha en el suelo, en la cual se estudian las muchas maneras de mantener indefenso a un antagonista después de haberlo derribado. Dice un instructor: "No se olvide que cuando se derriba a un contrincante, este no se va a quedar en el suelo, aplaudiendo".

Las técnicas a aplicar en tal etapa van desde las llaves sencillas a los brazos o al cuerpo, hasta las estrangulaciones. Al igual que los lanzamientos, estas técnicas se aprenden repitiendo incesantemente cada movimiento por separado.

A medida que el principiante se familiariza con la mecánica de los movimientos, dedica cada vez más tiempo al *randori*, es decir, el encuentro de entrenamiento que tiene por objeto agotar al alumno, de manera que aprenda a valerse más de la habilidad que de la fuerza física. En estos duros ejercicios, el tedio de la repetición fructifica en relampagueantes lanzamientos y llaves, así como en no pocas magulladuras. Si, por una parte, las técnicas del judo anulan virtualmente toda posibilidad de un traumatismo grave, por la otra este deporte es fuente perpetua y abundante de luxaciones de rodillas, codos torcidos, tobillos amoratados, hinchazones de los dedos de los pies, y otras lesiones sin importancia aunque a veces dolorosas. En una *dojo* un vendaje en el tobillo o la rodilla es casi como una presea. Y bien vale la pena sufrir tales daños por escuchar algún día el grito del instructor: *"¡Ippon!"* que anuncia la victoria en un encuentro.

El gran momento llega con el *shiai*, o sea el encuentro formal celebrado periódicamente para determinar los progresos alcanzados por los alumnos. Estos reciben ascensos y, con ellos, cinturones de color que designan diversos grados de destreza. Los bisoños llevan un cinturón blanco, y pasan sucesivamente al cinturón amarillo, anaranjado, verde, azul, y pardo, hasta llegar al negro; la secuencia y los colores pueden variar según la *dojo* de que se trate.

Con cuatro lecciones a la semana durante seis meses un adulto

puede obtener el cinturón verde, el cual indica un alto grado de eficiencia en la ejecución de tres o cuatro tretas. El paso del verde al pardo, muy significativo, se puede consumar, siguiendo ese mismo ritmo, en el término de un año. Por lo común el candidato al cinturón negro, que equivale al doctorado en judo, debe practicar cuatro años. Y una vez obtenido tan codiciado rango, se encontrará de nuevo en la condición del novicio, es decir, en el peldaño más bajo de una jerarquía de diez grados: esto es, será lo que se denomina "primer *dan*". Dice Mackey, que es tercer *dan*: "Para los japoneses, ser primer *dan* significa que ya está uno maduro para empezar a aprender verdaderamente el judo".

Es creencia general que el judo se originó hace más de mil años entre los monjes budistas, cuya contemplativa existencia se veía perturbada a menudo por la intrusión de pandillas de ladrones. La religión prohibía a los monjes la agresión, pero no la defensa propia, la que pronto adoptó la forma de una serie de técnicas, elementales pero temibles, para derribar a un adversario lanzándolo por el aire o echándole la zancadilla. Con el paso de los siglos fueron apareciendo refinamientos sin número, y el arte llegó a su culminación en el año de 1882, cuando un noble de nombre Jigoro Kano reglamentó el enorme repertorio de tretas en un método que llamó judo.

El judo es de suma utilidad en todas aquellas ocupaciones que llevan aparejado el riesgo de sufrir una agresión física. Los enfermeros de los hospitales para enfermos mentales pueden sujetar a los pacientes violentos con enérgicas pero inofensivas llaves de "persuasión". No hace mucho, un policía californiano, pese a tener poca práctica, utilizó con buen éxito una treta de judo para desarmar a un pistolero enloquecido que aterrorizaba a los pacíficos vecinos de un barrio. El año pasado, un corpulento ladrón se introdujo en un apartamento de Nueva York, y acabó siendo arrojado contra el suelo por el encargado del edificio, hombre de 47 años, bastante menos vigoroso, quien lo sujetó después con una llave al brazo hasta que llegó la policía. Muchas mujeres están aprendiendo el judo para protegerse.

Para el judo no hay límite de edad. Kyuzo Mifune, uno de los más grandes *judokas* de todos los tiempos, seguía practicándolo hasta que falleció recientemente a la edad de 81 años. Joe Speyer es cuarto *dan* y presidente de la Asociación Neoyorquina de los Cinturones Negros de Judo a la edad de 58 años. Speyer está convencido de que el judo puede fortalecer grandemente a los hombres de negocios que han descuidado su físico. "Lo recomiendo con preferencia al tenis o el golf", dice. "En una *dojo* se ejercitan todos los músculos, no solo unos cuantos. También se aprende algo muy importante: a respirar profundamente".

Pero en opinión de los peritos en judo, el más importante resultado del "medio suave" es el íntimo sentimiento de confianza que crea en quien lo practica. Dice Mackey: "Cuando uno sabe que tiene un cuerpo adiestrado para oponer a cualquier ataque un reflejo condicionado, experimenta un sentimiento de seguridad interior que afecta al resto de su vida cotidiana. Gracias a esto, un muchacho llega a sentirse hombre, y un hombre se siente un rey".



Charlas y parlas

Letreros de nuestro tiempo. En el escaparate de una tienda: "Ayude a la campaña contra la pobreza: ¡compre aquí!" (Sra. W. E. F.) . . . En una caja de cereales: "Para abrir por la línea de puntos siga estos siete sencillos pasos". (S. B.) . . . En una tienda de antigüedades: "Entre a comprar lo que su abuela desechó". (Sra. R. G. W.)

Versos cojos. Envidio a esa gente tan derecha que cada vez que un chiste echa, nunca cae, ni por desgracia, donde no le vean la gracia. (S. O. B.) . . . En épocas pasadas (cosa que hoy parece de absurdos cuentos de hadas) la gente de comprar dejaba cuando el dinero agotaba. (E. P.)

Habladurías. Entre tantos jóvenes que abandonan los estudios, ¿no habrá quien deje los de guitarra? (J. W.) . . . Lo malo de pensarlo dos veces antes de hablar es que nos quedamos sin meter nuestra cuchara en la conversación. (A. M.)

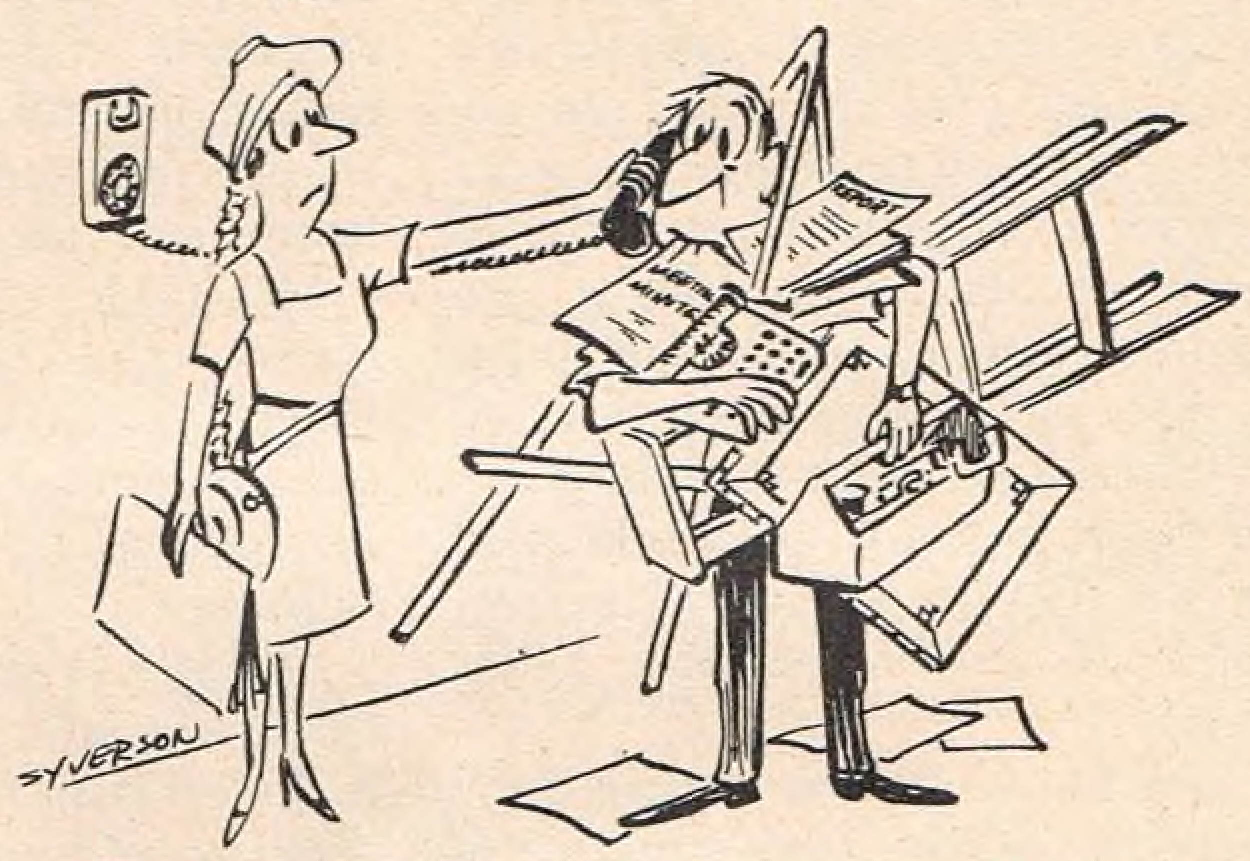
Cuadros verbales. Nubes inquietas que se confabulan para formar una tormenta. (W. C. E.) . . . El bosque está secándose gota a gota después de la lluvia. (J. G.) . . . La niebla va tanteando por las paredes. (S. O. F.) . . . Patos que se impulsan sobre el lago con sus ruedas de paletas. (J. J.)

Oído por casualidad. Una conductora de automóvil: "Me disgusta mucho sacar el coche y enredar el tráfico". (V. F.) . . . Un existencialista, en el bar: "Soy capaz de resistir pasivamente a cualquiera de los presentes". (P. M.)

Comentarios. El trabajo más arduo del hombre es el de tratar de impedir que el gobierno se haga cargo de él. —A. H.

POR CHARLTON OGBURN, HIJO

Ya no hay tiempo para nada



Tarde o temprano, tiene uno que descansar . . . si le alcanza el tiempo.

Condensado de "Harper's Magazine"

NO SÉ por qué no me alcanza el tiempo para más.

Acaba de llegarme en el correo un informe del municipio en que se da cuenta de todos los gastos del distrito en el año pasado. Son estas las cosas de que, por lo general, no se entera el ciudadano corriente, según dice una publicación cívica, cuya lectura he estado tratando de terminar, junto con la del suplemento dominical del diario (que tengo guardado) y dos libros de la biblioteca pública.

—Tengo mucho que leer esta noche —comento con mi esposa.

—Esta noche es la feria del libro de la Sociedad Filantrópica— me contesta ella.

Además de la lectura atrasada, tengo ya trazado todo un programa para las horas diurnas del sábado.

Pienso en el jardín y en la máquina de cortar el césped; esta vez tendré que ponerle aceite a la máquina antes de usarla. El mecánico me echó un sermón la última vez que se la llevé a arreglar porque no pude ponerla en marcha.

Ésta es la semana en que se deben rociar con insecticida los acebos. En la sección de jardinería del diario lo decían con mucha insistencia: si no aprovecha uno los días apropiados para ello (que son pocos), el tiempo perdido no se podrá reponer más tarde. El redactor de jardinería del diario trataba con cierto sarcasmo a los dueños de casa que, por no seguir con constancia un sencillo régimen durante todo el año, ponen en peligro la salud de sus costosos arbustos (en remplazar los cuales tardarían varios años).

Durante el fin de semana debo encontrar tiempo para sentarme al escritorio. Me han llegado avisos urgentes de las cuatro sociedades de conservación a que contribuyo, acerca de ciertos proyectos de ley muy importantes que se debaten estos días en el Congreso. Me piden que escriba al diputado de mi distrito sobre cada uno de los problemas pendientes, así como a los dos senadores y a los jefes de las comisiones de ambas cámaras ante las cuales se ventilan aquellos asuntos. Son cartas que ya no puedo aplazar más tiempo.

En eso me dice mi esposa:

—Lamento mucho tener que hablarte de ello, pero me recomendaste que te recordara que pensabas envolver las tuberías de agua del sótano antes de que venga el calor, para que no empiecen a gotear.

Me había olvidado de ello por completo. Parece que ya no puedo recordar ni las cosas más elementales. De repente, no sé por qué, me viene a la memoria que hay que limpiar las canales del techo de la casa, pues están atascadas, y que el automóvil se ha pasado ya varios millares de kilómetros de los 35.000, en que debí cambiarle en cruz los neumáticos por tercera vez.

Más tarde, cuando ya me estoy disponiendo a reparar el tubo de goma del fregadero de la cocina, que se rompió, suena el teléfono. Lo contesta mi mujer y luego me informa:

—Llamó la señora Cook para recordarte que la reunión dedicada a la discusión de los problemas mundiales se celebrará el jueves . . . Pero ¿no resultaría más barato llamar un fontanero para que hiciera ese trabajo?

Le explico que el fontanero cobraría diez dólares, y que cualquier suma que uno economice hoy equivale no solo a ganarla, sino a más: en una hoja que leí sobre el particular se demostraba que, si uno paga en contribuciones (federales y locales) la cuarta parte de sus ingresos, al gastar nueve dólares en realidad desembolsa doce, pues para tener de donde sacar los nueve, hay que ganar doce. Según aquella hoja, así es como hay que hacer las cuentas.

—Le diré a la señora Cook que vas a tener que excusarte. Ella quería que les hicieras una exposición de la situación en Bukavu.

—¿Dónde queda eso?

—La señora Cook dice que es la capital de la provincia de Kivu, en el Congo, donde tanto se ha combatido.

Mas la preservación de un sistema de vida democrático, y aun nuestra propia supervivencia, dependen de que la ciudadanía se mantenga atenta y bien informada.

—Lo menos que puedo hacer es leer algo acerca del Congo —dije a mi esposa.

Si me decidiera a tomar un curso de lectura rápida podría mejorar la velocidad con que acostumbro a leer, hasta devorar unas dos mil palabras por minuto. Entonces tendría tiempo para hacer más de lo que hago. Lo que me impide tomar el curso ese es, principalmente, el temor de no poderlo continuar por falta de tiempo. Recuerdo un libro que lleva por título *Tiene usted que* DESCANSAR, de Edmund Jacobson, que me recomendaron cuando la tensión nerviosa (o, más propiamente dicho, la angustia) comenzó a quitarme el sueño. Lo malo fue que al remedio que recomienda el Dr. Jacobson hay que dedicarle mucho tiempo ("Para cada período de práctica, lo mejor es una hora de reclusión"), y aun para leer la obra entera me pareció que necesitaría yo más tiempo del que tengo. Pero me he quedado con ella, sabiendo que tarde o temprano tendré realmente que armarme de valor y descansar:



Alimento para el espíritu

En el bar de un hotel estaba yo tomando unas copas con el desaparecido actor inglés sir Cedric Hardwicke, y me parecía que el camarero, después de habernos servido la primera, nos pasaba por alto de manera estudiada. Al fin lo hice venir a la mesa y le llamé la atención por su mal servicio.

Pensé que le había hecho buen efecto la reprimenda, pero apenas se hubo alejado, sir Cedric me dijo:

—Nunca amoneste usted a un camarero. Amoneste al dueño, al administrador, o incluso al mismo mayordomo; pero nunca al camarero. Este es capaz de tomar represalias terribles. Precisamente el otro día, al salir del comedor, pasé frente a dos camareros que estaban junto a la entrada. Observaban atentamente a un cliente de aspecto melancólico que almorzaba a solas en una esquina. De pronto uno de ellos sonrió ampliamente y, dando al otro un codazo, le dijo: "¿Lo viste? ¡Se lo comió!" —H. F.

Una visita a un campamento minero en los confines del interior de Australia

A la busca de ópalos en Australia

POR BEN LUCIEN BURMAN

ESTE LUGAR está tan lleno de tipos chiflados como de ópalo —dijo el larguirucho australiano de barba roja, apodado Jack el Canguro—. Me parece que los mineros de ópalo somos la gente más chiflada del mundo.

—¡Tú lo has dicho, compañero! —exclamó Bill Whisky, un hombrecillo cuya cara parecía una manzana pasada.

Estábamos en Lightning Ridge, un remoto villorrio de Nueva Gales del Sur, en Australia, donde los mineros, llamados localmente "hozadores", extraen de la amarilla tierra el precioso ópalo negro. De es-



Cavando en busca de ópalo en la cabecera de un túnel, acaso 30 metros bajo tierra. ¡Por fin! Pero ¡qué difícil tarea la de picar la tierra que esconde la delicada gema!

tos ricos filones han salido algunos de los más famosos ópalos jamás encontrados. En este páramo de arena, roca y eucaliptos raquíticos se ha congregado una desconcertante colección de hombres, de todas las clases sociales y de

Foto: Charles H. P. Derby

todos los puntos cardinales, atraídos por el señuelo de las fabulosas gemas y la oportunidad de adquirir una gran fortuna de la noche a la mañana.

A mi alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, alzábanse montículos blanquecino-amarillentos de dos y medio a tres metros de altura, formados por la tierra y el cascajo sacados de los angostos pozos. Acá y allá se veía algún minero que en lo alto de uno de los montículos subía un pesado cubo con ayuda de un cabrestante. No muy lejos estaba su miserable choza; de vez en cuando se veía alguna averiada tienda de campaña, o un viejo tranvía que servía de hogar a alguno de los mineros.

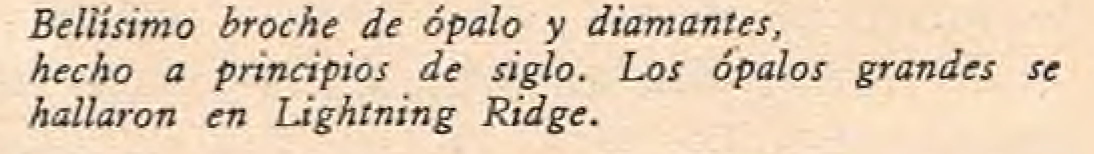
El Sol, allí, en los confines del remoto interior australiano, quemaba como el ardiente hogar de un horno siderúrgico.



Trozos opalinos, como salen de la mina, que muestran las finísimas capas del precioso ópalo negro.



Selección de finas piedras pulidas, listas para montar. Este grupo representa un valor de 12 a 15 mil dólares, a los actuales precios del mercado.



Bellísimo broche de ópalo y diamantes, hecho a principios de siglo. Los ópalos grandes se hallaron en Lightning Ridge.

En el pozo. Mis dos compañeros me presentaron a un culto sujeto de aspecto solemne, que hablaba con el más puro acento de Oxford y al que, adecuadamente, llamaban el duque Harry.

El Duque me invitó a visitar su mina. La entrada era una boca no más ancha que el doble del cuerpo de un hombre, la cual descendía en las tinieblas hasta unos 17 metros de profundidad. Cuando el Duque sacó la silla colgante en la cual había de bajar, palidecí de terror. Era una endeble plancha de hojalata sujeta por dos raídos trozos de cuerda; aquel artefacto colgaba de una destartalada cabria que parecía estar a punto de desmoronarse.

Me monté, temblando, en aquel débil tinglado, y el Duque gritó a Jack el Canguro, que manejaba la cabria:

—¡Abajo!

Fotos: Charles H. P. Derby

Y me desplomé en el tenebroso pozo, como un ascensor que tuviera el cable roto. Sobre mí se precipitó una lluvia de piedras, y un enorme contrapeso, que salió disparado violentamente hacia arriba, me raspó la espalda.

Jack el Canguro me previno a voces:

—¡Cuidado! ¡Algunas de esas piedras son grandes!

Un instante después, con jubiloso alivio, sentí que pisaba tierra firme. Pronto se me unieron abajo los otros tres. El Duque me puso en la mano una "araña" de minero de ópalo (un candelero de metal con una vela encendida) y, llevando otra él mismo, abrió la marcha a lo largo de un túnel y trepó por una estrecha escala hasta un saliente tres metros más arriba. Entramos entonces en un pasadizo tan bajo y angosto que sólo podíamos avanzar arrastrándonos sobre manos y rodillas. De pronto salimos a una amplia cámara abierta en la sólida tierra, de la que arrancaban varios pasadizos en todas direcciones. Encima había un minúsculo cuadro de luz que indicaba la boca de otro pozo.

Con ceremonioso ademán, el Duque anunció:

—¡El gran salón de baile!

Húmeda mazmorra. Percibí en un rincón una gran aglomeración de rocas y pizarra desprendida. No había maderos de entibación como en las minas de carbón, y sólo sostenían el techo delgados pilares de tierra.

Al sorprender mi recelosa mirada, el Duque observó:

—Sí; se ha derrumbado un poco. Ese montón cayó ayer; unas 30 toneladas, según calculo.

—Pero no tiene usted por qué alarmarse —me aseguró el Canguro—. Si se derrumba, sólo será entre la medianoche y la una de la madrugada. Es lo que ocurre siempre con el ópalo.

Bill Whisky declaró:

—Es culpa de las dichosas revoluciones de la Tierra. Me lo explicó un tío de la Universidad de Sydney, un científico. Dijo que la Tierra se detiene durante una milmillonésima de segundo cada 24 horas. Cuando se para, a medianoche, se producen los derrumbes.

Asintiendo, el Canguro dijo:

—Nunca verá usted a un hozador de ópalo en su mina entre las doce y la una de la noche. Porque eso de que la Tierra se para es una verdad científica.

Fiebre de ópalo. El Duque clavó el extremo aguzado de su araña en la pared de tierra y sacó una caja de fósforos para enseñarme algunos ópalos preciosos. Esta es la manera habitual de llevar ópalos, aun los más valiosos: en una caja de fósforos o en una lata de tabaco vacía. Eran unas piedras bellísimas: los famosos ópalos negros de Lightning Ridge, los más costosos del mundo. Parecían tener vida propia. En su interior danzaban luces de muchos colores: rojo, verde, púrpura, anaranjado, en cambiantes arco iris. Bill Whisky susurró:

—Tienen algo especial. Como si lo hipnotizaran a uno.

Mis compañeros se sentaron y empezaron a hablar sobre los ópalos. Relataban que, según se dice, estas piedras cambian de color de acuerdo con la salud o las enfermedades de su dueños; que hay piedras diurnas, que destellan cuando brilla el sol, y piedras nocturnas, que sólo resplandecen después de oscurecer; que hay otras gemas tan potentes que, en las tinieblas, son capaces de dejar su impresión en una placa fotográfica.

Luego hablaron de los ladrones de ópalo, a quienes se conoce por "rateros".

—Al mayor ratero lo conocí cuando llegué a este lugar —comentó el Duque—. Una noche un minero se despertó y oyó el ruido de alguien que cavaba en su pozo. El minero se lanzó fuera en camisa de dormir y empezó a echar tierra al pozo. Ya la tierra llegaba al cuello del ratero cuando los otros mineros oyeron el alboroto y contuvieron a su camarada.

Jack el Canguro observó sombríamente:

—Hay muchos esqueletos de rateros en el fondo de estos pozos, pues los mineros que les echaban tierra no siempre se detenían.

La lengua del Lightning Ridge. Con un impulso repentino, el Duque empuñó su pico y empezó a golpear vigorosamente contra uno de los delgados pilares de tierra que sostenían el techo.

—Estás debilitando demasiado ese soporte, Duque, ¿no crees? —le dijo Bill Whisky—. Un poco más que lo adelgaces y no habrá que esperar un derrumbe para que todo se venga abajo.

—No se muere más que una vez, —respondió el Duque jovialmente—. Y, si no me equivoco, ese pilar encierra un ópalo magnífico.

Cogió el trozo de piedra que había extraído y lo humedeció con la lengua para ver si aparecía algún color. Luego tiró la piedra al cubo de tierra opalina.

—Se puede determinar si una persona ha estado por estos rumbos con sólo mirarle la lengua —comentó—. Si ha andado por aquí, la tendrá desgastada de tanto lamer ópalos.

Más tarde seguimos al Duque mientras arrastraba hasta el pozo principal el cubo ya repleto. Enganchó el cubo a la cuerda pendiente e hizo la señal de que lo subiera al compañero que esperaba arriba. El gancho bajó de nuevo, pero esta vez con la silla colgante. Me subieron vertiginosamente al aire libre, y los otros me siguieron prontamente.

Johny el Vagabundo, el socio del Duque, era un flacucho individuo que parecía espantapájaros. Entre los dos vaciaron el cubo y examinaron minuciosamente los trozos de tierra más grandes, desconchando de vez en cuando los bordes con una cizalla de acero.

Marché con los otros dos mineros a visitar a un adivino de ópalo.

—Tenemos aquí como media do-

cena de adivinos —me dijo el Canguro—. Andan por ahí convencidos de que pueden descubrir ópalo con un alambre doblado, igual que se busca agua. Pero todavía no he visto que ninguno de ellos se haga rico.

La veleidosa fortuna. Aquella noche regresé en el taxi local a Walgett, el activo pueblecito que se halla a unos 80 kilómetros de las minas. El taxista se puso a charlar afablemente.

—La extracción del ópalo es el albur más grande que pueda haber —dijo.

—Ha dicho usted una verdad como un libro, amigo— tronó desde el asiento posterior la profunda voz de otro pasajero—. Ya ve usted a esos tipos yugoslavos que vinieron aquí hace dos años sin un penique. Un individuo quiso gastarles una broma y los llevó a una parte de Lightning Ridge donde suponía que no había la menor posibilidad de hallar nada. Una vez allí les dijo: *"Caven aquí, compañeros"*. Cavaron donde les indicó ... y en seguida encontraron ópalos. Los yugoslavos se fueron hace unos días, con una maleta llena con 35.000 bonitas libras australianas.

Repentinamente, chirriaron los frenos. El chofer profirió entre dientes una maldición:

—¡Maldito canguro!

Al resplandor de los faros vi uno de esos extraños animales, que desaparecía de un salto entre la maleza, a dos metros del vehículo.

—Volviendo a los ópalos —prosiguió el taxista, otra vez afable—. Acuérdense de la excavadora que tenían aquellos yanquis. Se gastaron una fortuna en comprarla y traerla a la sierra. Estuvieron aquí dos años, no encontraron ni trazas de ópalo, y hace seis meses se marcharon, decepcionados. Una semana más tarde, un tío que pasaba en automóvil por el mismo lugar tuvo un pinchazo. Se apeó para repararlo y vio brillar algo. Era un ópalo que valía 2000 libras.

Oí otros muchos relatos de los primeros tiempos de Lightning Ridge. La fiebre del ópalo comenzó hace 60 años cuando un hombre, encargado de reparar las cercas de los ranchos, vio a unos niños que jugaban con unas curiosas piedras de colores. Casi de la noche a la mañana, al correrse la voz del fabuloso descubrimiento, se levantaron allí un millar de tiendas de campaña. Fue como un Klondike australiano, al que llegaban hombres de todas partes para olvidar contratiempos amorosos o su lucha con un mundo caótico, y emprender una nueva vida.

"El Descanso del Minero". Me quedé en aquellos parajes unas semanas, durante las cuales fui todas las mañanas a la sierra. Jack el Canguro me decía:

—Ojalá que encuentren uno bien gordo antes que usted se marche.

Aquella noche, en "El Descanso del Minero", un hotel y taberna de Lightning Ridge, un joven pelirrojo saludó a mis amigos y, presa de emoción, les mostró algo que lle-

vaba en la mano. El Canguro se volvió a mí, diciendo:

—Parece que aquí Joe el Jengibre encontró uno de los gordos.

Bill Whisky parecía escéptico:

—Se lo llevaremos a Artie Bruce, el lapidario. Artie nos lo dirá en seguida.

Miré con desilusión la esfera amarilla, cubierta de barro. Tenía quizá el tamaño de una nuez grande; me parecía difícil creer que aquello fuese algo más que un sucio trozo de roca.

El jovial Artie se mostró tan escéptico como Bill Whisky.

—No se puede asegurar nada hasta el último instante, Jengibre —le dijo—. La pondré a la rueda.

El taller estaba lleno de ruedas de desbastar, amolar y esmerilar. El lapidario puso en movimiento una de las ruedas, rociada ligeramente con agua, y aplicó la piedra a la superficie gris. Durante una hora estuvo embebido en su faena. La piedra se había reducido ya casi a la mitad de su tamaño original. El joven minero estaba trémulo de ansiedad.

—¿Qué te parece, Artie?

La benigna mirada del artífice revelaba preocupación.

—Tiene una gran veta de arena. Si no desaparece, la piedra no valdrá un chelín. Al oír esto, el semblante de Jengibre se ensombreció.

Artie trabajaba diestramente, pasando de una muela a otra, cada vez más fina. La piedra tenía ya un ancho de tres centímetros y un grueso de ocho milímetros. Con gran cuidado, Artie cubrió la piedra con colcótar y la arrimó a la última muela. Un momento después la depositó en la temblorosa mano de Jengibre, diciendo:

—Es buena. Vale por lo menos 1500 libras (australianas).

Cuando miré la piedra no pude reprimir una exclamación de asombro. Aquel feo pedrusco amarillento se había trasformado en una bellísima gema iridiscente llena de una miriada de danzantes reflejos, digna de una corona imperial.

Volvimos al Descanso del Minero para celebrar el acontecimiento. A la puerta se adelantó una zarrapastrosa figura, que suplicó ansiosamente:

—Préstame un par de chelines, Jack. Apenas si he comido desde el martes.

Jack respondió con calma:

—Muéstrale tus ópalos a mi amigo, Charley.

El andrajoso tipo hundió la mano en un bolsillo, sacó un par de cajas de fósforos y puso a la vista media docena de ópalos que hasta mis inexpertos ojos me decían que valían una pequeña fortuna.

—¿Por qué no vende alguno de ellos, Charley?

El desastrado individuo repuso con escandalizada voz:

—¡No vendería estos ópalos ni por 100.000 libras!

Jack puso un par de chelines en la mano de Charley. Jack el Canguro tenía razón: Lightning Ridge abunda tanto en tipos chiflados como sus minas en ópalos.

La mayoría de las afecciones de la espalda se deben a debilidad muscular y a la tensión nerviosa. Y se ha descubierto que el mejor remedio para el dolor de espalda, actual o futuro, es el ejercicio adecuado.

Cómo remediar el dolor de espalda

POR CURTIS MITCHELL

EL DOLOR de espalda intenso constituye hoy uno de los problemas médicos más comunes. Pero pocas de sus víctimas sufren algún defecto orgánico. El dolor se debe generalmente a debilidad o a tensión de los músculos, o a ambas causas. La mayoría de nosotros casi no hacemos ejercicio y sufrimos un exceso de tensión. La mejor cura (y el mejor preventivo) para los males de espalda es el ejercicio.

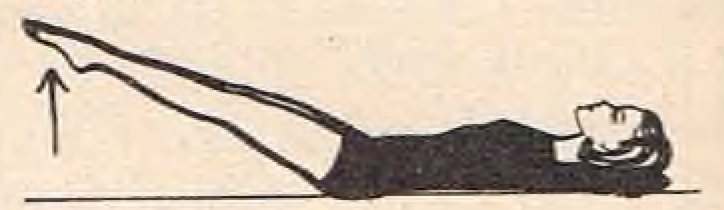
Este es el tema de un nuevo libro (*Backache, Stress and Tension*, El dolor de espalda, la tensión y la ansiedad) escrito por el Dr. Hans

SOMETA SUS MÚSCULOS A ESTAS PRUEBAS

Si usted puede realizar satisfactoriamente estas seis pruebas ideadas por el Dr. Hans Kraus y Sonja Weber, será señal de que alcanza el nivel mínimo de aptitud muscular. Como demuestran las pruebas clínicas, si fracasa en una sola, hay grandes posibilidades de que llegue a sufrir dolores de espalda, a menos que haga ejercicios para corregir la deficiencia.

(Si sufre de la espalda o tiene cualquier dolencia, *consulte con su médico antes de hacer estas pruebas.*)

1. Tiéndase de espaldas, con las manos en la nuca y las piernas extendidas. Levante los pies veinticinco centímetros. Los músculos flexores de las caderas están en buenas condiciones si puede mantener los pies levantados durante diez segundos.



2. Tiéndase de espaldas, con las manos en la nuca y las piernas estiradas; haga que alguien le sostenga los pies en el suelo. Incorpórese hasta quedar sentado. Si puede incorporarse una vez, los flexores de las caderas, combinados con los músculos del abdomen, están en buenas condiciones.



raus, médico de Nueva York, co-tor de las pruebas de Kraus y eber, que se usan en todo el mun-para examinar la aptitud física l individuo, y de los ejercicios e, unidos a ellas, han ayudado a rar miles de enfermos.

"El dolor de espalda", dice el Dr. raus, "afecta por igual a hombres a mujeres. Pero es muy probable e las mujeres lo sufran en dos ocas de su vida: después de haber do a luz y en la menopausia".

El Dr. Kraus relata el caso típi-de una mujer que empezó a sen-dolores de espalda un mes an-s de que naciera su primer hijo. Su médico no pudo encontrar el origen del dolor, pero el Dr. Kraus la examinó y comprobó que, durante el embarazo, los débiles músculos del abdomen habían dejado toda la carga del niño a los músculos de la espalda. Kraus le indicó: "Simplemente tiene usted que fortalecer los músculos abdominales con ejercicio diario". Siguió el consejo y desapareció el dolor.

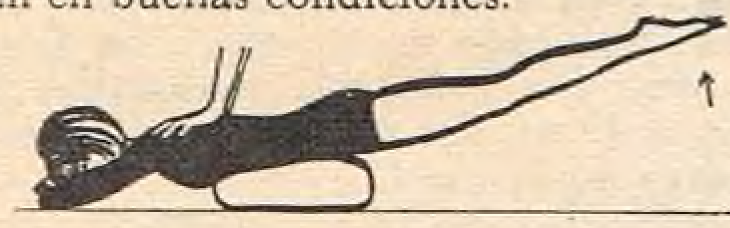
Los músculos de los que depende fundamentalmente el dolor de espalda son los que mantienen erguido el torso, afirma el Dr. Kraus. "Algunos enfermos culpan solo a los músculos de la espalda", dice.

Tiéndase de espaldas, con las manos la nuca, las rodillas dobladas y las antas de los pies en el suelo; haga e alguien le sostenga los pies. Incor-órese hasta quedar sentado. Los múscu-s abdominales están en buenas condi-ones si logra levantarse una vez.



Tiéndase sobre el vientre; coloque un jín debajo del abdomen, entrecruce s manos en la nuca y haga que alguien sostenga los pies. Luego, levante del elo la parte superior del cuerpo. Si puede hacer una vez, los músculos de espalda están en buenas condiciones.

5. Tiéndase sobre el abdomen; coloque un cojín debajo del vientre; haga que alguien le sostenga los hombros. Con las rodillas extendidas levante ambas piernas y sosténgalas en el aire durante diez segundos. Si lo puede hacer una vez, sus músculos dorsales inferiores están en buenas condiciones.



6. De pie y con los pies juntos, inclínese y toque el suelo sin doblar las rodillas. Si no puede hacerlo, se debe a que los músculos dorsales y los tendones de la corva se han encogido y están en tensión.



"Ciertamente, el dolor se localiza en la parte inferior de la espalda, pero es probable que se deba a debilidad de los músculos abdominales o de los flexores de la cadera, que son los músculos más inactivos con la vida sedentaria. Si uno está sentado la mayor parte del tiempo, y no hace ejercicio, esos músculos tienen que debilitarse e imponer un esfuerzo excesivo a los músculos de la espalda".

La tensión también tiene gran importancia. Las tensiones provocan tirantez de los músculos y la tirantez repetida produce contracción. El Dr. Kraus cuenta el caso de una secretaria que acudió a su consultorio. Tres años antes, cuando apenas se iniciaba en un empleo difícil, el cuello había comenzado a pônérsele rígido. Ahora el dolor le empezaba a bajar por la espalda. El día anterior a su consulta, su jefe le había ordenado que modificara varias cartas que acababa de escribir a máquina. Esto la enfureció. "Iba a la mitad de la primera carta", explicó, "cuando los músculos del cuello se me contrajeron y el dolor de espalda se volvió sencillamente intolerable".

El Dr. Kraus le explicó: "En una época primitiva usted habría huido

EJERCICIOS PARA FORTALECER LOS MÚSCULOS Y ALIVIAR LOS DOLORES DE ESPALDA

Comience poco a poco, sin repetir el mismo ejercicio más de dos o tres veces; luego, intensifique paulatinamente los ejercicios. Destine invariablemente media hora al día para hacerlos. Nunca los difiera porque se sienta "excitado en exceso". La tensión que los músculos acumulan a lo largo de un día agitado puede descargarse mediante el ejercicio.

1. Comience y termine siempre con los siguientes ejercicios, que sirven para aflojarse y relajarse: tiéndase de espaldas con almohadas debajo de las corvas, los brazos y el cuello. Menee el cuello y sacuda los hombros, los brazos, los muslos, las piernas y los pies. Levante los brazos y déjelos caer. Levante las piernas separadamente y déjelas caer. Vuelva la cabeza con soltura a la derecha, luego a la izquierda. Cierre los ojos y afloje la quijada. Respire profundamente y exhale lo más despacio que pueda. Contraiga los músculos de los brazos y luego aflójelos. Contraiga los músculos de los muslos y luego aflójelos. Levante los hombros hacia las orejas y luego suéltelos. Lo importante es relajarse. Debe aprenderse a sentir la diferencia que hay entre la tirantez y la relajación.

2. Siéntese en una silla. Vuelva a alzar los hombros, bájelos y descanse. Vuelva la cabeza hacia la izquierda lo más que pueda, luego vea al frente. Descanse. Vuélvala hacia la derecha y luego al frente. Descanse.

3. Tiéndase de espaldas, sin almohada, con las rodillas en flexión. Lentamente, acerque una rodilla al pecho, luego extiéndala y deje que la pierna, floja y relajada, caiga al suelo. Haga lo mismo con la otra pierna.

4. Tiéndase sobre el costado izquierdo, con una almohada bajo la cabeza. Levante la rodilla derecha hacia el pecho, luego extienda la pierna y déjela caer. Haga esto tres veces con cada lado.

5. Tiéndase boca abajo, con la cabeza apoyada sobre las manos. Contraiga los músculos de las asentaderas durante dos segundos y descanse.

Ahora está relajado y listo para practicar los ejercicios que corregirán cualquier debilidad o tensión localizada mediante las pruebas de Kraus y Weber.

o habría contestado la agresión. En cambio hoy su corazón late con violencia, su respiración se acelera, se eleva su tensión arterial, sus músculos se ponen rígidos . . . pero usted no hace nada. Se encoge de hombros, se irrita y sigue trabajando. Hace tres años que sus músculos del cuello y del dorso no descansan. Ahora se han rebelado con un espasmo".

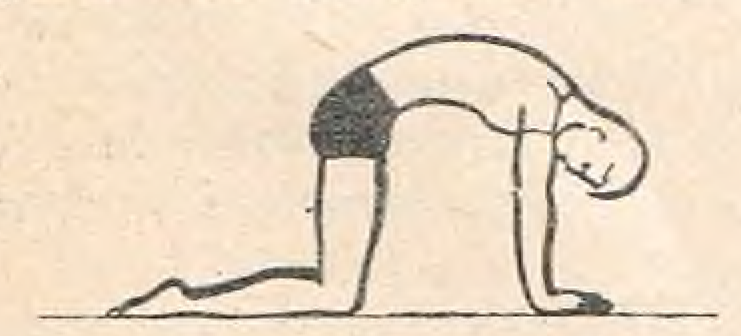
¿Qué debe uno hacer para evitar la enfermedad? Quizá el ejemplo del Dr. Kraus sea la mejor respuesta. A los 59 años de edad, el Dr. Kraus corre durante el verano, esquía en invierno, usa las escaleras y no los ascensores, levanta pesas y sube montañas.

Pero a las personas faltas de ejercicio, el Dr. Kraus les recomienda comenzar suavemente. "Primero, consulte con su médico", indica. "Él le dirá si padece usted algún defecto congénito u orgánico". Para cuatro de cada cinco víctimas del dolor de espalda que no tienen esos defectos, Kraus recomienda una prueba que deben hacer ellas mismas para localizar la debilidad o la rigidez muscular, y luego prescribe ejercicios para corregir el mal. A los enfermos que insisten en que han ensayado los ejercicios sin éxi-

PARA FORTALECER LOS MÚSCULOS ABDOMINALES Y ESTIRAR LOS DEL DORSO Y LAS CORVAS

1. Tiéndase de espaldas, con las rodillas en flexión y las manos a los lados. Levante la cabeza y los hombros; bájelos lentamente y descanse.

2. De rodillas, forme un arco con la espalda hacia arriba, como hacen los



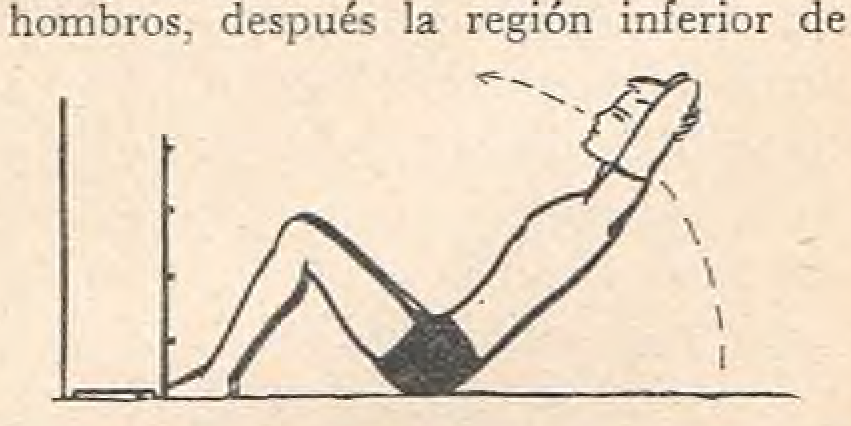
gatos. Luego invierta la posición levantando la cabeza y doblando hacia abajo la columna vertebral.



3. Tiéndase de espaldas, con las rodillas en flexión, y levante la cabeza y la rodilla derecha simultáneamente hasta que se toquen. Probablemente al principio no logrará hacerlo. Repita el ejercicio con la otra rodilla.

4. Siéntese con los pies separados; baje hacia adelante la cabeza, luego el cuello, los hombros y los brazos. Inclínese lo más que pueda entre las rodillas. Enderécese lentamente y descanse.

5. Tiéndase de espaldas, con las rodillas en flexión, las manos en la nuca y los dedos de los pies debajo de algún mueble que los mantenga fijos en el suelo. Incorpórese poco a poco hasta sentarse, levantando la cabeza, luego los hombros, después la región inferior de



PARA FORTALECER LOS MÚSCULOS ABDOMINALES Y ESTIRAR LOS DEL DORSO Y LAS CORVAS

(*Continuación*)

la columna vertebral. No se incorpore de un tirón. Si le resulta muy difícil, hágalo al principio con las manos en los costados.

6. Lo mismo que el No. 4, pero inclinándose alternativamente a derecha e izquierda.

7. Tiéndase de espaldas con las rodillas en flexión. Acerque una rodilla al pecho lo más que pueda; extienda la pierna hacia el techo y luego, lentamente, baje la pierna al suelo. Repita con la otra pierna.

8. De pie, baje poco a poco la cabeza y el cuello, inclínese hacia adelante y deje que el tronco quede suspendido flojamente de las caderas. Cuando esté completamente relajado y "colgando de las caderas", toque el suelo con las puntas de los dedos. Yérgase y repita el ejercicio.

Los ejercicios se deben ir agregando *gradualmente*, uno por uno, y como máximo cada tres días o cada semana. No deje de relajarse y descansar entre los distintos movimientos y hágalos en el orden indicado. Haga cada ejercicio tres veces solamente; luego invierta el orden, comenzando por el último y terminando con el primer ejercicio.

to, les dice: "Quizá usted no hizo los ejercicios adecuados, de manera correcta, durante un tiempo suficientemente prolongado".

Algunos pacientes, como la secretaria de que hemos hablado, tienen puntitos localizados y sumamente sensibles en los hombros, la espalda o las nalgas. En realidad, estos minúsculos nudos musculares, llamados "puntos hipersensibles", se han contraído espasmódicamente y no pueden aflojarse. Por sí solo, el paciente no puede curarse el dolor de estos puntos. Es necesario que un médico los localice, los insensibilice con anestesia local y que luego readapte los músculos enfermos, causantes del mal. Este último paso, el de la readaptación muscular, no puede omitirse.

Uno de los pacientes de Kraus era una bailarina que había sido sometida a dos operaciones quirúrgicas en los discos intervertebrales. Después de las dos operaciones se sintió bien, hasta que volvió a bailar. El examen reveló que los músculos del tronco, la espalda y las piernas estaban llenos de puntos hipersensibles. El error de la chica consistió en que trató de volver a bailar sin antes someterse a una readaptación muscular sistemática. Se necesitaron varios meses de inyecciones y ejercicios para conseguirlo.

¿Qué se puede decir de la tan frecuente dislocación de un disco intervertebral? Cuando realmente se ha rasgado la cubierta de un disco y las materias blandas que contiene sobresalen y ejercen presión sobre las raíces nerviosas, Kraus ordena el reposo en cama y, quizá, la intervención quirúrgica. Pero ha llegado

a la conclusión de que es difícil distinguir entre la auténtica lesión de disco y un punto hipersensible. Ambos deben ser tratados por un médico.

Una vez que, mediante ejercicios especiales, los músculos del torso han quedado en buen estado, ¿qué es lo que puede mantenerlos en buena forma? "Lo mejor es correr vigorosamente", dice el Dr. Kraus, y agrega que otros deportes útiles son: "la natación, el ciclismo, el tenis, el excursionismo, esquiar, el boxeo, la esgrima, la gimnasia, remar y cortar leña".

"La actividad física no es un lujo", dice el Dr. Kraus. "Es un factor esencial para prevenir enfermedades". Muchos médicos renombrados comparten esta opinión. El Dr. Edward Bortz, que fue presidente de la Asociación Médica Norteamericana, dice: "Empezamos a comprender que el ejercicio constituye el principal factor para que las personas se mantengan sanas y la mejor medicina para los enfermos".

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 89



Ingenuidad y viveza

No HACE mucho recibí una carta de mi novio, un teniente de servicio en el cuerpo de ingenieros del Ejército. Me escribía sobre los deberes extraordinarios de que se había encargado, fuera de los propios de un ingeniero militar. Muy orgullosa le leía a mi padre los párrafos en que describía sus actividades como Oficial de Espectáculos, Oficial de Seguridad, Oficial de Reclamos, Oficial de Radar, Jefe de Bomberos, y Oficial de Recreación. Papá, que está en la Fuerza Aérea, sonrió irónicamente y comentó: "A juzgar por lo que cuenta, también es el oficial más novato". — D. B.

MI ESPOSA es una rubia muy simpática y de cuerpo muy bien formado. Cuando estaba yo en el Ejército, actuamos juntos en un popular melodrama sentimental para distracción de la tropa. En una de las representaciones, mi voluptuosa mujer fascinó al auditorio con su actuación a la vez que con su figura. La escena de su muerte resultó verdaderamente conmovedora. Después de la función, nos reunimos con nuestro público de soldados para tomar unas rosquillas y una taza de café. En esto un joven y atrevido recluta le preguntó a mi mujer:

—¿No es usted la chica que "falleció" esta noche en la representación?

—Sí, yo soy —repuso ella con modestia.

—¡Magnífico! —exclamó el recluta—. ¡Vengo a reclamar el cuerpo!

— J. E. A.

Los increíbles triunfos de Ettie Lee

La conmovedora historia del sueño de una profesora de escuela, y de su casi increíble sagacidad para ganar los millones con que lo convirtió en realidad.

POR SAMUEL TAYLOR

Condensado de "Empire"

ETTIE LEE, profesora de una escuela de enseñanza superior de Los Ángeles, sentía profunda consternación por el hecho de que algunos de sus más brillantes discípulos iban a parar a la cárcel. Lo cual la llevó a observar que aquellos jovenzuelos provenían de un crisol común: todos se habían criado en hogares divididos o anormales. La solución era muy clara: para curar la delincuencia, hay que dotar a los chicos de hogares felices; pero esto acontecía hace casi 40 años, y en esa época no había manera de lograr tal cosa.

—Así que —manifiesta sencillamente la profesora— decidí imitar a "La Gallinita Roja" y hacerlo yo misma.

Pero para hacerlo ella misma se necesitaría una enorme cantidad de dinero. Muy bien, pues: ganaría dinero. Armada de una inquebrantable fe y de los 100 dólares al mes que iba ahorrando de un sueldo de 200, Ettie Lee se echó a cuestas la tarea de financiar ella misma su teoría de la rehabilitación de adolescentes. Hoy su fortuna, derivada de una serie de sorprendentes transacciones en bienes raíces, supera los tres millones de dólares. Las rentas de este capital (unos 250.000

dólares al año) se destinan a los Ettie Lee Homes, Inc. (Hogares Ettie Lee, S. A.), empresa no lucrativa que maneja 14 granjas y hogares destinados a la rehabilitación de adolescentes "incorregibles", muchos de ellos procedentes de hogares destrozados.

La primera granja de Ettie se inauguró en el año de 1950, cerca de San Jacinto (California); la más reciente se encuentra en Mapleton (Utah), instalada en cooperación con la Universidad Brigham Young, que la empleará en el adiestramiento de trabajadores sociales. Los 14 hogares aplican la misma filosofía de rehabilitación en que se basó desde un principio la profesora, que consiste en dotar a los chicos de una feliz vida hogareña como la que ella recuerda haber llevado en Luna (Nuevo México), en el rancho de su padre, donde creció como uno de 12 vástagos.

Cada hogar alberga a no más de una docena de muchachos a fin de mantener un ambiente de familia, y lo administra un matrimonio que tiene hijos propios a más de un gran corazón. En ningún sentido son estos hogares una "institución", palabra que hace estremecer a Ettie Lee. Cada "mamá" y "papá" tratan a los niños que han delinquido en igual forma que a sus propios hijos. Ahí los muchachos hallan estabilidad y buenos alimentos; aprenden a sentir la satisfacción del trabajo bien desempeñado y (así lo espera Ettie Lee) encuentran la fe en Dios.

Al principio, Ettie, que pertenece a la secta de los mormones, solo recibía muchachos que profesaban su misma fe, pero pronto optó por aceptar chicos de todos los credos.

—Todos ellos son hijos de Dios —nos dice—. Todo niño tiene derecho a un buen hogar.

Valerosamente independiente, Ettie Lee jamás ha solicitado dinero para sus buenas obras.

—No quiero que se me tache de pedigüeña —dice.

Hoy, a los 80 años, vive en un modesto apartamento en Los Ángeles. No obstante que tiene 42 personas en su nómina de pagos, ella misma contesta su correspondencia. Sufraga sus necesidades personales con su pensión de profesora y una pequeña anualidad. Su recompensa la encuentra en la vida que hacen sus muchachos . . . y en saber que otros han adoptado los métodos que ella contribuyó a implantar.

Los muchachos de Ettie Lee son aquellos que todos los demás rechazan. Son pupilos del Estado que han pasado de una casa de adopción a otra, y a quienes se les ha dado una última oportunidad y han fallado. Larry, de 15 años de edad, hijo de padres alcohólicos, es un caso típico. Todo el mundo en el pueblo donde creció lo consideraba como el chiquillo más duro de pelar del lugar. La policía, un juez y el clérigo que guiaba al muchacho, convinieron en que el tal Larry era un sicópata, y que para proteger a la sociedad era mejor encerrarlo entre rejas. Sin embargo, a

ruego de Ettie se le envió a Los Ángeles en avión.

Larry halló que en el aeropuerto le esperaba una viejecita arrugada por los años, pero con una sonrisa de cariño que a Larry jamás le habían prodigado. Ella lo abrazó, diciéndole:

—Larry, yo no tengo hijos. ¡Y vaya si los he deseado!

En ese instante, algo obró su efecto en Larry; no era simplemente el hecho de que la anciana le prodigara su cariño; era que la anciana necesitaba de él, de Larry; jamás persona alguna había esperado cariño del muchacho.

Seis años más tarde Larry se graduó en la universidad con todos los honores. Y en reciente cumpleaños de Ettie, el muchacho viajó en su auto 500 kilómetros con el solo objeto de devolverle el abrazo que ella fue la primera en darle.

Otro caso se refiere a David, que había robado 25 dólares a un vendedor de periódicos a quien amenazó con su navaja. Cuando Ettie se enteró de que David se había gastado el dinero en una cuadra de equitación, lo llevó a una de sus granjas y señalándole los caballos le dijo:

—Aprovéchate.

David montó de un salto en uno de ellos, sin silla ni rienda, pues el animal tan solo tenía el cabestro, y partió raudo. Durante una semana apenas si se dio tiempo para comer. Luego, para ganar dinero con que pagar lo que había robado, más cinco dólares de intereses, David se encargó de cuidar a las gallinas. En la escuela no había sido aplicado, pero ahora devoraba libros sobre el cuidado de animales. La escuela lo envió a un concurso de ganado de una feria rural y allí obtuvo el primer premio entre 300 concursantes. Actualmente David tiene un empleo de importancia en una granja lechera.

Ben era un muchacho a quien calificaban de "erotómano": se sabía que, cubierto por la noche, se lanzaba sobre las mujeres y las abrazaba. Las autoridades estaban decididas a enviarlo a un sanatorio para sicópatas hasta que Ettie declaró:

—Bueno, ¡iré a ver a Goodwin para hablarle de esto!

—¿Goodwin?

—Sí, el gobernador de California, Goodwin Knight, que fue mi discípulo de catecismo.

Se le permitió a Ettie llevarse a Ben, y ella, al estudiar su caso, se dio cuenta de que todas las víctimas del muchacho habían sido mujeres de edad madura, y de que los "ataques" de que el chico las hizo objeto habían consistido en simples abrazos. Se enteró también de que la madre de Ben había educado al muchacho según cierta teoría científica.

A Ben se le destinó a una de las granjas de Ettie, granja cuya "mamá" era una rolliza, aunque atractiva mujer de edad madura.

—En el caso de Ben —se le dijo—, busque usted la ocasión, por lo menos dos veces al día, de echar-

le el brazo sobre el hombro y darle unas palmaditas en la espalda.

Esto era lo único que necesitaba el chico, que había estado privado de afecto. Ben llegó a ser el primero de su clase en la escuela superior y fue alumno distinguido en la preparatoria.

Los métodos de Ettie chocan con las reglas tradicionales en las instituciones.

—La labor de las instituciones —explica ella—, es enseñar a los muchachos cómo deben comportarse en la propia institución, lo que hace de ellos otros tantos prisioneros modelo, pero precisamente el problema de los muchachos extraviados es enseñarles cómo labrarse un sitio en el mundo. Por eso los chicos de mis hogares van a las escuelas públicas y participan en los asuntos cívicos. Todos son ciudadanos de la sociedad y no reclusos.

Su granja Circle C, que está en Lake Hughes (California), es la excepción a la regla de Ettie de enviar a los muchachos a la escuela pública. Todos los que están ahí son chicos que no han podido adaptarse a la escuela pública, así que Ettie mantiene una escuela privada destinada a ellos. No obstante, los muchachos participan en las actividades eclesiásticas y sociales en los pueblos vecinos.

Algunos de los muchachos se han escapado de los hogares, generalmente durante las primeras semanas, pero casi todos los que han permanecido en ellos han recibido ayuda. En efecto, de los cientos de muchachos que han llegado a estos hogares desde 1950, Ettie solo se ha visto obligada a devolver 11 de ellos por tener problemas que ella considera fuera de su alcance.

Ettie tuvo su primera experiencia con la delincuencia juvenil cuando tenía 17 años y era profesora en Arizona. Uno de sus discípulos, Tim, chico fornido y pendenciero, pero no malo, fue expulsado. Ettie quedó consternada y se propuso que algún día ayudaría a jóvenes como Tim, más necesitados de comprensión y amistad que de castigo.

En 1917, después de obtener su título, Ettie empezó a dar cátedra en las escuelas superiores de Los Ángeles. Posteriormente se le propuso un empleo de inspectora en jefe del profesorado, pero no aceptó, y a cambio pidió trabajar con chicos de la escuela secundaria. Los muchachos que se volvían alborotadores en sus años críticos venían siendo para ella creciente motivo de preocupación. Ettie se convenció de que eran estos mismos los que tenían la energía y empuje necesarios para convertirse en mejores ciudadanos, tan solo con encauzar su energía.

Una y otra vez Ettie se presentaba en los juzgados para suplicar que se le diera otra oportunidad a algún muchacho, pero pronto se percató de sus propias limitaciones: lo que los chicos necesitaban era un buen hogar.

En 1927 Ettie principió por comprar y vender bienes raíces en Los

Ángeles, empleando técnicas que aprendió de un libro que obtuvo prestado de la biblioteca pública. Su primer negocio fue un terreno que compró por 1000 dólares y vendió por 5000. En seguida, con incontenible entusiasmo, empezó a comprar casas, y muy pronto tuvo nueve viviendas de las destinadas a una por familia, por las que pagaba siempre un poquito más del precio del mercado, a cambio de que le aceptasen un pequeño pago inicial. Con los alquileres cubriría los pagos siguientes, y así se encontraría en el camino de la riqueza, según decía el libro.

Ettie pronto se percató de que tales viviendas requerían muchos gastos y no resultaban costeables. Se deshizo de ellas a fin de adquirir una casa pequeña de apartamentos, y en 1930 liquidó todos sus bienes con objeto de hacer un pago inicial sobre un edificio de 60 viviendas. Logró hacer este negocio merced a que la propiedad se encontraba en una zona indeseable de la ciudad. Pero Ettie sabía que cierta tienda de ropa muy importante había hecho un estudio que demostraba que ese mismo barrio se convertiría algún día en la nueva zona céntrica de Los Ángeles.

—Si el lugar les parecía bueno a los dueños de la tienda, lo sería también para mí —dice Ettie.

El valor de la propiedad en esa zona se ha puesto desde entonces por las nubes. Ettie siguió aumentando sus propiedades durante la gran crisis económica de 1930-1940. Durante la segunda guerra mundial, cuando regresó temporalmente a sus actividades de maestra, compró cinco granjas destinadas a futuros hogares para muchachos. Finalmente, hacia 1950, se encontró en posibilidad de poner en marcha sus planes. En total, Ettie Lee ha comprado y vendido entre 40 y 50 casas de apartamentos (no ha llevado la cuenta exacta), para poder llegar a adquirir sus actuales propiedades.

Su valentía en emprender negocios es proverbial, pero sus métodos nada tienen de ortodoxos. Muchos obstinados directores de empresa se han quedado asombrados al verla excusarse durante unos minutos, que dedica a orar brevemente, antes de adoptar cualquier decisión, tras de lo cual vuelve, ya tomada esta y con el corazón bien puesto para sostenerse en su resolución. Ettie Lee está convencida de que si se ha visto guiada en la acumulación de una fortuna, esta no le pertenece, sino que está destinada al digno propósito para el cual se le ha permitido lograrla. Ella no es sino su custodio, dice, y a su muerte pasará a Ettie Lee Homes, Inc., la compañía fiduciaria que ella misma fundó, para que prosiga su generosa labor. Asimismo lo ha dispuesto todo para que Neil Howard y Verdell Lunt, sus dos competentes colaboradores, continúen dirigiendo los hogares.

Es ALENTADOR visitar cualquiera de los hogares de Ettie Lee. El vi-

sitante se sienta a la mesa con los muchachos a la hora de comer e inclina la cabeza mientras uno de ellos dice la oración de gracias. Le maravillan los enormes platos que se sirven, con bistecs, puré de patatas y verduras. Luego, increíblemente, los muchachos se sirven un segundo plato. Al oír que los jovenzuelos hablan de juegos, de la escuela, de sus planes futuros, el visitante se olvida de que a todos los muchachos allí presentes se les consideraba incorregibles. Y este, al fin y al cabo, es precisamente el propósito del lugar.

Cuando Ettie Lee visita sus granjas se muestra radiante de felicidad, y de su rostro se desvanecen las arrugas producto de los años. Allí encuentra su más honda satisfacción. De allí recoge Ettie sus dividendos: de la vista de aquellos muchachos que, de haberles faltado el amor y la comprensión que ella les ha proporcionado, pudieron representar una pérdida para sí mismos y para la sociedad.



Razones de peso

En Newcastle (Inglaterra) un señor había encargado una tonelada de piedras para solar, y le pareció, al llegar el pedido, que no había suficientes. Llevó entonces la balanza del baño al garaje y, una por una, pesó todas las piedras, y así comprobó que faltaban 275 kilos para la tonelada. "Empleé 45 minutos en pesarlas y fue obra de romanos", comentaba, "pero confirmé lo que sospechaba. En la cantera se quedaron desconcertados al saber que había usado la balanza del baño, pero me enviaron otra carga de piedras". — AP

—¿Cuánto pesa la Tierra? —preguntaba un alumno de segundo año elemental.

La profesora, no sabiendo la respuesta, recurrió a la mejor técnica educacional.

—Me parece muy interesante tu pregunta —le dijo—. Veremos quién puede contestarla mañana.

Esa noche la maestra fue derecha a la biblioteca del pueblo y, tras gran trabajo, encontró la cifra. Al día siguiente preguntó a los alumnos si alguno había averiguado cuánto pesa la Tierra. Nadie respondió. La profesora, llena de orgullo, anunció entonces el resultado de su investigación.

La clase caviló en el informe un breve instante. Luego el mismo chiquillo levantó el brazo para preguntar:

—¿Con gente o sin gente? — D. R. K.

La floreciente economía de Alemania, Francia y Gran Bretaña está atrayendo millones de obreros de otros países cercanos, y el resultado de ello es una vasta conmoción social.

Emigración obrera en Europa

POR IRWIN ROSS

Condensado del suplemento del "Times" de Nueva York

PASEANDO por la avenida Wagram de París cualquier plácida tarde dominguera, recibimos de pronto la impresión de haber sido trasplantados a Madrid o Barcelona, pues solo se oye charlar en español. Visitemos una ciudad industrial de Bélgica, tal como Lieja, y encontraremos en seguida cafés griegos, restaurantes italianos, tiendas de comestibles españolas. Si ponemos la radio en una habitación de algún hotel de Alemania occidental probablemente oiremos un programa en español, italiano o griego. Incluso al cruzar el canal de la Mancha y alojarnos en un lujoso hotel londinense acaso descubramos que el botones mayor es italiano y las camareras, españolas.

Todo esto es indicio de uno de los más significativos cambios económicos que se han operado en la Europa de hoy: la nutrida emigración de trabajadores del empobrecido Sur al opulento Norte. Ante la creciente escasez de mano de obra, los países de Europa occidental han tenido que importar unos cuatro millones de extranjeros para mantener sus florecientes economías funcionando a toda capacidad. En la Alemania occiden-

tal hay más de un millón de "trabajadores visitantes"; Francia ocupa a 1.500.000, y Gran Bretaña a 800.000 por lo menos. En Suiza, uno de cada tres empleados es extranjero. Y sin los inmigrantes, las minas de carbón de Bélgica quedarían virtualmente paralizadas, pues en algunos pozos constituyen el 80 por ciento de la fuerza obrera.

Sueños de fortuna. Esta emigración de brazos en gran escala, que comenzó a fines del decenio 1941 a 1950, produce ventajas recíprocas, así como lastimosos problemas sociales. Los obreros del Sur van al Norte en busca de salarios más altos, trabajo permanente y oportunidad de ahorrar para costearse una vida mejor al regresar a su lugar de origen. Aceptan las ocupaciones más duras e ingratas. Abren zanjas, tienden traviesas de ferrocarril, vierten el metal fundido en los moldes de las fundiciones, desempeñan las aburridas y monótonas faenas de las líneas de montaje de las fábricas y las labores de limpieza en hoteles y restaurantes. Probablemente no más del uno por ciento de ellos serán trabajadores industriales especializados.

Algunos llegan a ver realizados sus sueños. En Alemania no es inusitado que un obrero turco ahorre lo suficiente para comprar un automóvil usado, renovarlo y volver triunfalmente a Estambul para dedicarse allí a taxista. Los italianos, en Suiza, a veces trabajan hasta diez años para comprar una modesta fonda en su pueblo natal. Pero la suerte del trabajador emigrante varía, y no a todos les va tan bien.

"¡Si me dieran a elegir!" Quizá el veinte por ciento de los trabajadores extranjeros en Francia aprenden el idioma del país, reclaman luego a sus familias y se establecen en firme. Cuando visité una comunidad de la cuenca carbonífera de la Lorena, Antonio Ruggiu, jovial y carirredondo minero sardo de 29 años, me invitó a su casa. Su hogar era un inmaculado apartamento de dos habitaciones en un edificio de hormigón propiedad de la administración francesa del carbón. (Desde hace mucho tiempo, los mineros de Francia son obreros privilegiados, con vivienda y calefacción gratuitas, además del trasporte a la mina.) Ruggiu me presentó a su esposa, modosa muchacha poco mayor de veinte años. La refulgente salita, con sus butacas de madera rubia y canapé tapizado de rojo vivo, parecía recién llegada de la exposición de una tienda de muebles, y Ruggiu estaba radiante de orgullo.

En Cerdeña, Ruggiu había trabajado con su padre, artesano de la construcción. Pero el trabajo escaseaba, y en 1956 Ruggiu marchó a Francia. Pocos años más tarde regresó a Cerdeña, contrajo matrimonio y llevó a su esposa al Norte. Ruggiu es picador en la mina de carbón; gana 700 francos (140 dólares) al mes, salario que considera adecuado. Ha invertido una gran

cantidad de dinero en enseres caseros, y todos los años lleva a su familia a pasar cuatro semanas de vacaciones en Cerdeña.

Sus hijos, de tres y cinco años, nacidos en Francia, asistirán pronto a escuelas francesas y quedarán integrados en la comunidad donde viven. "Si me dieran a elegir", dice el joven minero, "preferiría trabajar en Cerdeña por la mitad de mi salario actual, pero allí no hay trabajo". En ocasiones todavía siente la punzada de la nostalgia, pero básicamente es hombre ya establecido y contento.

El principio de igualdad de paga. Dentro del Mercado Común, una serie de reglas uniformes gobierna la situación de los trabajadores llegados de los países asociados. Los inmigrantes disfrutan de los mismos salarios y condiciones de trabajo que los ciudadanos, e iguales beneficios de seguro social, tales como compensación por desempleo, incapacidad por enfermedad y prestaciones familiares. Los obreros procedentes de países ajenos al Mercado Común, como España y Turquía, tienen garantizadas las mismas pagas y condiciones de trabajo, pero las estipulaciones del seguro social son a veces menos generosas.

La emigración aporta muchas ventajas a los países exportadores de mano de obra. Reduce en ellos el desempleo. Les proporciona, con las remesas de fondos de los emigrados, una oportuna fuente de divisas extranjeras. Cuando los emigrantes regresan, como lo hacen la mayoría de ellos, al cabo de un año, o tres o diez, muchos vuelven con algún rudimentario conocimiento de los métodos industriales, lo que hace de ellos una útil fuente de brazos para la industrialización del propio país. El ciclo completo puede verse en Italia, donde muchas empresas ponen ahora anuncios en busca de italianos con experiencia de trabajo en el extranjero. ¡Algunos patronos alemanes resienten esta competencia que les hacen para quitarle *sus* italianos!

El método de contratación. Las grandes compañías mandan frecuentemente equipos reclutadores al extranjero. Los gobiernos francés, alemán y holandés mantienen en el extranjero misiones permanentes que funcionan de común acuerdo con las agencias nacionales de empleo, y satisfacen las peticiones de mano de obra según la cantidad de personal sobrante en el lugar, sometiendo a los candidatos a exámenes de aptitud y reconocimientos médicos, y facilitando trasporte gratuito al extranjero a aquellos que resultan aceptables.

Los agentes reclutadores han encontrado pocos problemas en su busca de voluntarios. K. Lewin, subdirector de la Oficina Holandesa de Inmigración y de Relaciones con la Bolsa de Trabajo Internacional, recuerda una visita que su misión hizo a Angora (Turquía). A las puertas de la oficina que utilizó se congregaron bajo

la lluvia, silenciosamente, enormes masas de obreros. Gran número de ellos, enviados por las oficinas provinciales de trabajo, habían hecho viajes de muchos días y recorrido el largo trayecto hasta la capital cerca a caballo o en mulo, y luego en tren; habían tenido que pagar su propio trasporte, así como sus pasaportes, documentos y timbres de derechos. Si por algún motivo se les rechazaba, ello constituía una tragedia, el derrumbamiento de su espléndido sueño de hacer fortuna en Europa.

Por lo general, los trabajadores contratados en su propio país firman contrato de un año. Los contratos son menos frecuentes cuando los obreros marchan al extranjero por propia cuenta. A menudo entran en un país como "turistas" y obtienen un empleo, y después, para regularizar su situación, consiguen un permiso de trabajo y otro de residencia.

Aun donde existe gran demanda de mano de obra especializada, como sucede en Alemania, pocos extranjeros están dispuestos a seguir un programa de capacitación y a aceptar un salario más reducido durante un período de dos a cuatro años. Inicialmente, aprenden en el empleo con ayuda de intérpretes o subjefes de su propia nacionalidad. Algunas grandes empresas proporcionan enseñanza del idioma y otros servicios: consultas sobre problemas de familia, viajes gratis al punto de origen en las Navidades, alimentación especial en el caso de los musulmanes. Los ferrocarriles de Alemania occidental han suministrado hasta una mezquita rodante a los obreros turcos.

Casas y chozas. La vivienda plantea el más difícil problema porque, con excepción de Bélgica, no hay en Europa occidental un país importador de trabajadores que esté libre de escasez de habitaciones. El obrero extranjero, por haber llegado el último, es el que sale peor librado. En la mayoría de los países, a los patronos que reclutan trabajadores en el extranjero el gobierno los obliga a proporcionarles vivienda. Esta toma habitualmente la forma de barracones, donde los trabajadores viven como en dormitorios colectivos, de dos a ocho personas por habitación. A los obreros extranjeros se les exige generalmente que tengan vivienda adecuada antes de permitir que se les unan sus familiares. Desde luego, miles de familias entran ilegalmente, haciéndose pasar por turistas, y viven en los barrios bajos de las grandes ciudades o en poblados de chozas miserables.

En Champigny-sur-Marne, en las afueras inmediatas de París, 11.000 trabajadores portugueses viven en lo que los franceses llaman una *bidonville*. (De *bidon*, nombre francés del tambor metálico para gasolina que, aplastado, constituye un material básico de construcción.) La *bidonville* de Champigny es una maraña de escabrosas veredas llenas de basura que serpentean

entre grupos de ruinosas chozas. Algunas de estas se permiten el lujo de una ventana de vidrio o una bombilla eléctrica, pero ninguna tiene retrete ni agua corriente. La choza media es un habitáculo de unos 3½ metros cuadrados y dos metros de altura, en el que apenas caben cuatro camas, una mesa de madera y una cocinita. El alquiler es de unos 200 francos mensuales. El "casero" es generalmente otro portugués que ha hecho fortuna.

Por contraste, en la compañía Sulzer Hermanos, de Winterthur (Suiza), entra uno en otro mundo muy diferente. Los Sulzer, fabricantes de motores diesel y otro equipo pesado, emplean más de 4000 extranjeros, en su mayoría italianos. Hace dos años abrieron una residencia de dos pisos para obreros solteros; tiene cabida para 387 personas, costó dos millones de francos y parece una casa de apartamentos suburbana. Un dormitorio bien amueblado cuesta allí 80 francos por mes; una cama en una habitación para cuatro personas vale 35 francos. El edificio cuenta con calefacción central, cuartos de duchas con paredes de azulejos, una habitación en el sótano para los aficionados a la carpintería, dos atractivas salas de descanso y un pequeño café.

Forasteros en tierra inhóspita. Incluso en los sitios donde la vivienda para los trabajadores inmigrados es buena, como ocurre en la mayoría de las grandes com-

pañías, el ambiente tiende inevitablemente a acentuar la vida de *ghetto* de sus habitantes. Solo una minoría de obreros extranjeros llega a mezclarse con la población local, la que se inclina más bien a tratarlos con indiferencia, y algunas veces hasta con hostilidad. En Suiza, los anuncios clasificados que ofrecen habitaciones en alquiler advierten: "Italianos excluidos", o "No se admite extranjeros". En algunas partes de Gran Bretaña, la mayoría de cuyos obreros extranjeros proceden de la India, Pakistán y las Antillas, el prejuicio contra la gente de color es general.

Inevitablemente, las diferencias de costumbres acentúan los prejuicios. A los residentes de Ecquevilly, pueblecito próximo a París, donde se alojan trabajadores italianos de la industria del automóvil, los molestó mucho en un principio la afición de los extranjeros a cantar a coro al regresar a sus alojamientos. De una parte a otra de Alemania y Suiza es general el resentimiento contra las multitudes de obreros extranjeros que se congregan en las terminales ferroviarias todos los domingos. Deambulan sin norte por las estaciones, charlando en grupitos o leyendo ocasionalmente un periódico; o bien se echan a dormitar en un banco. Para el italiano trasplantado, forastero en una tierra fría y brumosa, la estación del ferrocarril hace las veces de la plaza del pueblo natal, donde no solo se reúne con sus amigos, sino que

además se pone al tanto de las últimas habladurías y noticias por boca de los recién llegados.

Adaptación. Una variedad de instituciones benéficas trata de sacar al extranjero de su solitario cascarón y al mismo tiempo de suscitar un acogedor sentimiento de simpatía entre la población local. Pero es una tarea difícil.

Hace dos años, cuando el número de obreros extranjeros en Suiza se aproximaba a los 700.000, el gobierno comenzó a imponer restricciones. Pero su aplicación no fue estricta; en el otoño de 1964 había en el país 816.000 trabajadores extranjeros. En febrero de 1965 el gobierno ordenó a todas las empresas que en el término de cuatro meses redujeran el número de sus obreros importados; los despedidos serían expulsados del país, a menos que encontraran algún otro empleo.

Un motivo de preocupación para Suiza es el déficit de su balanza de pagos, que es casi igual a las remesas de fondos que los trabajadores extranjeros hacen a sus países. Frecuentemente se expresan temores de que la calidad de la mano de obra suiza esté decayendo. La más grave alarma la causa la posibilidad de que la presencia de un millón de extranjeros (contando a sus familiares), en un país que tiene una población total de 5.700.000 habitantes, altere en alguna forma "el estilo de vida suizo".

Pero aunque los extranjeros hayan causado a Suiza nuevos problemas e inquietudes sociales, el hecho es que el país ha llegado a depender tanto de ellos que, si el grueso de ese contingente se marchara (cosa en verdad improbable), su partida provocaría un derrumbamiento económico. Suiza tendrá que hallar el modo de adaptarse al extranjero si quiere mantener su prosperidad. Y lo mismo tendrán que hacer las otras naciones de Europa occidental.

Carta zurda

Un cliente de cierta gran tienda escribía muy airado reclamando por unos errores en las cuentas: "Observarán que les escribo dos cartas idénticas acerca de mi cuenta. Una de ellas va marcada *para la mano izquierda* y la otra *para la derecha*. La razón de ello es que en su tienda, evidentemente, la mano derecha no sabe en estos días lo que está haciendo la izquierda". —G. A. G.

Un padre le decía a su hija en son de reproche:
—En mis tiempos las niñas se ruborizaban.
—¿Pues qué les decían? —preguntó la chica. —R. S.

SECCIÓN DE LIBROS

La última batalla

Condensado del libro* de

CORNELIUS RYAN

La última batalla es la crónica, singularmente dramática, del episodio culminante de la segunda guerra mundial: la caída de Berlín. Como *El día más largo de la historia*, el anterior triunfo literario de Cornelius Ryan, este libro se basa en los relatos de centenares de personas: de generales soviéticos y las atemorizadas mujeres berlinesas; de miembros del gabinete del presidente Roosevelt; de soldados que participaron en la lucha; de los últimos grandes generales alemanes y aun de la perita en mecánica dental que estaba al tanto de lo que los Aliados ignoraban: en dónde se ocultaba un Hitler paralizado y deshecho.



En estas páginas salen a la luz, por primera vez, no pocos hechos que habrán de llevar a una revisión de las circunstancias que concurrieron al resultado final de la guerra en Europa. Cornelius Ryan es el primer escritor occidental a quien se haya dado acceso a los archivos de guerra de los soviéticos; es la primera persona que desentraña el fantástico episodio de cómo se pasó por alto el plan para la ocupación de Alemania trazado por el presidente Roosevelt.

Ryan, redactor viajero del Reader's Digest, empleó más de tres años en escribir *La última batalla* y en las investigaciones que debió llevar a cabo previamente. En su tarea le ayudó un cuerpo de reporteros del Reader's Digest destacados en muchos países y los cuales examinaron minuciosamente los archivos correspondientes en Berlín, Londres y Washington, y entrevistaron a incontables personas en no menos de 15 países. Esta es la primera parte de una obra que será objeto de vivos comentarios, provocará apasionadas discusiones y llegará sin duda a figurar entre las páginas clásicas de la literatura dedicada a la segunda guerra mundial.

PRIMERA PARTE

La última batalla



EN LAS latitudes nórdicas amanece temprano. Y al alejarse de la ciudad los aviones bom-
barderos, los primeros rayos de la luz del día asomaban por el oriente. Inmensas y densas columnas de humo se elevaban al cielo en los barrios de Pankow, Weissensee y Lichtenberg. Abajo, donde la nube de humo era menos densa, el suave resplandor del alba resultaba difícil distinguirlo del reflejo de la hoguera de llamas en que ardía la ciudad de Berlín, destruida por las bombas.

El 21 de marzo de 1945, a medida que las nubes de humo se dispersaban lentamente por entre las ruinas, la ciudad más violentamente bombardeada de Alemania se destacó en todo su desnudo y macabro esplendor. Estaba señalada por miles de cráteres y entretejida por las vigas torcidas de miles de edificios desplomados. Manzanas de casas de apartamentos y barrios enteros habían sido arrasados. Por todas partes, construcciones semidestruidas, sin ventanas ni techos, miraban al cielo.

En la amplia Unter den Linden (Avenida de los Tilos), pocos eran los bancos, librerías y tiendas ele-

gantes que no habían sufrido daños. Pero, al extremo occidental de la avenida, uno de los monumentos más sobresalientes de la ciudad de Berlín, la famosa Puerta de Brandenburgo, de 26 metros de alto, aunque rajada y partida, se erguía aún sobre la *via triumphalis*, con sus 12 macizas columnas dóricas.

No lejos, en la Wilhelmstrasse, donde se alineaban los edificios del gobierno y antiguos palacios, fragmentos de vidrio de miles de ventanas brillaban entre los escombros. El No. 73, el bello palacio que había sido la residencia de los presidentes en los días anteriores al Tercer Reich, había quedado casi destrozado por un violento incendio.

Una manzana más allá, el No. 77 mostraba desperfectos, pero estaba casi intacto. Montones de piedra, ladrillo y materiales de construcción se veían en torno a este edificio de tres pisos, en forma de L. Resaltaba en el áspero exterior de color pardo amarillento el imponente balcón desde el cual el mundo había escuchado las arengas en discursos delirantes. El *Reichskanzlei* —la Cancillería de Adolfo Hitler— todavía estaba en pie.

Por toda la ciudad atormentada las sirenas comenzaban a avisar que había cesado el bombardeo. Había concluido la incursión aérea No. 314 de los Aliados sobre Berlín. Durante los primeros años de la guerra los ataques aéreos habían sido esporádicos. Pero ahora eran casi continuos. Los norteamericanos bombardeaban durante el día y la RAF durante la noche. Las bombas explosivas habían dejado en ruinas un sector edificado de más de 25 kilómetros cuadrados de extensión, diez veces el área destruida en Londres por la Luftwaffe. Había en las calles 90 millones de metros cúbicos de piedra, ladrillo, cemento y otros materiales de construcción. Casi la mitad del total de 1.562.000 viviendas de Berlín habían quedado destruidas o dañadas. Por lo menos habían muerto 52.000 personas y el número de heridos ascendía al doble, cinco veces mayor que el número de heridos causado por los bombardeos en Londres. Y aún faltaba por venir la agonía final.

Sin embargo, dentro de este caos de devastación, la vida continuaba con una especie de normalidad lunática. Doce mil policías prestaban aún servicio. Los carteros entregaban el correo; los periódicos salían diariamente, el servicio telefónico continuaba; la basura se recogía. Algunos salones de cine y algunos teatros estaban abiertos. Las grandes tiendas tenían ventas especiales. Las lavanderías en seco y los salones de belleza hacían buen negocio.

Quizá lo más sorprendente de todo fuese que más del 65 por ciento de las grandes fábricas de Berlín continuaran aún funcionando. Como les exigiera a veces horas de viaje llegar a su trabajo, los berlineses se habían vuelto madrugadores. Todo el mundo quería llegar temprano a su trabajo porque los norteamericanos, que también eran ma-

drugadores, con frecuencia comenzaban a bombardear la ciudad a eso de las 9 de la mañana.

Aquella mañana brillante de sol, por los 20 barrios que se extendían a través de la ciudad, los berlineses aparecían en las calles como habitantes neolíticos de cavernas. Surgían de las entrañas de los trenes subterráneos, de los refugios situados en la parte baja de los edificios públicos, de los sótanos de sus casas. Cualesquiera que fuesen sus anhelos, sus temores o sus creencias, estaban resueltos a vivir otro día.

Lo mismo podía decirse de la nación. En el sexto año de la segunda guerra mundial, la Alemania de Hitler luchaba desesperadamente por sobrevivir. El Reich que había sido creado para existir mil años, era invadido por dos lados. A 480 kilómetros al oeste, las fuerzas anglonorteamericanas avanzaban rápidamente por el gran río Rin, lo habían atravesado en Remagen y se dirigían a toda marcha hacia Berlín. En la orilla este del Oder surgía una amenaza más urgente e infinitamente más temible. Allí, a menos de 80 kilómetros, estaba el ejército ruso.

Afrontando lo desconocido

En el distrito de Zehlendorf, al sudoeste, Richard Poganowska, repartidor de leche, se había levantado como de costumbre con el alba. Trabajaba para la Domäne Dahlem, una granja lechera establecida hacía 300 años, situada a solo unos pocos kilómetros del centro de la inmensa capital. En cualquiera otra ciudad la situación de esta granja hubiera sido considerada cosa extraña, mas no así en Berlín. Una quinta parte del área total de la ciudad quedaba en medio de parques, bosques, lagos, canales y arroyos.

Poganowska, su esposa Lisbeth y sus tres hijos habían pasado otra noche en el sótano. El ruido de los cañones antiaéreos y el estallido de las bombas casi les había impedido dormir. Como todo el mundo en Berlín, el lechero, un hombre fornido de 39 años, se sentía constantemente cansado.

Todavía soñoliento, cargó el viejo carro de remolque, enganchó sus dos caballos, y a las 6, con su perro pomerano gris, Poldi, sentado junto a él, comenzó su diaria entrega de leche a los 1200 clientes. No obstante lo temprano de la hora, Poganowska encontró que estaban esperándolo en cada intersección de la ruta. Ofreció su acostumbrado saludo, entre risueño y ceñudo, y distribuyó a cada uno sus raciones de leche y demás productos de la granja. Sus clientes le parecían cada día más cansados, tensos y preocupados. Pero Poganowska se abstenía de comentar con ellos las noticias y se sumergía en la rutina de su trabajo de 15 horas diarias.

Desde hacía algún tiempo estaba alerta, observando ciertas señales que lo ayudaban a conservar la esperanza. Una de ellas era que las carreteras todavía estuviesen abiertas. No se veían obstáculos de tránsito o trampas para tanques en las

calles principales, ni piezas de artillería, ni tanques en acecho, ni soldados guardando posiciones claves. Y todas las mañanas, al pasar por el barrio de Friedenau, echaba una mirada a la casa de un nazi bien conocido que tenía un puesto importante en el departamento de correos de Berlín. A través de las ventanas de la sala podía ver el deslumbrante y llamativo retrato al óleo, en inmenso marco, de Adolfo Hitler, con sus facciones arrogantes. Si la situación fuese realmente crítica, suponía Poganowska, ese santuario del Führer ya habría desaparecido.

Azuzó suavemente a los caballos y continuó su ruta. A pesar de todo, no veía razón para alarmarse demasiado.

SPANDAU, el barrio situado más al oeste de Berlín, había escapado a la saturación del bombardeo. En el tranquilo y pastoral sector de Staaken, en el límite de la ciudad, Robert e Ingeborg Kolb tenían motivo para estar más que agradecidos. Las únicas bombas que habían caído cerca fueron aquellas que erraron el blanco del cercano aeropuerto al que iban dirigidas; y el daño que causaron era casi nulo. Su casa estaba sana y salva. La vida seguía su curso casi normal, a excepción de que Robert, de 54 años, director técnico de una imprenta, encontraba que cada día los viajes a su trabajo en el centro de la ciudad se le hacían más y más arduos. Significaban recorrer toda la gama de azares del diario bombardeo.

Los Kolb pensaban escuchar esa noche, como de costumbre, la trasmisión prohibida, en idioma alemán, de la British Broadcasting Corp. Paso a paso habían seguido las noticias del avance de los Aliados. Con todo, adormecidos por la atmósfera rural de los contornos, la inminente amenaza a la ciudad se les hacía increíble, la guerra algo remoto y quimérico. Robert Kolb estaba convencido de que a ellos "no los tocaría", e Ingeborg estaba convencida de que Robert siempre tenía razón. Después de todo, era veterano de la primera guerra mundial.

EN SU cuartel general, situado en un edificio de estuco, de tres pisos, en las afueras de Landsberg a 40 kilómetros al este del Oder, Georgi Zhukov, mariscal de la Unión Soviética, se hallaba sentado a su escritorio. En la pared, un gran mapa de la ciudad de Berlín mostraba en detalle el plan de la ofensiva que para capturar la ciudad había propuesto Zhukov. En su escritorio tenía tres teléfonos de campaña. Uno estaba destinado a usos generales, otro lo comunicaba con los mariscales Konstantin Rokossovskii e Ivan Koniev, comandantes de los inmensos grupos que operaban en los costados norte y sur del suyo. El tercero era una línea directa para comunicarse con Moscú y con el comandante supremo, José Stalin. Zhukov, el mariscal de 49 años y pecho semejante a un tonel, comandante del Primer Frente bielorruso.

hablaba con Stalin todas las noches a las 11.

Zhukov se preguntaba cuándo iría a recibir orden de Stalin de tomar a Berlín. De primera intención, él había planeado el ataque para llevarlo a cabo a fines de abril. Hacia el límite oeste de la ciudad quedaba la única ruta lógica de escape para los defensores alemanes. Proyectaba atacarlos por ambos lados cuando trataran de escapar. Esperaba que, alrededor de la primera semana de mayo, una matanza sin precedentes se hubiese perpetrado en el barrio de Spandau.

Problema delicado de moral

Carl Johann Wiberg abrió las puertas de cristal de la sala de recibo de su apartamento del segundo piso y se asomó al balcón a fin de darse cuenta del estado atmosférico del tiempo. Sus dos perros "dachshunds", llamados Tío Otto y Tía Effie, lo miraban ansiosos esperando que los llevara a su paseo matutino.

Dar paseos era casi lo único que hacía Wiberg aquellos días. Toda la gente simpatizaba con este hombre de negocios, sueco, de 49 años, a quien consideraban "un buen berlinés" en primer lugar y un sueco en segundo. No había abandonado la ciudad como lo hicieron tantos otros extranjeros al comenzar los bombardeos. Además, aunque él nunca se quejó de ello, sus vecinos sabían que había perdido casi todo cuanto tenía. Su esposa había muerto en 1939. Sus fábricas de pegamentos habían sido bombardeadas y destruidas. Al cabo de 30 años de vivir de su pequeño negocio en Berlín, poco le quedaba ahora, fuera de sus perros y su apartamento.

Tras colocar la correa a sus perros, Wiberg cerró cuidadosamente la puerta de su apartamento, bajó los dos tramos de escaleras y salió a la calle llena de escombros. Se quitó el sombrero para saludar a varios vecinos y, con los perros delante, continuó andando por la calle teniendo cuidado de no ir a caer en los baches y hoyos que encontraba a su paso. Se preguntaba dónde estaría el Führer ahora que el fin de la guerra parecía cercano. ¿Estaría en Munich? ¿En su Nido de Águila, en las montañas de Berchtesgaden? ¿O aquí, en Berlín? Nadie parecía saberlo. El paradero de Hitler siempre había sido un secreto.

Esta mañana Wiberg decidió entrar en su bar favorito, Harry Rosse, situado en el No. 7 de Nestorstrasse, uno de los pocos que quedaban abiertos en el barrio. Tenía una variada clientela: nazis de peso, oficiales alemanes y unos pocos hombres de negocios. Allí encontraba con quien conversar agradablemente y se podía poner al tanto de las noticias del día: dónde habían caído las bombas la noche anterior y en qué fábricas habían hecho blanco. A Wiberg le gustaba reunirse con sus viejos amigos en este ambiente de convivencia y le interesaban todos los aspectos de la guerra, inclusive el estado de ánimo. Pero, principalmente, quería saber dónde se hallaba Hitler.

Pese a todas las dudas que se acumulaban en su mente, Wiberg sabía unas cuantas cosas que hubieran dejado sorprendidos a sus vecinos. Pues este sueco que era tan buen berlinés, era también miembro del servicio secreto de la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos. Era espía de los Aliados.

El padre Bernhard Happich se paseaba en bicicleta por la calle de Dahlem, cubierta de escombros, con un fin determinado. Desde hacía varias semanas le preocupaba un problema delicado y ahora había tomado una decisión.

Tenía 55 años, era sacerdote y era también médico. Entre sus muchos cargos ocupaba el de padre provincial de *Haus Dahlem*, el hospital de maternidad y orfelinato regentado por las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón. El padre Happich hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que Hitler y su cruel nuevo orden estaban destinados al desastre. Berlín estaba perdido. ¿Qué iría a ser de *Haus Dahlem* y de las buenas hermanas? El había oído contar a los refugiados que habían escapado antes de que los victoriosos rusos llegasen, de los horrores que ocurrían en el este de Alemania. Muchos de esos relatos eran exagerados, estaba seguro, pero muchos también eran verdaderos. El padre Happich decidió advertir a la madre superiora Cunigundis y a su rebaño y tenía que encontrar las palabras adecuadas para hablarles. ¿Cómo decirles a 60 monjas y hermanas laicas que nada sabían de las cosas de este mundo, que corrían peligro de ser violadas?

La rueda de retribución

El temor de ser víctima de un ataque sexual se extendía por todo Berlín como un sudario mortuorio, ya que era principalmente una ciudad de mujeres. A principios de la guerra, Berlín tenía 4.321.000 habitantes; pero, los muertos en la guerra, los llamados a prestar servicio militar, tanto hombres como mujeres, y la evacuación voluntaria de un millón de ciudadanos al campo, donde creían estar más seguros, en 1943 y 1944, había reducido considerablemente esa cifra de habitantes. Las autoridades militares calculaban que la población civil de Berlín no pasaba ahora de 2.700.000, de los cuales 2.000.000 eran mujeres.

Los refugiados de las provincias del este que huían al oeste a través de Berlín, informaban que las tropas de avance de la línea del frente ruso se componían de soldados bien disciplinados y de buena conducta, pero que las unidades secundarias que las seguían eran una chusma desordenada. En orgías salvajes, borrachos, estos soldados rojos asesinaban, robaban y violaban mujeres. Muchos comandantes rusos parecían perdonar a sus soldados estos actos. Por todas partes, en esta afluencia de refugiados, había mujeres que relataban las más espeluznantes historias de brutales asaltos, de haber sido amenazadas con revólver y obligadas a desnudarse y

permitir que se las violara repetidas veces.

Algunos berlineses preferían hacer caso omiso de estas historias porque la propaganda, tanto si era difundida por refugiados o por el gobierno, no significaba ya nada para ellos. Pero aquellos que sabían de las atrocidades de los asesinatos en masa cometidos por las tropas de asalto alemanas en Rusia —y había miles que lo sabían—, temían que las historias que se contaban fuesen ciertas. Y aquellos que estaban enterados de lo que les pasaba a los judíos en los campos de concentración, bien podían creer también que el opresor se convertía en oprimido; que la rueda de retribución estaba dando su vuelta completa. Para no correr riesgo, y en previsión de lo que pudiera suceder, muchos burócratas de los que ocupaban altos puestos y buen número de funcionarios nazis habían trasladado calladamente a sus familias fuera de Berlín, o estaban tramitando hacerlo. Los fanáticos se quedaban; y la mayoría de los ciudadanos de Berlín, menos informados, se quedaban también. No podían o no querían salir.

Algunos estaban enterados de lo que iba a llegar. En su clínica privada en Schöneberg, la doctora Anne-Marie Durand-Wever, famosa ginecóloga graduada en la Universidad de Chicago, apremiaba a sus pacientes para que salieran de Berlín. Tenía 55 años; después de haber examinado a muchas refugiadas, había llegado a la conclusión de que los relatos de asaltos se quedaban cortos. Opinaba que, si los rusos tomaban a Berlín, todas las mujeres, sin distinción de edad, serían violadas. La doctora tenía intención de quedarse, pero llevaba consigo dondequiera que iba una pequeña cápsula de cianuro, de acción rapidísima.

La doctora Margot Sauerbruch trabajaba con su esposo, el profesor Ferdinand Sauerbruch, el cirujano más eminente de Alemania, en el hospital Charité, el más antiguo de Berlín. Por hallarse situado cerca de dos grandes estaciones del ferrocarril, a este hospital llegaban los casos peores entre los refugiados. Después de examinar a las víctimas, la doctora Sauerbruch tampoco se hacía ilusiones. Estaba aterrada del número de refugiadas que habían intentado suicidarse, contándose entre ellas docenas de mujeres que no habían sido ofendidas, pero que, aterradas por lo que habían visto u oído contar, intentaron suicidarse cortándose las venas de las muñecas. Otras habían tratado de matar a sus niños. Era evidente que, si los rusos capturaban la ciudad, una ola de suicidios se extendería por Berlín.

El actor cómico Heinz Rühmann, uno de los artistas de cine más populares, estaba tan temeroso de la suerte que hubieran de correr en el futuro su bella esposa la actriz Hertha Feiler, y su joven hijo, que tenía escondido un tarro con veneno para ratas en una maceta de flores, para el caso de que hubiera de

necesitarlo. Otras personas se habían provisto de pistolas o cuchillas de afeitar.

Quedaba todavía una última esperanza. Ante el terror que les inspiraba el Ejército rojo, la gran mayoría de los berlineses, especialmente las mujeres, deseaban desesperadamente que las fuerzas anglonorteamericanas capturaran la ciudad.

Cristales rotos

Era cerca de mediodía. Detrás de las líneas rusas, en la ciudad de Bromberg, el capitán Sergei Golbov contempló con ojos nublados la sala del apartamento del tercer piso que él y otros dos corresponsales del Ejército rojo acababan de tomar. Golbov y sus amigos estaban disfrutando de una alegre borrachera. Todos los días iban desde el cuartel, que estaba en Bromberg, al frente, a 145 kilómetros de distancia, en busca de noticias; pero no había mucho sensacional que comunicar hasta que no empezara la ofensiva contra Berlín. Entre tanto, Golbov, apuesto joven de 29 años, se divertía.

Con la botella en la mano se quedó mirando el fino mobiliario. Nunca había visto nada igual. Pinturas al óleo en marcos dorados adornaban las paredes. Las ventanas tenían cortinas forradas de raso; los sillones estaban tapizados con material de fino brocado.

Una pequeña puerta estaba entreabierta en uno de los extremos de la espaciosa sala; Golbov la empujó y descubrió que conducía a un cuarto de baño. Al extremo de una cuerda que pendía de un gancho en la pared colgaba el cuerpo de un oficial nazi. Golbov llamó a sus amigos, pero estaban demasiado alegres en el comedor para escucharle. Se hallaban ocupados tirando copas de cristal alemán y veneciano contra el candelabro.

Golbov regresó a la sala y trató de sentarse en el gran sofá, pero vio que estaba ocupado. Tendida en él yacía una mujer muerta. Era muy joven y se había preparado esmeradamente para morir. El cabello, peinado en dos trenzas, le colgaba sobre los hombros; tenía las manos dobladas sobre el pecho. Apurando un trago de la botella que tenía en la mano, Golbov se sentó en un sillón y la miró. Tendría poco más de 20 años y, a juzgar por el tinte azulado de los labios, probablemente había muerto envenenada.

Detrás del sofá había una mesa con fotografías en marcos de plata: un grupo de niños sonrientes, con sus padres y una pareja de más edad. Golbov se acordó de su familia. Durante la ocupación de Leningrado, sus padres, acosados por el hambre, habían tratado de hacer una sopa con un tipo de aceite industrial; ambos habían muerto a consecuencia de haberla comido. Uno de sus hermanos había muerto en combate durante los primeros días de la guerra. El otro, jefe de guerrilla, cogido preso por la SS, fue atado a una hoguera y quemado vivo. Esta muchacha que yacía

en el sofá había muerto tranquilamente, pensó.

Apuró un buen trago, se dirigió al sofá y levantó a la muchacha muerta. Luego se encaminó a las ventanas cerradas. Tras él, entre risotadas y gritos, el candelabro del comedor caía al suelo y se hacía añicos con estrépito. Golbov quebró también otros cuantos vidrios al arrojar el cadáver de la muchacha a la calle por la ventana.

Actitud mental

CAMBIANDO de actitud en forma extraordinaria, los berlineses, que diariamente mostraban sus puños amenazantes a los bombarderos británicos y norteamericanos, hablaban ahora con fervor de los Aliados occidentales como "libertadores".

Maria Kockler, de Charlottenburgo, se negó a creer que los norteamericanos y los ingleses dejaran que Berlín cayera en manos de los rusos. Una ama de casa, de 45 años, de cabello canoso, decía a sus amigos: "Estoy lista a salir a pelear para detener a los rusos hasta que los Aliados lleguen".

Muchos trataban de disipar sus temores escuchando las emisiones de la BBC y tomando nota de cada fase de las batallas que se libraban en el frente occidental, que se iba desmoronando, como si se tratara de seguir el curso de un ejército alemán victorioso que se apresurase a socorrer a Berlín. En los intervalos entre un bombardeo y otro, Margarete Schwarz, contadora de profesión, trazaba meticulosamente



esquemas del avance de las fuerzas anglonorteamericanas a través de la Alemania occidental, regocijándose con cada kilómetro que adelantaban.

Otros, esperando lo mejor, se preparaban para lo peor. Pia van Hoeven, con Ruby y Eberhard Borgmann, aunque a regañadientes, llegaron a admitir que solo un milagro podría impedir que los rusos llegaran primero a Berlín. Así que, sin vacilar, aceptaron la invitación que les hizo su amigo, el jovial y carirredondo Heinrich Schelle, de ir a juntarse con él y su familia cuando la batalla comenzara. Schelle era administrador del *Gruba-Souchay*, famosa tienda de vinos y restaurante al mismo tiempo, y tenía convertida una de sus bodegas en un resplandeciente refugio para resguardarse durante el sitio. No había mucho que comer, fuera de patatas y atún enlatado, pero se disponía de amplia provisión de famosos vinos alemanes y franceses. "Mientras esperamos Dios sabrá qué", les dijo, "tratemos de vivir confortablemente". Y luego agregó: "Si se nos termina el agua, siempre habrá champaña".

Increíblemente, por todo Berlín unas cuantas víctimas de los nazis, constantemente perseguidas, se escondían en pequeños cubículos, en armarios, en sótanos húmedos o en desvanes sin ventilación, aferrándose tercamente a la vida, esperando que llegara el día en que pudieran salir de su escondite. No les importaba quién arribara primero con tal que alguien llegara, y pronto. La mayoría de sus amigos los daban por muertos; y en cierto modo lo estaban. Varios de ellos no habían visto el sol en muchos años.

Conservaban una fortaleza de hierro: ingeniosos y tenaces, debían su vida a la habilidad que poseían para reprimir casi todas sus emociones. Al cabo de seis años de guerra y casi trece de vivir en medio del temor y la persecución, en la propia capital del Reich de Hitler, cerca de 3000 de estos aún sobrevivían. El que hubieran podido hacerlo era también un testimonio del valor de los cristianos que protegían a los judíos, víctimas propiciatorias del nuevo orden.

Siegmund y Margarete Weltlinger, ambos de más de 50 años de edad, se escondían en Pankow. Un matrimonio adscrito a la religión Ciencia Cristiana, los Möhring, arriesgando la vida, les habían dado albergue en su casa. Los Möhring vivían con sus dos hijas en un pequeño apartamento de dos habitaciones. Pero compartían el espacio de que disponían, así como los alimentos, sin quejarse nunca.

Durante dos años el mundo exterior sólo había sido para los Weltlinger un retazo de cielo enmarcado dentro de edificios, más un árbol solitario que en el lúgubre patio daba frente a la ventana de la cocina. En el año anterior la Gestapo había arrestado en las calles de Berlín a más de 4000 judíos; muchos de ellos se habían arriesgado a

perder la libertad por ser incapaces de soportar el encierro más tiempo.

En un sótano en Karlshorst, Joachim Lipschitz, de 27 años, vivía bajo la protección de Otto Krüger. Hijo de un médico judío y de madre cristiana, lo habían alistado en la *Wehrmacht*, y en 1941 había perdido un brazo. Pero el servicio militar no lo salvó de que se le achacara "el crimen" de ser medio judío. En abril de 1944 se le había fichado para internarlo en un campo de concentración, y desde entonces estaba oculto. Estudiaba ahora ruso, mientras su prometida, Eleanore Krüger, estudiaba inglés.

En la cárcel y fuera de ella

El capitán Helmuth Cords, de 25 años, veterano del frente ruso y portador de la Cruz de Hierro adjudicada al valor, estaba también preso en Berlín y probablemente no viviría hasta alcanzar a ver el fin de la guerra.

Cords era uno de los 7000 alemanes arrestados con motivo del intento de asesinar a Hitler ocho meses antes, el 20 de julio de 1944. En una orgía bárbara, cerca de 5000 supuestos participantes en el atentado —cualquiera que tuviese la más remota conexión con los conspiradores— habían sido ejecutados sumariamente, fuesen inocentes o culpables. "Colgadlos como ganado", tal había sido la orden de Hitler. Y exactamente en esa forma fueron colgados los principales acusados; en vez de emplear lazos los amarraron con alambres de piano y los suspendieron de ganchos para colgar carne.

Y ahora, en el ala B de la prisión de la Lehrterstrasse, construida en forma de estrella, el último grupo de acusados de conspiradores —aproximadamente unos cien— esperaba. Cada día se sacaban prisioneros de las celdas para no volverlos a ver entrar más. Todo dependía del capricho de un hombre: el jefe de la Gestapo, SS Gruppenführer, Heinrich Müller.

Cords era uno de los inocentes. Había estado prestando servicio como oficial menor a las órdenes del jefe de estado mayor de las Reservas del Ejército, coronel Claus Graf von Stauffenberg. Pero solo una cosa lo perjudicó en este cargo: von Stauffenberg, un hombre de apariencia distinguida, de 36 años, que tenía solo un brazo y había perdido un ojo que se cubría con un parche, había sido la figura principal en la conspiración del 20 de julio, el hombre que se había prestado voluntariamente a asesinar a Hitler. Desde esa fecha Cords estaba arrestado sin formación de juicio, y no solamente Cord, sino también su novia, Jutta Sorge, y los padres de ella.

Otro grupo de prisioneros estaba viviendo en Berlín. Eran los obreros que trabajaban como esclavos, hombres y mujeres de casi todos los países ocupados por los nazis. Había polacos, checos, noruegos, daneses, holandeses, belgas, luxemburgueses, franceses, yugoslavos y rusos. Los nazis habían importado a la fuerza cerca de siete millones de personas,

el equivalente casi a la población total de la ciudad de Nueva York, para que trabajaran en las casas alemanas y en los negocios. Más de 100.000, en su mayoría franceses y rusos, trabajaban en Berlín.

Los extranjeros vivían en "ciudades" de edificios en forma de barracas, construidos en predios de las fábricas o cerca de ellos, comían en comedores comunales y llevaban placas de identificación. A muchos se les permitía salir a la ciudad y aun ir a un cine, siempre y cuando regresaran al toque de queda. Sin embargo, otros, y eran varios millares, no tenían virtualmente libertad alguna.

Curiosamente, en todo Berlín se observaban a diario cambios en los trabajadores rusos. En la fábrica de productos químicos de Schering, en Charlottenburgo, los rusos, en lugar de mostrarse animados ante la posibilidad de que sus compatriotas capturasen la ciudad, estaban deprimidos. Las mujeres ucranianas y bielorrusas, en particular, parecían intranquilas.

A su llegada, hacía dos o tres años, iban vestidas con trajes sencillos de campesinas. Poco a poco fueron cambiando. Muchas habían empezado a usar afeites y cosméticos. El peinado, la moda y los ademanes se habían alterado notablemente a medida que las muchachas rusas copiaban a las jóvenes alemanas y francesas más elegantes que veían. Ahora, casi de la noche a la mañana, volvían a usar sus trajes de campesinas.

Entre los trabajadores occidentales de Berlín el estado de ánimo era bueno. En las instalaciones de Alkett, en Ruhleben, donde 2500 franceses, belgas, polacos y daneses trabajaban en la producción de tanques, los franceses pasaban la noche cantando canciones populares y hablando de las enormes comidas que iban a saborear tan pronto como pisaran suelo francés. Jean Boutin, de 20 años, mecánico de París, se sentía especialmente alegre. Junto con algunos holandeses había estado saboteando piezas de tanques durante varios años. Cada demora que causaban y cada cojinete de bolas defectuoso, para los tanques, que lograban hacer pasar bajo las narices del capataz, era acercar la captura de Berlín un paso más. Hasta ahora a ninguno habían sorprendido en estas maniobras.

Los verdaderos creyentes

El humor cáustico de los berlineses, el cinismo político y la falta de entusiasmo por el Führer y su nuevo régimen cundían desde hacía mucho tiempo en el partido nazi. Siempre que había marchas de antorchas y otras demostraciones nazis para impresionar con ellas al mundo, era preciso traer miles de soldados de la SS de Munich para animar a las multitudes en marcha.

—Salen mejor en cine que nosotros —dijo en tono de chanza un berlinés—, y además, ¡tienen pies más grandes!

Hitler, frustrado e indignado, hacía tiempo que proyectaba recons-

truir la ciudad y cambiar su forma a la imagen nazi. Pensaba incluso en cambiarle el nombre por el de Germania. No podía olvidar nunca que en cada elección libre los berlineses lo habían rechazado. En la votación crítica de 1932, Berlín le había dado solo un 23 por ciento de los votos.

Pero ahora, los fanáticos que había entre los ciudadanos estaban decididos a convertir a Berlín, la ciudad menos nazista de Alemania, en la fortaleza última del nazismo. Aunque en minoría, todavía tenían fuerza. Miles de ellos eran jóvenes adolescentes que conocían solo un dios: Hitler. Muchos habían sido instruidos en el manejo de toda clase de armas. Klaus Küster, miembro de la "Juventud Hitleriana", era un ejemplar típico. Su especialidad consistía en destruir tanques a más de 60 metros. Klaus no había cumplido todavía los 16 años.

Los más fanáticos eran los miembros de la SS. Estaban tan convencidos de la victoria final y eran tan devotos a la causa que su actitud mental resultaba imposible de comprender para el resto de sus compatriotas. El Dr. Ferdinand Sauerbruch, del hospital Charité, mientras operaba a un hombre anestesiado y gravemente herido en el frente, se quedó de pronto y por un instante helado. En el silencio de la sala de operaciones, desde lo profundo del sueño anestésico, el hombre de la SS comenzó a hablar en tono bajo, pero claramente enunciado, y repetía una y otra vez: "*¡Heil Hitler! . . . ¡Heil Hitler! . . . ¡Heil Hitler!*"

Había otros tan confiados, tan embebidos en la alta atmósfera de los puestos privilegiados que ocupaban, que se sentían completamente seguros. Uno de estos era Käthe Reiss Heusermann, una bonita mujer de ojos azules, de 36 años, rubia y vivaz. Käthe se hallaba dedicada a su trabajo como ayudante del profesor Hugo Blaschke, el dentista favorito de los líderes nazis. Era competente, agradaba a todos y en el desempeño de su puesto había atendido a los que formaban el séquito de Hitler; y una vez al mismo Führer.

Hacía cinco meses, ella y Blaschke habían recibido una llamada urgente para que se presentaran en el cuartel general del Führer, en Rastenburgo, en la Prusia del Este. Al llegar encontraron a Hitler con un agudo dolor. "Tenía la cara hinchada, especialmente la mejilla derecha", recordaba ella después. "Su dentadura era sumamente mala y la muela cordal del lado derecho se le había infectado".

Resultaba preciso sacar la muela. Sería una extracción sumamente dolorosa, pues el Führer tan solo consentía en dejarse poner una dosis mínima de anestesia. Blaschke le puso una inyección en la parte superior de la quijada. Käthe permaneció al lado del Führer, sosteniendo con una mano la mejilla y con la otra un espejo.

—Hitler soportó la operación hasta el final sin moverse ni pronunciar

una palabra. Fue algo extraordinario. Nos quedamos sorprendidos de cómo había podido soportar el dolor —dijo Käthe más tarde.

Una de las consignas principales para todos aquellos que trabajaban bajo las órdenes del Führer era la de guardar el más estricto secreto en todo lo que a él se refiriese, especialmente con respecto a sus enfermedades. Käthe sabía guardar bien los secretos. Por ejemplo, el de que estaban haciendo una dentadura especial para la primera dama del Reich, así reconocida aunque no estuviera legalmente casada. El puente de oro en que iban a ser sostenidos los dientes se lo probaría la próxima vez que fuera a Berlín. Y en realidad Eva Braun lo necesitaba.

Por último, Käthe supo también uno de los secretos más estrictamente guardados. Era su obligación enviar un equipo completo de instrumentos dentales a todo lugar adonde el Führer fuera de viaje. Además se hallaba ocupada en la hechura de un puente dental que le iban a colocar a una de las cuatro secretarias de Hitler, Johanna Wolf, y por tanto le había sido necesario ir y venir casi diariamente durante las últimas nueve semanas de la sala de cirugía de Blaschke a la sala de cirugía del *Reichskanzlei*. Adolfo Hitler había estado en el *Reichskanzlei* desde el 16 de enero.

Las dudas de un defensor

A MEDIDA que cerraba la noche, el coloso arruinado de Berlín se proyectaba a la luz de la Luna como un fantasma. A las 9 de la noche la RAF volvió. Por cuarta vez en 24 horas las sirenas sonaron y el ataque No. 317 a la ciudad comenzó. En su cuartel general en la Hohenzollerndamm, el mayor general Hellmuth Reymann, comandante militar de Berlín, trabajaba asiduamente en su escritorio.

Tenía 53 años y el cabello gris; había asumido el mando hacía apenas dos semanas. En pocas horas hizo un descubrimiento espantoso. Aunque Hitler había declarado a Berlín un *Festung*, la fortificación existía solo en la imaginación del Führer. Nada se había hecho para fortificar la ciudad; no había planes para prepararla contra un ataque. Los problemas que tenía que resolver el mayor general Hellmuth Reymann eran para aturdir a cualquier persona: ¿De dónde iba a sacar tropas, armas, municiones y equipo para defender la ciudad? ¿Cuánto tiempo tenía para prepararse?

Todo dependía del ejército alemán que defendía el frente del Oder y del general que lo mandaba. Los comandantes insignes, tales como Rommel, von Kluge, von Rundstedt, von Manstein, ya no estaban ahí; líderes victoriosos cuyos nombres anduvieron una vez en boca de todo el mundo en Alemania. Todos habían desaparecido, unos por haber muerto, otros por haber perdido su prestigio. Ahora, más que nunca, la nación necesitaba de un gran soldado conductor. Pero, ¿dónde estaba ese hombre?

En el camino a la eternidad

El día 22 de marzo amaneció nublado y frío. Al sur de la ciudad, Reichsstrasse 96 se extendía por el húmedo bosque de pinos; en el asfalto de la amplia carretera se veían brillar parches de escarcha. El tráfico de vehículos era intenso. Pesados camiones acarreaban archivadores, equipo de oficina y cajas de cartón. Otros iban cargados de finos mobiliarios, cuadros empacados, bronces, cerámicas y estatuas. Encima de un camión descubierto, un busto de Julio César se balanceaba de acá para allá.

Entremezclados con los camiones, circulaban automóviles de construcción pesada: limosinas Horch, Wanderer y Mercedes. Todos llevaban la bandera con la svástica plateada que los señalaba como vehículos oficiales del partido nazi. Y todos iban en una misma dirección: hacia el sur. En ellos viajaban los burócratas del partido del Tercer Reich. Abandonaban la ciudad acompañados de sus esposas, niños y enseres.

Dirigiéndose rápidamente hacia el norte, por la vía opuesta de la avenida, iba un automóvil Mercedes, grande, perteneciente al alto mando. Arrebujado dentro de una chaqueta de piel de carnero, algo gastada, el coronel general Gotthard Heinrici iba sentado al lado del chofer. Se dirigía al cuartel general del alto mando alemán, situado a 40 kilómetros de Berlín. Pocos alemanes sabían el sitio donde quedaba este cuartel general, escondido y camuflado en la espesura de los bosques de Zossen.

Heinrici, de 58 años, debía tomar el mando del Grupo de Ejércitos del Vístula, con órdenes de mantener a los rusos en el Oder y salvar a Berlín. Pocos generales alemanes tan competentes habían adquirido menos prominencia. En sus largos años de mando en el frente del este, sus operaciones no habían tenido relación con las gloriosas *Blitzkriegs*, sino que se habían reducido a operaciones defensivas, a acciones desesperadas de retirada. Estratega precavido y preciso, engañosamente amable, Heinrici era, sin embargo, un general rudo de la vieja escuela aristocrática. Hacía tiempo había aprendido a conservar una línea con un mínimo número de soldados y al menor costo posible. "Heinrici", había comentado uno de sus ayudantes, "sólo se retira cuando el aire se ha vuelto plomo, y eso después de haber deliberado".

Peleaba con tan terca ferocidad que sus oficiales y sus hombres lo llamaban con orgullo *Unser Giftzwerg* (nuestro rudo bastardito), nombre que con frecuencia dejaba perplejas a las personas que acababan de conocerlo. De baja estatura, delgado, con ojos azules de mirar tranquilo, cabello rubio y bigote esmeradamente cuidado, Heinrici parecía, a primera vista, más bien un maestro de escuela que un general —y por cierto un maestro mal trajeado—. Odiaba las botas hasta la rodilla y bien lustradas; prefería botas corrientes, cortas, que usaba

con polainas abotonadas a los lados, de las que se utilizaron en la primera guerra mundial. Y por nada dejaba su gastado abrigo de piel de carnero.

Mas, aunque Heinrici no tuviera la apariencia de un general, sí actuaba como tal. En diciembre de 1941 la *Blitzkrieg* en masa de Hitler sobre Rusia se había detenido abruptamente antes de llegar a Moscú. Cuando las tropas alemanas, compuestas de 1.250.000 hombres, sin ropas adecuadas para soportar el intenso frío, avanzaban dando tumbos por entre el hielo y la nieve, sorprendidas por un anticipado y crudo invierno, el ejército ruso, que Hitler y sus expertos habían dejado virtualmente de tomar en consideración en sus planes, apareció como si brotara de la nada. Los rusos salieron al encuentro de los invasores con 100 divisiones de soldados endurecidos para el frío. Las fuerzas alemanas tuvieron que retroceder. Esta retirada causó al ejército alemán pérdidas enormes.

El 20 de enero de 1942, Heinrici asumió el mando del resto de tropas que quedaban del Cuarto Ejército que, por estar sosteniendo la posición frente a Moscú, era el centro más importante de la línea alemana. Una retirada en este sector pondría en peligro a los ejércitos colocados a ambos flancos y podría ocasionar una derrota catastrófica.

Los soldados de Heinrici, mal equipados para los rigores del frío, pelearon en vastas estepas cubiertas de espesa capa de nieve que les llegaba hasta la cintura, con carámbanos de hielo colgando de la nariz y de las pestañas. "Por doquiera mis soldados morían, y no solo de muerte causada por proyectiles rusos", decía él más tarde; "muchos de ellos morían congelados de frío". Resistieron las inclemencias del clima cerca de diez semanas. Se calculó en aquella primavera que durante el largo y riguroso invierno el ejército ruso había sobrepasado a veces al *Giftzwerg* en proporción de doce hombres a uno.



Heinrici había desarrollado una técnica que lo hizo famoso. Desatendiendo las órdenes inflexibles de Hitler de "no retroceder", cuando en determinado sector se hacía inminente un ataque ruso, ordenaba a sus tropas la noche anterior que se retirasen a una nueva posición dos o tres kilómetros atrás. La cortina de fuego de la artillería rusa caía entonces en un frente desierto. Según decía Heinrici, "era como pegarle a un talego vacío. De esta manera, el ataque ruso perdía su empuje, y mis hombres, ilesos, estaban listos para el combate. Después, mis soldados, reunidos en sitios que no habían sido atacados, volvían a ocupar el frente abandonado". La destreza estaba en saber dónde y cuándo los rusos irían a atacar, y Heinrici había adquirido un extraordinario sexto sentido para presentirlo.

"Como un soldado raso"

Heinrici nunca había sido un favorito de Hitler, ni de los que componían su séquito. Hijo de un ministro protestante, leía la Biblia diariamente e insistía en que sus tropas participaran en desfiles religiosos. Mientras disfrutaba de un período de licencia, un funcionario nazi prominente fue a visitarlo para informarle de que "el Führer consideraba sus actividades religiosas incompatibles con las aspiraciones del Nacionalsocialismo". Heinrici, que nunca perteneció al partido nazi, lo escuchó sin pestañear. El domingo siguiente, como de costumbre, fue a la iglesia con su mujer y sus dos hijos.

Desde entonces, pese a la innegable capacidad y brillantes condiciones de mando que poseía, los ascensos se le concedían tardíamente y de mala gana.

A fines de 1943, el Reichsmarschall Hermann Goering había presentado ante Hitler, en términos vehementes, la queja de que durante la retirada del Cuarto Ejército en Rusia, Heinrici no había cumplido la orden del Führer de "arrasar sin



piedad" el territorio abandonado. Acusó al general, específicamente, de haber desobedecido la orden de "quemar y reducir a escombros todos y cada uno de los edificios habitables" en Smolensko. Heinrici explicó solemnemente que "si hubiera incendiado la ciudad de Smolensko, no habría podido retirar mis tropas a través de ella". Aunque la respuesta no tenía mucha lógica militar, bastó para evitar que lo sometieran a consejo de guerra.

Pocos meses después, Hitler colocó a Heinrici en la lista de oficiales fuera de servicio activo "por motivos de mala salud". Pero a fines del verano de 1944 lo sacaron del obligado retiro en una casa para convalecientes, y se le dieron órdenes de marchar a Hungría a asumir el mando de los ejércitos que se hallaban en ese momento en grave situación allí. Y ahora se dirigía urgentemente a Zossen, llevando en su bolsillo órdenes de tomar el mando del Grupo de Ejércitos del Vístula.

Heinrici, que era hombre de carácter franco, estaría constantemente bajo la vigilancia de Hitler y de su "séquito de bufones"; y era bien sabido lo que les sucedía a aquellos que no adulaban y no estaban siempre de acuerdo con Hitler. Algunos oficiales amigos le habían aconsejado que buscara cualquier excusa para rechazar el mando, como por ejemplo "su estado de salud". Pero Heinrici, sorprendido de oír aquello, contestó simplemente que obedecería las órdenes recibidas, exactamente como cualquier soldado raso.

En el cuartel escondido

El guardia hizo subir la barrera de hierro que cerraba la entrada y, entre una lluvia de saludos militares, el automóvil entró en el cuartel general de Zossen. Era casi como entrar en otro mundo. Pues se trataba, en verdad, de un mundo aparte: un mundo militar secreto, camuflado, identificado por los nombres de "Maybach I y Maybach II".

El automóvil entraba por el campamento Maybach I, donde estaba el cuartel general de la OKH, el alto mando del Ejército a cargo del coronel general Heinz Guderian. Desde aquí, el general dirigía los ejércitos del frente oriental. Un kilómetro y medio más allá estaba el Maybach II, donde quedaba el cuartel general de la OKW, el alto mando de las Fuerzas Armadas. Era este el cuartel general donde residía la más alta autoridad del mando supremo: Hitler.

El más alto oficial de la OKW, el jefe del estado mayor, mariscal de campo Wilhelm Keitel, y su jefe de operaciones, coronel general Alfred Jodl, permanecían cerca del Führer siempre, dondequiera que fuese.

Sin embargo, a través del engranaje de las operaciones de la OKW, Keitel y Jodl mandaban los ejércitos del frente occidental y trasmitían las órdenes de Hitler a todas las fuerzas armadas alemanas. Por tanto, Maybach II era el sanctasanctórum, tan inaccesible e impenetrable que solo a unos pocos oficiales de Guderian se les permitía entrar en

...savoir faire...

Ilustra el juego Parker 51 "Insignia". $ 11.000.-



él. Los dos cuarteles estaban separados materialmente por cercas de alambre de púas, vigiladas por centinelas.

Bajo la fronda protectora de la arboleda, el automóvil de Heinrici siguió por uno de los muchos angostos caminos sin pavimentar. Aquí y allá, a distancias irregulares unos de otros, entre los árboles, había algunos edificios de hormigón, y en puntos estratégicos, las jibas de los fortines salían de la tierra. Había más de estos bajo tierra en Maybach I y en Maybach II que encima de la superficie. Cada edificio de estas instalaciones subterráneas tenía tres pisos conectados entre sí por pasajes. La principal de estas instalaciones era "la Central 500", la más grande estación telefónica, de teletipo y radio, de comunicación militar en Alemania. Completamente equipada, con aire acondicionado, agua, cocinas y habitaciones, se extendía 21 metros debajo del suelo.

No obstante su camuflaje, el campamento de Zossen había sido bombardeado, según pudo Heinrici observar a medida que iba recorriendo la ruta en su automóvil. Por todas partes se veían cráteres y árboles caídos, y algunos edificios mostraban daños.

"El fantástico lío en que nos encontramos"

GUDERIAN se hallaba sentado ante un gran escritorio atestado de papeles en su oficina espartana. De mediana estatura, ancho de hombros, con muestras de incipiente calvicie y un bigote descuidado, aparentaba tener más de los 56 años que en realidad tenía. El creador de las fuerzas masivas de Panzers de Hitler, el general cuyas tácticas militares habían dado por resultado la captura de Francia en 1940, tan solo en 27 días, y que casi había llegado a hacer lo mismo en Rusia, se hallaba ahora poco menos que impotente. No obstante ser jefe del estado mayor, no tenía virtualmente influencia con Hitler. Por costumbre malhumorado, Guderian sufría estos días violentos ataques de ira.

—Le diré que Hitler no quería dar a usted este mando —confesó a Heinrici. Yo fui el responsable. Le dije a Hitler que usted era el hombre que necesitábamos.

Su voz al principio estaba exenta de emoción. Pero a medida que profundizaba en el tema se iba acalorando y el tono cambió.

—Himmler —se apresuró a decir amargamente— fue el problema más grande. Deshacerse del hombre que usted va a remplazar.

Heinrici se había enterado muy recientemente de la sorprendente noticia de que el Reichsfürer Heinrich Himmler había asumido el mando del Ejército del Vístula. Conocía a Himmler como ministro del Interior, jefe de la Gestapo y la SS, y probablemente el hombre más poderoso de Alemania después del Führer. Sin embargo, aunque era también comandante del Ejército de Reclutas, no tenía experiencia como jefe de tropas de combate.

¿Cuánto cuesta incluir un niño en sus planes?

PAN AM

Viajar con niños es menos caro de lo que se piensa. Y es más divertido.

Supongamos que usted quiere pasear por EE.UU.

¿Cuánto cuestan los boletos? En Pan American los menores de 12 años pagan la mitad y los menores de 2 años sólo diez por ciento.

Dentro de EE.UU., las líneas aéreas, ferrocarriles y autobuses tienen planes convenientes. Ejemplo de Plan Familiar por avión: El padre paga tarifa completa. La madre, dos tercios. Los hijos, de 2 a 22 años, una tercera parte. Los menores de 2 años, gratis.

¿Alojamiento? Muchos hoteles colocan una cama extra para niños, sin cobrar nada. Piscinas y juegos son gratis.

¿Es cara la alimentación? Aún en restaurantes lujosos hay menús para los pequeños, a mitad de precio.

¿Son costosos los paseos locales? Algunos no cuestan nada. Y seguramente usted verá más cosas cuando lleve a su hijo consigo: Zoológicos, lugares históricos, museos, planetarios . . .

Y si quiere alquilar un auto, recuerde que lo mismo le costará por usted solo que por toda la familia.

¿Qué pueden enseñar los viajes a sus hijos? Se ha dicho que "un viaje es un gran maestro". Deja impresiones que nunca se borran. Permite ver cómo viven otras personas . . . Dónde se escribió la Historia...Y origina nuevos intereses que moldearán beneficiosamente un futuro.

¿Es práctico ir de compras con los niños? Usted no temerá equivocarse de talla, ya que puede probarles la ropa allí mismo. Tampoco les comprará juguetes que no les gusten.

¿Quién cuidará a los chicos cuando usted quiera salir a divertirse? Hoteles y moteles podrán facilitarle niñeras por un módico honorario.

Para planear su viaje con niños, el Agente de Viajes tiene la palabra. Su experiencia le permite dar consejos que reducen gastos.

Y en cuanto Pan American se entere de que van sus niños, subirá a bordo comida apropiada, dulces, revistas y hasta cuna y biberón. Y si su niño cumple años ese día, ¡ya verá que sorpresa le tenemos!

Lo importante, al viajar con los niños, es la tranquilidad de saber que están bajo su cuidado. A esa tranquilidad, añada la íntima satisfacción de volar en la línea aérea de mayor experiencia en el mundo. *¡Viaje ahora — Pague después!*

Buenos Aires: T.E. 45-0111. Plaza Hotel, 32-2355. También oficinas en Córdoba, Mendoza, Rosario y Mar del Plata.

La Línea Aérea de Mayor Experiencia en el Mundo

Primera en América Latina
Primera sobre el Atlántico
Primera sobre el Pacífico
Primera Alrededor del Mundo



Ese ambiente de refinada intimidad, vivido en una amplitud suntuosa y confortable...

FALCON De Luxe '66 *lujoso confort para toda la familia*

Solidez que resiste las modalidades de manejo de toda la familia. La potencia de su motor se mantiene años rindiendo en el más alto nivel con nafta común y sin problemas mecánicos.

Ganó el calificativo de "automóvil-prestigio", por la personalidad de su estilo: viajando en él, Ud. y su familia se saben bien "representados".

Vaya hoy a manejarlo. Es la manera más efectiva de comprobar por qué... **este es el mejor año para comprar un Falcon De Luxe.**


Ford
CALIDAD EN ACCION !
Miembro de ADEFA
Más de medio siglo en la Argentina

Cuando el frente polaco empezó a derrumbarse antes de que llegase la ola invasora del Ejército rojo, en enero, Guderian había tratado desesperadamente de convencer a Hitler de la urgente necesidad de formar un grupo de ejércitos que actuara como línea de defensa entre el Oder y el Vístula. Si esa línea se sostenía, se podría contener la avalancha rusa e impedir que llegara directamente al corazón de Alemania.

—Pero —tronó Guderian—, ¿a quién pusimos al mando de este grupo? ¡Hitler nombró a Himmler! ¡Al menos indicado de todos, Himmler!

Guderian protestó contra ese "erróneo y absurdo nombramiento", pero Hitler se mantuvo en sus trece.

Bajo el mando de Himmler el frente se desplomó casi por completo. El Ejército rojo se movilizó a través del Vístula; luego, parte de sus fuerzas marcharon en dirección norte hasta el Báltico, aislando, solamente en la Prusia del Este, de 20 a 25 divisiones. El resto de los ejércitos soviéticos avanzaron forzadamente a través de los ríos Oder y Neisse. Por todo el frente oriental las tropas alemanas se veían superadas, pero ningún sector había cedido tan pronto como el que mandaba Himmler. Su fracaso había abierto las puertas de Berlín y puesto a la ciudad en inminente peligro.

Hacía apenas 48 horas que Guderian había ido a la comandancia del Ejército del Vístula, en Birkenhain, 80 kilómetros al norte de Berlín. Al ser informado de que Himmler estaba enfermo, había logrado por fin encontrarlo a unos 30 km de distancia, donde había ido a "hospitalizarse cobardemente tan sólo para cuidarse un catarro". Guderian le expresó su pesar por hallarlo enfermo y le manifestó que probablemente su mal estado de salud se debía a exceso de trabajo y que debería renunciar a uno de los muchos cargos que tenía, por ejemplo al de comandante del Ejército del Vístula.

Himmler aceptó la propuesta. "Pero", preguntó, "¿cómo voy a sugerirle esto al Führer?" Guderian le dijo al instante que, si le daba autorización, él mismo se lo propondría. Esa noche, Hitler relevó al agobiado Reichsführer, pero después de mucha oposición a la idea y con bastante vacilación.

Con voz que temblaba por la ira, Guderian le dijo a Heinrici:

—El lío en que nos encontramos es fantástico. Es increíble la manera como se está haciendo la guerra. ¡Increíble!

Durante meses, Guderian había tratado de hacer entender a Hitler que era necesario adoptar "medidas enérgicas". Hizo notar la urgencia de efectuar retiradas estratégicas en los Estados bálticos y en los Balcanes; reducir las líneas en todos los frentes a fin de trasladar rápidamente algunas divisiones al frente ruso. Los rusos tenían un número de divisiones dos veces mayor que el de los Aliados occidentales; sin embargo, la mayoría de las divisio-



Esa vitalidad exige
manteca

El valor nutritivo de la manteca... ¡es natural! Sus vitaminas A, D y E, provienen de la leche. Solamente la naturaleza intervino en la elaboración de estas sustancias. **La Manteca posee un 97 % de digestibilidad, de buen provecho!**

ESTA ES LA POTENCIA ENERGETICA DE UN KILO DE *manteca*

1 Kg. de manteca, equivale a 11,5 kilos de bacalao.
1 Kg. de manteca, equivale a 2,5 kilos de jamón.
1 Kg. de manteca, equivale a 4 kilos de carne vacuna.
1 Kg. de manteca, equivale a 5,5 kilos de porotos.
1 Kg. de manteca, equivale a 11,25 kilos de carne de pollo.
1 Kg. de manteca, equivale a 32 kilos de tomate.
1 Kg. de manteca, equivale a 90 huevos de gallina.

La manteca da fuerza! POR FUERZA... SU VIDA NECESITA *manteca*

nes alemanas y las mejores de ellas estaban luchando contra los ejércitos de Eisenhower. Pero Hitler se negó a aceptar los hechos basados en las cifras que se presentaron a su consideración.

—Entonces —declaró Guderian— Hitler cometió probablemente su más grave error.

En diciembre de 1944 lanzó su ofensiva en masa, como una última jugada, contra los Aliados occidentales, a través de los bosques de las Ardenas en Bélgica, y en el norte de Luxemburgo. El ataque, alardeaba Hitler, cambiaría todo el curso de la guerra. Contra el centro de la línea aliada lanzó tres ejércitos completamente equipados: veinte divisiones. Tomados por sorpresa, los Aliados se vieron obligados a ceder terreno; pero después, recobrándose, hicieron retroceder a las destrozadas tropas de Hitler hasta detrás de la frontera alemana, en solo cinco semanas.

—Cuando se hizo evidente que la ofensiva había fracasado —dijo Guderian—, supliqué a Hitler que sacara nuestras tropas de las Ardenas para colocarlas en el frente oriental. Mas todo fue en vano.

Hizo una pausa y haciendo un esfuerzo se serenó. Luego continuó:

—Los rusos nos tienen acogotados. Han suspendido la ofensiva para reagruparse. Calculamos que tendrá usted de tres a cuatro semanas para prepararse. No importa lo que suceda en otras partes, es necesario impedir que las tropas rusas pasen del río Oder, si queremos sobrevivir. Es nuestra única salvación.

Mostrándole mapas, Guderian informó a Heinrici de la situación. Luego, echando una mirada a su reloj, dijo con disgusto:

—Tengo que volver a Berlín para una conferencia con el Führer a las tres.

El solo pensamiento lo hizo prorrumpir en otra explosión de furia:

—¡Es imposible trabajar! ¡Dos veces al día tengo que pasarme horas oyendo las imbecilidades de ese grupo que rodea a Hitler! ¡Todo mi tiempo se va en viajar a Berlín o escuchar cháchara!

Se revelan secretos de guerra

En la antesala, el ayudante de Heinrici, capitán Heinrich von Bila, de 36 años, había estado calculando el tiempo de la entrevista por la cantidad de mapas y planos que se llevaban a la oficina de Guderian. Cuando solo quedaban uno o dos por llevar, miró vagamente el de encima. Era un mapa de toda Alemania y las líneas parecían diferentes. Von Bila lo miró más cuidadosamente. El mapa *era* extraño y se hallaba impreso en inglés. Estaba, en efecto, mirando un mapa de los Aliados. Era el plan secreto de cómo se proponían ocupar y partir a Alemania.

El original del mapa y los papeles que lo explicaban se guardaban en una caja de seguridad en el cuartel de emergencia del general Jodl. Lo habían capturado a los Aliados en los días finales de la ofensiva llevada a cabo en las Ardenas. De todos los

1 pollo, 70 años de experiencia, 4 granjas de investigaciones, 2 meses, 4,4 kgs. de nutrimento, un granjero y un plan único produjeron este manjar tan delicioso!

Los buenos alimentos dependen de la calidad. Por eso Purina viene mejorando la calidad de los pollos, desde hace más de 70 años, mediante granjas de investigaciones en todo el mundo, cientos de estudios científicos sobre fórmulas de nutrimentos, calidad y eficacia de los ingredientes, y conocimiento de la reacción de los pollos a esos alimentos.
Detrás de todo esto está el importante Plan Purina, servicio de información único y exclusivo, que Purina ofrece —sin cargo alguno— a todos sus clientes. Porque Purina entiende que antes de vender, hay que prestar servicio.
La próxima vez que Ud. saboree un pollo tan grande y delicioso, es casi seguro que fue alimentado con Purina.





DE NUTRIMENTO MEJOR, ALIMENTO SUPERIOR!

secretos caídos en manos del Servicio de Inteligencia alemán durante la guerra, este era el más brutalmente revelador. El Führer, luego de pasar largas horas una noche estudiando este legajo, lo había clasificado como "secreto máximo de Estado".

Contenía un memorando de 70 páginas que iba acompañado de una carta firmada por el mayor general sir Francis de Guingand, el jefe del estado mayor de Montgomery.

En la tapa tenía escrito el espeluznante título "Operación Eclipse". Cosidos a su cubierta posterior, había dos mapas, cada uno de 50 x 45 centímetros.

Con gruesas líneas los límites estaban delineados en el mapa. Las regiones norte y noroeste estaban marcadas con grandes iniciales U. K.; la zona sur llevaba las iniciales U.S.A.; el resto del Reich estaba marcado U.S.S.R. Berlín quedaba muy en el interior de la zona soviética, pero estaba dividido entre los Tres Grandes.

El legajo de la Operación Eclipse marchitó una de las últimas esperanzas de Alemania. Hitler y sus consejeros abrigaban la esperanza de que, una vez que el Ejército rojo cruzara las fronteras del Reich, la alianza de sus enemigos comenzaría a resquebrajarse. El Occidente, creían ellos, nunca permitiría que la Rusia soviética dominara la Europa Central. Pero el legajo de la Operación Eclipse, al estudiarlo, les indicaba claramente que la Alianza estaba intacta . . . y en febrero el comunicado oficial de Yalta confirmó el hecho.

Aún más doloroso fue verificar en los documentos el énfasis que se ponía en una rendición incondicional: se hacía mención de ella una y otra vez. Los alemanes estaban convencidos de que la "rendición incondicional" era mera propaganda de los Aliados para consumo interior. Ahora sabían la verdad. Los Aliados no daban cabida a la esperanza; no había futuro para Alemania. Para Jodl significaba esto que no le quedaba a Alemania otro recurso que pelear hasta el último y amargo final.

Adivinando en la bola de cristal

Uno de los más grandes mitos creados después de la segunda guerra mundial es el de que el presidente Franklin D. Roosevelt fue el responsable por las zonas de ocupación. El hecho es que fueron los británicos los únicos responsables.

El 19 de noviembre de 1943, a las 3 de la tarde, el presidente Roosevelt sostenía una conferencia a bordo del buque de guerra *Iowa,* rumbo al Oriente Medio para las conferencias que los líderes aliados iban a sostener en El Cairo y Teherán. Rodeado de ayudantes y consejeros, entre ellos los más altos jefes del Ejército, se manifestaba visiblemente disgustado. Los documentos y mapas que tenía ante sí resumían lo esencial de un proyecto llamado Operación Rankin, Caso C, uno de los muchos estudios hechos en conexión con la futura Operación

suffrage 2F

"El instante" que perdura....

Ud. lo conoce ya...
Su mirada se ha detenido en él,
en su frasco tan coqueto, tan tentador.
Pero además de admirarlo, Ud. lo ha probado
y adoptado, porque SUFFRAGE 2F
cumple una doble función: la de fortalecer
su cabello y la de prolongar la duración
de su peinado. Recuerde entonces, algo más:
recuerde que SUFFRAGE 2F exige su momento,
su instante definido, que empieza cuando
finaliza el champú y comienza el marcado.
Es "el instante SUFFRAGE"... un "instante"
que perdura!

Fortalece el cabello

Fija el marcado



L'OREAL DE PARIS ha confiado SUFFRAGE a su peinador. Preguntele por qué..

Overlord: la invasión total de Europa. Rankin C trataba de los pasos que se debían dar en caso de que el enemigo capitulara repentinamente. El plan proponía que el Reich y Berlín se dividieran en sectores, y que cada uno de los Tres Grandes ocupase una zona. Lo que disgustaba al Presidente era la zona que había sido escogida para su país.

La Rankin C se había elaborado bajo circunstancias peculiares y una serie de contratiempos. La difícil tarea de tratar de preparar anticipadamente un plan para un comandante supremo de los Aliados en Europa, que todavía no había sido nombrado, y la de planear tanto para una ofensiva cruzando el Canal como para la posibilidad de un repentino colapso alemán, estaba a cargo del teniente general británico Frederick Morgan. Su primer plan de ocupación de Alemania fue preparado, según explicó más tarde, "después de muchos esfuerzos por adivinar en la bola de cristal". Pero asimismo incluía las recomendaciones de un gabinete creado por el primer ministro adjunto Attlee: incluía tal plan una división tripartita, dando a Gran Bretaña la ocupación de las zonas comerciales e industriales del noroeste. Morgan había dividido en el mapa a Alemania en tres partes matemáticas, "señalando tenuemente con lápiz azul los límites de las actuales fronteras de las provincias".

Era obvio que los rusos, viniendo del este, ocuparan el sector este. En cuanto a las zonas de los ingleses y los norteamericanos, sus relaciones de norte a sur parecían haber sido predeterminadas por un factor: desde el principio de la guerra las tropas norteamericanas se habían acuartelado en el sur y el suroeste de Inglaterra; las fuerzas británicas en el norte y el sudeste. Así que las concentraciones de tropas, sus bases de aprovisionamiento y sus sistemas de comunicaciones estaban separados: los norteamericanos a la derecha, los británicos a la izquierda. Según Morgan concebía la "Overlord" (Invasión de Europa), este sistema debía continuar a través del Canal hasta las playas invasoras de Normandía . . . y era de presumir que por toda Europa hasta el corazón mismo de Alemania. Por tanto, los norteamericanos acabarían ocupando las provincias al sur de Alemania.

—Yo no creo —dijo Morgan más tarde— que nadie en aquel tiempo hubiera podido darse cuenta cabal de las implicaciones finales que tendría esta división en tres partes, la que probablemente fue hecha por funcionarios de jerarquía inferior en la Oficina de Guerra. Pero de allí dependió todo lo demás.

A bordo del *Iowa*, el presidente de los Estados Unidos comprendió el significado de aquello. "No me gusta este arreglo", declaró. Él deseaba para su país el noroeste de Alemania. Quería acceso a los puertos de Bremen y Hamburgo. Y sostenía con firmeza algo más: que la zona de los Estados Unidos debería abarcar todo el norte de Alemania



Este año tómese unas vacaciones en jet

¡Sólo una vez se es joven!

¡Este puede ser el año!

Todo el continente, todo el mundo está al alcance fácil y cómodo de los jets Boeing.

Los jets comerciales Boeing pueden llevarlo a usted a 269 ciudades en 113 países.

Estas naves le conducen en una hora a distancias que usted sólo puede cubrir en todo un día. Y si nunca ha volado antes, usted descubrirá que su vuelo a bordo de un jet de línea Boeing es la parte más emocionante de su viaje.

Los jets Boeing han conducido más pasajeros que ninguna otra nave a reacción—más de 100 millones. Y han permanecido mucho más tiempo en el aire —más de 5½ millones de horas (627 años).

¿Por qué no toma sus vacaciones en jet este año?

Recuerde: ¡Sólo una vez se es joven!

BOEING JETS

La dinastía de jets más ilustre del mundo:

707 • 720 • 727 • 737

Actualmente vuelan jets Boeing: AIR CONGO, AIR FRANCE, AIR-INDIA, AIR MADAGASCAR, ALL NIPPON, AMERICAN, ANSETT-ANA, AVIANCA, BOAC, BRANIFF, BWIA, CONTINENTAL, EASTERN, EL AL, ETHIOPIAN, FLYING TIGER, INDIAN, IRAN AIR, IRISH, JAL, JAPAN DOMESTIC, LUFTHANSA, MEA, NATIONAL, NORTHEAST, NORTHWEST, PACIFIC NORTHERN, PIA, PAN AMERICAN, PSA, QANTAS, SABENA, SAUDI ARABIAN, SOUTH AFRICAN, TAA, TAP, TWA, UNITED, VARIG, WARDAIR CANADA, WESTERN, WORLD. *Dentro de poco:* AEROLINEAS ARGENTINAS, ALASKA, BRAATHENS (NORUEGA), CALEDONIAN, FRONTIER, MEXICANA, OLYMPIC, PACIFIC, PIEDMONT, WIEN AIR ALASKA.

hasta Stettin sobre el Oder. "Los Estados Unidos deben tener a Berlín", decía. "Los soviéticos pueden quedarse con el sector este".

Las sugerencias del presidente sorprendieron a sus consejeros militares. El estado mayor conjunto de los Estados Unidos creía que los puntos discutidos en la Rankin C estaban ya acordados y que el plan había tenido aprobación en principio, hacía ya tres meses. Ahora, el presidente discutía nada menos que las bases mismas de la Operación Overlord. Porque, si las zonas acordadas de ocupación se cambiaban, tendría que efectuarse un cambio de tropas en Inglaterra antes de la invasión. Esto tomaría tiempo y por tanto podría perjudicar la ofensiva a través del Canal. Sus consejeros trataron de convencer al Presidente de la inmensa complicación de trasportes que entrañaban estos movimientos, la seriedad de los problemas que un cambio traería consigo. En su criterio, el costo era prohibitivo. Roosevelt se mantuvo firme.

Por último, echó mano de un mapa de Alemania, de la revista *National Geographic,* que estaba sobre la mesa. Trazó en él una línea desde la frontera occidental de Alemania hasta Düsseldorf, y hacia el sur a lo largo del Rin hasta Maguncia. Después, con una línea gruesa, dividió a Alemania en dos partes a lo largo del paralelo 50, hacia el este, hasta Asch en la frontera checa. Luego el lápiz siguió marcando hacia el nordeste hasta Stettin sobre el Oder. Los norteamericanos tendrían la zona al norte de la línea gruesa y los británicos la zona del sur. El triángulo angosto que quedaba en el este era, parecía obvio, la zona soviética. Menos de la mitad del área concedida a Rusia en el plan Rankin C propuesto. Berlín quedaba en la línea limítrofe entre la zona soviética y la de los Estados Unidos. Según entendía el general George Marshall, el Presidente quería que Berlín fuese ocupado conjuntamente por tropas norteamericanas, británicas y soviéticas. El mapa mostraba sin lugar a dudas lo que el Presidente pretendía: por encima de todo, su determinación de quedarse con Berlín.

La iniciativa perdida

En esta forma se presentó el primer plan concreto de los Estados Unidos para la ocupación de Alemania. Pero había un problema: Roosevelt, a quien se había criticado con frecuencia por actuar como su propio secretario de Relaciones Exteriores, no había comunicado a nadie sus puntos de vista, fuera de sus jefes de estado mayor. Después de la conferencia en el *Iowa,* el general George Marshall, jefe del estado mayor del Ejército norteamericano, dio el mapa de Roosevelt —la única tangible evidencia del pensamiento del gobierno estadounidense sobre la ocupación de Alemania— al mayor general Thomas Handy, jefe de la División de Operaciones de la Secretaría de Guerra. El mapa fue archivado.

—Hasta donde yo sé —dijo Han-

Alto nivel

En la montaña se divierte. Trepa las pendientes como si fuera cuesta abajo. Luego baja, serpentea y vuelve a subir, deslizándose por los caminos más sinuosos con alegre espíritu deportivo. Rambler Cross Country sabe demostrar, así, que en trayectos de "alto nivel" también es insustituible. Pregúnteselo a sus pasajeros que, además del paisaje, van disfrutando sus cualidades exclusivas de confort: aire acondicionado, frenos y dirección de potencia*. No es extraño que, en tan grato ambiente, hasta las valijas y equipos deportivos parezcan satisfechos. Es que jamás tuvieron tanto espacio a su disposición!

* opcionales

RAMBLER CLASSIC CROSS COUNTRY

Producto de calidad de INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA



dy más tarde—, nunca tuvimos instrucciones de enviar este mapa a ningún oficial de la Secretaría de Estado.

Fue este apenas uno en la serie de extraños y costosos errores y equivocados juicios de los funcionarios norteamericanos en los días siguientes a la conferencia a bordo del *Iowa,* los cuales iban a tener una profunda influencia en el futuro de Alemania y Berlín.

El 29 de noviembre, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron por primera vez en Teherán. Nombraron a los representantes de la importantísima Comisión Consejera de Asuntos de Europa, encargada de elaborar en Londres los términos de rendición para Alemania, definir las zonas de ocupación y formular los planes para la administración del país por los Aliados. Roosevelt nombró embajador en la corte de St. James a John Winant, pero este no recibió instrucciones concretas.

Entre tanto, los jefes del alto mando, a pesar de sus protestas de no querer intervenir en política, fueron en realidad los arquitectos de la política de los Estados Unidos en la Europa de la posguerra. Para ellos, la capitulación, la partición y ocupación de Alemania eran asuntos netamente militares: las zonas de ocupación serían determinadas, más o menos, por la última posición de las tropas. Como resultado inevitable, se encontraron en pugna con la Secretaría de Estado. Para tratar de coordinar los puntos de vista opuestos, se estableció a principios de diciembre de 1943 una comisión especial, denominada Comité de Seguridad, integrada por representantes de las Secretarías de Estado, de Guerra y de Marina. En el consiguiente tira y afloja, los funcionarios de la Oficina de Asuntos Civiles de la Secretaría de Guerra ejercieron el veto en forma eficaz. Se perdió definitivamente toda esperanza de que los Estados Unidos llegaran a una política coherente y unificada sobre este asunto. Las discusiones se prolongaron durante todo el mes de diciembre. Mientras tanto, Winant estaba en Londres sin recibir instrucciones.

El 14 de enero de 1944, el general Eisenhower, recientemente nombrado comandante supremo, llegó a Londres para asumir su cargo, y toda la maquinaria de planeamiento militar fue puesta bajo su mando. El 15 de enero el plan Rankin C fue presentado formalmente por sir William Strang, subsecretario inglés de Asuntos Extranjeros, a Winant y al enviado soviético, embajador Fedor Gusev. Los Estados Unidos, por el desacuerdo de sus funcionarios en Washington, habían perdido la iniciativa. Nunca la volverían a recuperar.

El 18 de febrero, en la segunda reunión de la EAC, en una decisión diplomática que por su rapidez no tenía precedente entre los soviéticos, Gusev, conocido por su obstinación en la mesa de conferencias, aceptó solemnemente, sin la menor discusión, la propuesta británica. Al mismo tiempo presentó una propuesta

Cabellos... Cabellos que viven!

DOP

CHAMPUES FEMENINOS

L'OREAL DE PARIS



DOP
Visón

PROTEGE
EL COLOR



DOP
Tratante

EMBELLECE
EL CABELLO



DOP
Tonic

TONIFICA
EL CABELLO

escrita sobre los términos de rendición para Alemania; la parte referente a las zonas de ocupación era exactamente igual al plan de la Gran Bretaña.

Los rusos se quedarían con casi un 40 por ciento de la superficie de Alemania, con un 36 por ciento de su población y un 33 por ciento de sus riquezas naturales. "La división propuesta parecía tan justa como cualquiera otra", recordaba Stranger más tarde, y si quizá pecaba de excesiva generosidad con la Unión Soviética, eso estaba de acuerdo con el deseo de nuestros jefes militares, que se preocupaban por la escasez de hombres en la posguerra y no querían un área de ocupación más grande que la necesaria".

Existían muchas otras razones. Entre ellas, una era el temor de que Rusia pudiera firmar la paz con Alemania separadamente; otra (y esta preocupaba particularmente a los militares norteamericanos), era el temor de que los rusos no quisieran unirse a la guerra contra el Japón.

La rápida aceptación soviética del plan británico desconcertó a Washington y al Presidente.

—¿Cuál es la zona propuesta por nosotros? —preguntó Roosevelt—. Debo saberlo para que esté de acuerdo con lo que decidí hace meses sobre este asunto.

Los funcionarios de la Secretaría de Estado se quedaron perplejos; ellos ignoraban lo que Roosevelt había decidido.

Hubo una avalancha de llamadas y Roosevelt reaccionó. "No estoy de acuerdo con la propuesta de la Gran Bretaña sobre los límites, dijo rotundamente en un memorando enviado a la Secretaría de Estado. Y una vez más expuso su oposición a aceptar la zona adjudicada a los Estados Unidos, repitiendo con mayor vehemencia aún lo que había dicho a sus consejeros militares en la conferencia del *Iowa*. El memorando del Presidente fue una revelación para los funcionarios de la Secretaría de Estado.

Roosevelt continuó sosteniendo su actitud negativa a aceptar el plan propuesto por la Gran Bretaña. Después, en marzo de 1944, ante la urgencia de la situación y la necesidad de tomar una decisión, luego de examinar una vez más la propuesta de la Gran Bretaña, Roosevelt dijo a George Kennan, el consejero político de Winant, que "tomando en cuenta todo, probablemente esa sería una decisión justa". Aprobó la zona soviética y el plan en general, con una condición: Los Estados Unidos, insistía, deberían tener el sector noroeste.

Antes de exponer tal posición al EAC, el embajador Winant quiso dejar bien sentada cierta cuestión. Los ingleses no pensaban que el acceso del Occidente a Berlín ofreciera ningún problema, como tampoco lo creía Gusev, el representante soviético. Sin embargo, la Secretaría de Estado norteamericana, buscando asegurarse el acceso directo a la capital alemana, había propuesto un plan mediante el cual se establecería

un corredor que uniría a Berlín con las zonas occidentales. Winant juzgaba también que las condiciones relativas a tal corredor (y que garantizaran determinadas vías férreas, aéreas y por tierra) eran esenciales. Con todo, la Oficina de Asuntos Civiles de la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos rechazó firmemente aquellas proposiciones declarando que la cuestión del acceso a Berlín era, "en todo caso, un problema estrictamente militar" del que se encargarían los jefes militares locales.

Durante los trascendentales meses de 1944, a medida que las tropas anglonorteamericanas invadían el continente y se acercaban al Reich, Roosevelt se mantuvo firme en su demanda de que se diera a los Estados Unidos la zona noroeste de Alemania. Con la misma tenacidad, Churchill se negaba a cambiar de posición. La decisión final se demoró hasta la nueva entrevista de Churchill y Roosevelt, que tuvo lugar en Quebec, en setiembre de 1944.

Roosevelt había cambiado visiblemente. Vigoroso de costumbre, ahora estaba débil y pálido, y su enfermedad de parálisis se hacía evidente en la dolorosa vacilación de cada uno de sus movimientos. Había sido elegido presidente en el año de 1933 y todavía buscaba volver a ser elegido para un cuarto período La campaña política, los contratiempos diplomáticos y la pesada carga de los años de guerra estaban dejándole visibles huellas. El jefe del es-


"Este hombre tiene un no sé qué"
VIVE EN
EL SUGESTIVO
MUNDO DE
ICE BLUE
Creado por él, con su manera de actuar.. encontró en Ice Blue Aqua Velva, la loción para después de afeitarse identificada con su personalidad. Sus cualidades humectantes vigorizan su piel y su varonil perfume lo acompaña siempre.
NUEVA LINEA ICE BLUE DE williams

tado mayor de Churchill, general sir Hastings Ismay, quedó seriamente impresionado cuando vio al Presidente.

"Había adelgazado tanto que parecía más pequeño", dijo Ismay. "La chaqueta le colgaba sobre los anchos hombros y el cuello de su camisa parecía de una talla mucho más grande. Nos dimos cuenta de que la sombra de la muerte se le acercaba".

Cansado, frustrado, acorralado por las circunstancias y bajo la presión de sus consejeros y de Churchill, el Presidente se dio al fin por vencido y aceptó la zona del sur. Los británicos transaron a su vez: convinieron en dar a los Estados Unidos el control de los grandes puertos y las zonas de Bremen y Bremerhaven.

En la crítica conferencia de Yalta, en febrero de 1945, se tomaron las últimas grandes decisiones de guerra de los Tres Grandes. Entre ellas estaba la de dar completa participación a Francia en la ocupación de Alemania. La zona francesa y su sector en Berlín se entresacaron de las zonas de Gran Bretaña y los Estados Unidos; Stalin se opuso a dar participación a Francia y se negó a contribuir con parte de la zona que le correspondía a Rusia. El 11 de febrero de 1945 los Tres Grandes aceptaron formalmente sus respectivas zonas. El plan de ocupación, basado en el proyecto llamado Rankin C, era ya oficial. Y conocido por los militares aliados como Operación Eclipse.

Escapada por tren

ERAN CERCA de las seis cuando el cansado Heinrici llegó a Birkenhain. Durante las dos horas y media de viaje desde Zossen, había permanecido sin hablar palabra, preocupado y desconsolado. El primer vistazo a su nuevo cuartel lo deprimió aún más. Escondido entre los bosques, el puesto de mando del Grupo de Ejércitos del Vístula consistía en una residencia grandiosa, flanqueada de barracas. El edificio principal era una estructura monstruosa con una fila de columnas de tamaño descomunal en la fachada del frente. Años antes, Himmler lo había edificado para que fuera su refugio personal. A poca distancia de la residencia estaba su tren privado, el Steiermark.

Al llegar Heinrici, lo condujeron al despacho del Reichsfürer. Himmler se hallaba de pie ante su escritorio. Era de mediana estatura y más largo de torso que de piernas; cara delgada, barbilla hundida, ojos estrábicos tras lentes en sencilla armadura de metal, bigote pequeño y boca de labios delgados. Tenía manos suaves y afeminadas, y la piel del rostro un poco floja y pálida.

Tras saludar a Heinrici y presentarle a dos de sus ayudantes principales, Himmler dio principio a un largo discurso de justificación personal. Le pareció a Heinrici que "había empezado con Adán y Eva", y luego siguió con una explicación tan alambicada en detalles, "que nada de lo que decía se podía entender". Después de unos minutos de la teatral perorata, los dos ayudantes se despidieron por tener asuntos urgentes que atender. Heinrici se sentó calladamente, dejando que las palabras lo inundaran.

De repente sonó el teléfono. Himmler escuchó un momento; pareció quedarse atónito y luego pasando el teléfono a Heinrici le dijo:

—Usted es el nuevo comandante. Es mejor que atienda esta llamada.

Heinrici se quedó rígido a medida que iba oyendo. El desatre había llegado ya a su nuevo mando. El Ejército rojo había descubierto cerca de Küstrin los movimientos de unidades alemanas que pasaban a ocupar posiciones para lanzar una ofensiva; una peligrosa ofensiva que Hitler había ordenado, desoyendo las objeciones de Guderian. Atacando por el norte y por el sur, los rusos habían realizado una maniobra de pinzas, aislando a los defensores de Küstrin en el este del río Oder y habían consolidado dos posiciones en la orilla occidental para formar una cabeza de puente para su ataque a Berlín. Poniendo la mano sobre la bocina, Heinrici, sombríamente, dio a Himmler la noticia. El Reichsführer pareció ponerse nervioso y se encogió de hombros:

—Bueno —dijo—, usted es el comandante del Grupo de Ejércitos del Vístula.

Heinrici ordenó inmediatamente un contraataque y prometió trasladarse al frente lo antes posible. Al soltar el auricular, Himmler conti-

ELASSSSSTICO!

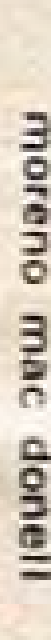
Esto es... FadeLAST

El pantalón elástico: a lo ancho... y a lo largo! Provocativamente elegante, ágil de espléndidos colores, fácil de lavar. Viste de gracia todos sus movimientos. **Fadelast:** todo lo que usted espera de un pantalón.

Una creación de



Helanca. Bajo control de calidad Herberlein & Co. Suiza Con Nylon, Marca Registrada por DUCILO para su fibra sintética poliamídica.



nuó su discurso plagado de divagaciones, como si nada hubiese sucedido. Heinrici, muy exasperado ya, lo interrumpió para pedirle su opinión sobre la situación general de Alemania, una pregunta "visiblemente desagradable" para Himmler.

El Reichsführer tomó a Heinrici del brazo y lo condujo a un sofá que se hallaba colocado en el extremo opuesto del salón, donde la taquígrafa de la SS no pudiera oír lo que iba a decirle. Y allí le soltó una bomba:

—Por mediación de un país neutral —le dijo en voz baja— he dado pasos para negociar la paz con el Occidente—. Hizo una pausa—. Le cuento esto en estricta confidencia, usted entiende.

Heinrici pensó: eso era traición. ¿Estaría Himmler diciendo la verdad? ¿O sería un ardid para hacerle cometer una indiscreción? Himmler, hombre ambicioso, era capaz de cualquier cosa, aun de cometer una traición, a fin de ganar el poder.

De súbito se abrió la puerta y apareció un oficial de la SS.

—Reichsführer —dijo el oficial—, el personal se ha reunido para decirle adiós.

A las 8 de la noche, Himmler, sus oficiales de la SS y guardaespaldas se habían ido. Se llevaron todo lo que pudieron, inclusive, como pudo comprobar Heinrici poco rato después, hasta los cubiertos y la vajilla. Y a bordo de su lujoso tren particular, Himmler avanzaba velozmente esa noche hacia el occidente.

La repugnancia y la ira de Heinrici aumentaron al echar una mirada a su nuevo cuartel general: la oficina y todo lo que allí había era blanco; la alcoba estaba totalmente decorada en verde suave: cortinas, alfombras, tapices, hasta los cobertores y colchas. Uno de sus ayundantes comentó con tono ácido que todo aquello parecía "más apropiado para una dama elegante que para un soldado que trataba de conducir un ejército".

Más tarde, en la noche, Heinrici llamó a su anterior jefe de estado mayor que estaba ahora en Silesia. Había decidido no mencionar la revelación que le había hecho Himmler. Hablando con su colega le dijo:

—Himmler no veía la hora de salir de aquí, pues no deseaba tener el mando a su cargo cuando se produzca el derrumbamiento. Para eso, él prefiere un simple general . . . y yo seré el chivo expiatorio.

Brillante desfile

Después de meses de discusión entre jefes militares de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, la estrategia aliada parecía haber llegado a un buen acuerdo. Los planes del general Dwight Eisenhower, aprobados en enero de 1945 por los jefes de los cuerpos de estado mayor aliados, establecían que el 21 Grupo de Ejércitos, al mando del mariscal de campo sir Bernard Law Montgomery, iniciara el avance principal por el Rin y al norte del Ruhr. Habiéndoseles dado máxima prioridad

n desayuno que da gusto!

quesitos Adler para untar hacen el
uno más sabroso y completo cada
Por eso sus cinco gustos dis-
gustan tanto a chicos y
des. Desayúnese mañana mismo
quesitos Adler para untar.



La caspa perjudica su aspecto



Solucione el problema de la caspa usando periódicamente ENDEN, el anticaspa que actúa velando por su aspecto personal.

ENDEN se presenta

- en tipo crema: potes, pomos y botellitas plásticas.
- en tipo líquido: frascos

ENDEN UN PRODUCTO HELENE CURTIS

y reforzado especialmente para acometer la ofensiva, las fuerzas de Montgomery llegaban casi a un millón de hombres distribuidos en unas 35 divisiones y unidades adjuntas, que incluían al Noveno Ejército norteamericano. Las fuerzas norteamericanas cruzarían el río por el sur y se dirigirían a Francfort: un avance complementario que podría convertirse en línea principal de ataque si la ofensiva de Montgomery fallaba.

El 23 de marzo, viernes, el primer ministro Winston Churchill había viajado a Alemania con el fin de presenciar con el general Eisenhower la fase inicial del ataque por el río. Mientras contemplaba desde la ribera el desenvolvimiento de la monumental ofensiva, Churchill dijo a Eisenhower:

—Mi querido general, el alemán está derrotado. Lo tenemos en nuestras manos. Está completamente acabado.

Entre tanto, las unidades del general George Patton, del Tercer Ejército norteamericano, habían opacado el triunfo de Montgomery cruzando el Rin a la carrera la noche anterior y se dirigían a Francfort. La resistencia enemiga resultó sorprendentemente débil a medida que las tropas norteamericanas y más tarde las británicas avanzaban hasta el propio corazón de Alemania. A los cinco días las fuerzas de Montgomery avanzaban rápidamente por el Elba, y el camino a Berlín parecía estar completamente abierto. También estaba abierto po-



líticamente. Nunca se había discutido entre los Tres Grandes quién tomaría la ciudad. Berlín era una presa fácil que esperaba ser capturada por el primer ejército aliado que llegara.

A 250 m de altura, el desfile de tropas, tanques y vehículos parecía interminable. Asomándose por la ventanilla de su avioneta de reconocimiento, Duane Francies miraba hacia abajo fascinado. Desde que el último de los ejércitos cruzó el Rin, Francies había estado observando el formidable espectáculo. Ahora, el 28 de marzo, el gran río quedaba muy atrás, y por todas partes hasta donde alcanzaba la vista, a derecha e izquierda, se contemplaba un vasto panorama de uniformes color caqui.

Francies descendió, movió las alas de su avioneta y vio que las tropas contestaban a su saludo; luego se dirigió en dirección este, adonde era su deber ir en su misión de "ojos" de la columna delantera de tanques de la Quinta División Blindada. La victoria se aproximaba, estaba seguro. Nada podría detener este avance. Le pareció a este joven piloto de 24 años que "la misma corteza de la Tierra" se había desprendido y corría a toda prisa hacia el Elba, la última barrera importante de agua, antes de Berlín.

Durante días, desde el sur de Holanda hasta casi la frontera suiza, el torrente humano de 560 km de ancho, con equipo y maquinaria, fluía hacia el este, rumbo a las llanuras de Alemania. Se efectuaba la última y gran ofensiva. Se componía de tres grandes grupos de ejércitos: en el norte, Montgomery, al mando del 21 Grupo de Ejércitos; al centro el 12 Grupo de Ejércitos a las órdenes del general Omar Bradley, y al sur el Sexto Grupo de Ejércitos, mandado por el general Jacob Devers. Estos grupos estaban integrados por siete poderosos ejércitos: 85 grandes divisiones (cinco de ellas aéreas y 23 blindadas) formaban el grueso de las inmensas fuerzas aliadas de 4.600.000 hombres. A medida que invadían el Reich para el golpe final, banderas de rendición improvisadas, hechas de sábanas blancas, toallas y trapos, colgaban de todas partes. En las aldeas y poblaciones, aturdidos alemanes se quedaban mirando, desde las puertas y ventanas destrozadas de sus casas, el vasto poderío que inundaba su nación.

Avanzando por todos los caminos iban los convoys de tanques, cañones motorizados, artillería pesada, carros blindados, carros de artillería, trasportes de municiones, ambulancias, camiones de gasolina, gigantescos trasportes diésel que remolcaban otros carros cargados con secciones de puentes, pontones, excavadoras blindadas y hasta lanchas de desembarque. Y en oleada tras oleada, invadiendo todos los caminos, marchaban las tropas: en camiones, sobre vehículos blindados, caminando a los lados de las columnas motorizadas, o abriéndose paso a través de los campos adyacentes.

Formaban un raudo y brillante desfile en el cual se veían banderas

de batalla e insignias que habían hecho historia. Entre ellos iban granaderos británicos que cubrieron la retirada durante la evacuación de Dunkerque; comandos barbados con desteñidas boinas verdes, veteranos de la brigada de lord Lovat, que habían invadido las costas de la Europa ocupada en los más penosos años de la guerra; rudos canadienses de la famosa Segunda División que habían desembarcado en Dieppe, en el sangriento ensayo de la invasión a Normandía. En las columnas blindadas, con banderolas e insignias, marchaban unos cuantos de los singulares "Ratas del Desierto" de la Sétima División Blindada que habían participado en la derrota de Rommel en las arenas de Libia.

En las falanges norteamericanas figuraban divisiones con leyendas pintorescas: "Los Belicosos 69", "Los Romperrieles" de la 84 de Infantería, los "Infernales sobre ruedas" del Segundo Blindado. Allí estaba también la Primera División, llamada "La Gran Roja", que tenía la marca de haber llevado a cabo más desembarques de asalto que cualquiera otra división norteamericana; la Primera y la División 29, llamada "Azul y Gris", cuando todo parecía estar perdido, habían resistido en una estrecha faja de las playas de Normandía, llamada Omaha.

Una unidad, la ilustre 83 de Infantería, había sido apodada recientemente "El Circo Rag-Tag". Su ingenioso comandante, mayor general Robert Macon, había dado órdenes de aumentar el equipo de trasporte con cualquier cosa que rodara, no importa lo que fuera. Ahora avanzaba utilizando una fantástica colección de vehículos capturados a los alemanes, repintados a toda prisa: *jeeps* de la Wehrmacht, automóviles oficiales, motocicletas, autobuses. Al frente, con soldados de infantería colgando de todas partes, venía uno de los apreciados carros de bomberos. En el parachoques de atrás ondulaba una gran bandera con esta leyenda: "Próxima parada: Berlín".

La determinación de Hitler de pelear al occidente del Rin, en lugar de retirar sus menguadas fuerzas a posiciones preparadas en la orilla del este, había costado a Alemania el equivalente a 20 divisiones completas; cerca de 300.000 soldados habían sido hechos prisioneros y 60.000 habían muerto o habían sido heridos. Quedaban ahora, escasamente, 26 divisiones completas en el oeste y estaban desorganizadas, faltas de pertrechos y medios de comunicación y con gran escasez de combustible y vehículos de trasporte. El ejército alemán era incapaz de detener, o siquiera demorar, la furiosa embestida de las fuerzas de Eisenhower.

Atacar y avanzar

Iniciada la ofensiva del Rin hacía escasamente una semana, los Aliados, que se dirigían velozmente al este, se acercaban ya al último fuerte de Alemania: el valle del Ruhr, fuertemente defendido, fuen-

TELEVISOR ZENITH

El orgullo que usted siente en la posesión de un televisor Zenith es sólo comparable a lo que sentimos nosotros armándolos a mano



Siempre el trabajador diestro puso orgullo en su trabajo. Y así tenía que ser. Aquellas cosas hechas a mano fueron construidas para que durasen más.

Esta es la razón por la cual el televisor Zenith está hecho a mano. No usamos circuitos impresos plásticos, ni escatimamos en la producción.

En el televisor Zenith hecho a mano cada conexión está hecha cuidadosamente para obtener mejor resultado . . . menos problemas . . . mejor funcionamiento . . . y una imagen clara y definida año tras año.

Si usted todavía no tiene el placer de poseer un televisor Zenith hecho a mano, vea a su distribuidor Zenith tan pronto pueda . . .definitivamente antes de comprar otro televisor.



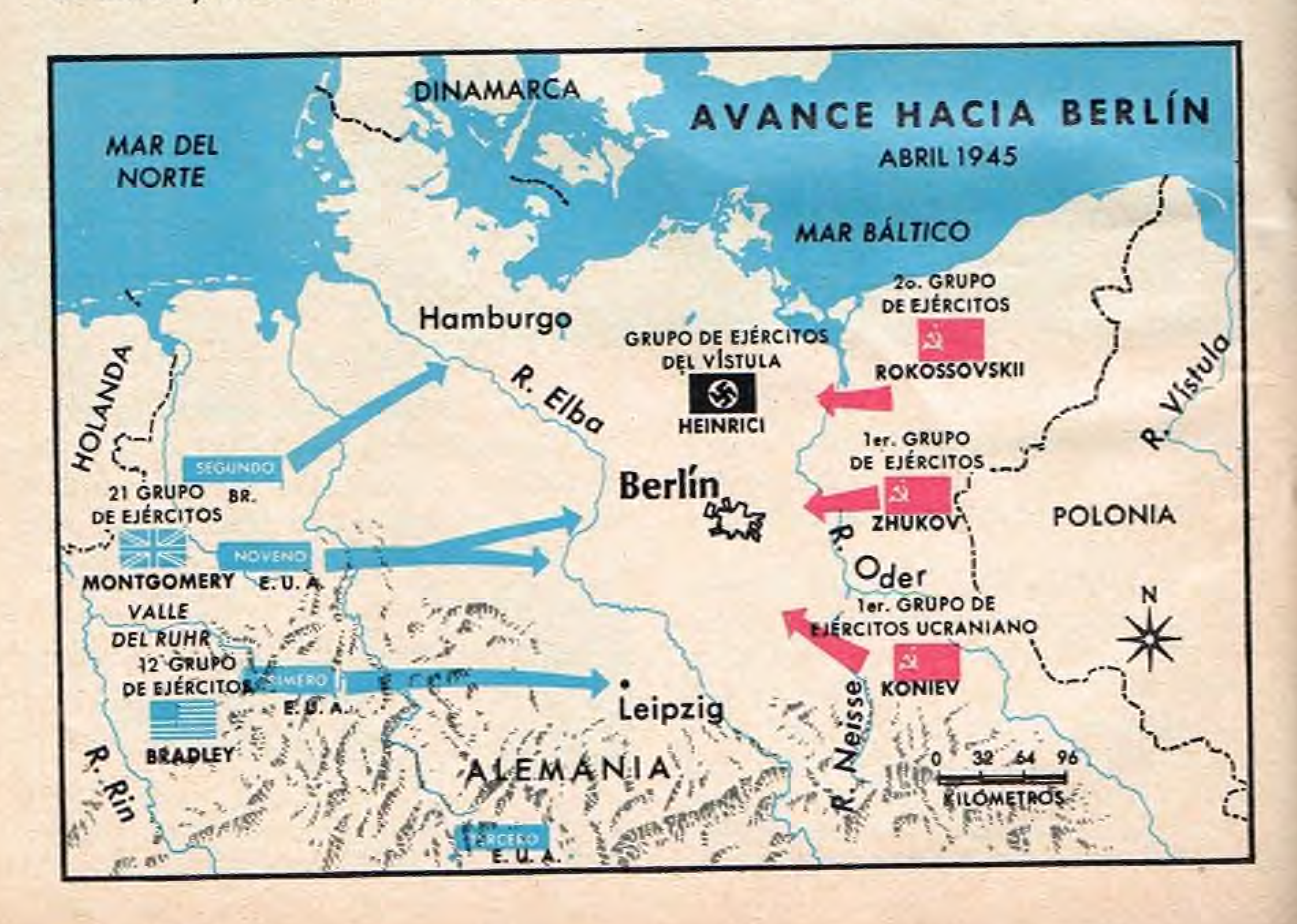
Fabricados, Distribuidos y Garantizados por
TELESUD, S. A.
Av. Montes de Oca 2195,
Buenos Aires, Argentina. Tel: 21-6521-2139



Zenith Radio Corporation, Chicago, 60639, U.S.A.
Fabricantes de televisores, instrumentos de alta fidelidad estereofónica, tocadiscos y audífonos para sordera. Respaldado por 48 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente.

te principal de la industria en Alemania. Tres ejércitos giraron de pronto en una maniobra envolvente. Por el norte, el Noveno Ejército de los Estados Unidos (que formaba parte del Grupo de Ejércitos a cargo de Montgomery) cambió del este al sudeste la dirección que debería seguir, mientras que al sur los ejércitos Tercero y Primero (al mando de Bradley) dieron la vuelta y se dirigieron al nordeste para formar entre todos un cerco.

En el plan general de derrotar a Alemania se había considerado siempre el cruce del Rin y la toma del Ruhr como esenciales y formidables objetivos. La cuenca del Ruhr, con sus minas de carbón, sus refinerías de petróleo, sus fábricas de acero y de armamentos, formaba un sector de aproximadamente 110 km de largo por 90 km de ancho, casi 10.500 kilómetros cuadrados en total. Se había calculado que la captura de este sector podría tardar meses. Pero eso fue antes de ocurrir el desastre alemán del Rin. La maniobra de pinzas —estratagema del callado y tranquilo Omar Bradley, oriundo del Estado de Misurí— se ejecutaba con tan pasmosa rapidez que los jefes de divisiones hablaban de completar el cerco en cuestión de días. Quedaría cercada una fuerza alemana no menor de 21 divisiones . . . más hombres y equipo que los capturados por los rusos en Stalingrado. Una vez que el Ruhr estuviese en poder de los Aliados, a los alemanes les quedaría poca fuerza para impedir el avance. Aun en



esta fecha, el enemigo estaba ya tan destrozado que eran muy pocos los combates que había.

La Segunda División Blindada de los Estados Unidos había avanzado más de 80 km por la ribera norte del Ruhr, en tres días escasamente, con el teniente coronel Wheeler Merriam a la cabeza de su 82 Batallón de Reconocimiento. El 28 de marzo Merriam hizo una parada para informar sobre su posición; sus tanques se alinearon a ambos lados de una línea central del ferrocarril este a oeste. Mientras el operador de radio trataba de comunicarse con el puesto de mando, Merriam oyó el pito de un tren. De pronto, un tren alemán que trasportaba soldados y arrastraba vagones de plataforma cargados con vehículos blindados y cañones, pasó resoplando sobre los rieles, a través de las fuerzas de Merriam. Los norteamericanos y los alemanes se miraron unos a otros, pasmados de asombro. Ni una bala fue disparada de un lado ni de otro.

Por fin, Merriam echó mano al radioteléfono. En cuestión de minutos, la 92 División de Artillería de Campo, acantonada unos kilómetros más al oeste, disparó una salva que partió al tren exactamente en dos mitades; los soldados capturados en el tren informaron que creían que el enemigo estaba todavía al oeste del Rin.

Las unidades aliadas se adelantaban en muchas ocasiones a sus mapas. Los ingeniosos exploradores del Batallón 82 de Reconocimiento usaban mapas de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, hechos de seda y del tamaño de un pañuelo, que se les había dado a todos los aviadores combatientes a principios de la guerra. Confirmaban sus posiciones confrontando sus mapas con las señales en las carreteras alemanas. El teniente Arthur Hadley, de la Segunda División Blindada, estaba usando los mapas de una viejísima guía Baedeker para turistas. Y el capitán Francis Schommer, de la 83 División, sabía siempre dónde estaba con su batallón. Todo lo que hacía para ello era agarrar al primer alemán que encontraba, amenazarlo con la pistola y pedirle en buen alemán que le dijera en dónde se hallaba. Hasta entonces no le habían dado una sola respuesta incorrecta.

Las serpenteantes líneas que avanzaban, se desviaban, rodeaban o atravesaban por entre las aldeas y los ejércitos alemanes, ofrecían un ejemplo clásico de las tácticas militares más eficaces. Según opinión del teniente coronel Clifton Batchelder, que mandaba el Primer Batallón del 67 Regimiento Blindado, la campaña tuvo todo el arrojo y la audacia de las grandes operaciones de caballería de la Guerra de Secesión. "Nadie come ni duerme", escribía el teniente Gerald Leibman, de la Quinta División Blindada. "Todo lo que hacemos es atacar y avanzar, atacar y avanzar". Muchos estaban alborozados por habérseles dicho que este sería el último empuje y que el objetivo final era Berlín.

Ataque por sorpresa

El miércoles, 28 de marzo, un ataque tomó a los defensores de Berlín por sorpresa. Poco antes de las 11 de la mañana aparecieron los primeros aviones . . . ¡venían del este! Las baterías emplazadas en toda la ciudad hicieron fuego inmediatamente y las sirenas anunciaron la incursión aérea. Estos aviones no eran norteamericanos; pues ellos acostumbraban atacar a las 9 de la mañana y al mediodía y llegaban del oeste. Atacando a la altura de los techos de los edificios, docenas de cazas rusos ametrallaban las calles.

En la plaza Potsdamer, la gente corría en todas direcciones. En la Kurfürsendamm, los que iban de tiendas se guarecían en los portales, corrían buscando las entradas del ferrocarril subterráneo, las ruinas protectoras de la iglesia a la memoria del Kaiser Wilhelm. Pero algunos berlineses que habían formado colas durante horas para comprar su ración semanal de alimentos, se negaron a moverse. Gertrud Ketzler e Inge Rühling, amigas de muchos años, aguardaron serenamente con otras personas frente a una tienda de víveres. Ambas tenían pensado suicidarse si los rusos llegaban a Berlín, pero ninguna de las dos pensaba en eso ahora. Querían hacer un pastel para la Pascua florida, y durante días habían estado comprando y guardando los ingredientes que podían conseguir.

Durante los ataques aéreos Erna Saenger se preocupaba siempre por "papá", su esposo Konrad, que se negaba obstinadamente a refugiarse en el sótano de Zehlendorf. Como de costumbre, Konrad caminaba rumbo a su restaurante favorito, el Alte Krug, situado en Königin-Luise Strasse. Ningún ataque aéreo había sido capaz de impedir a este ex-combatiente de 78 años que fuera todos los miércoles a encontrarse con sus camaradas de la primera guerra. Ni tampoco hoy se lo impediría.

Un berlinés estaba realmente divertido con el ataque aéreo: Rudolf Reschke, usando un viejo casco militar, corría de allá para acá, de la puerta de su casa en Dahlem al centro de la calle, saludando con las manos y mofándose deliberadamente de los aviones. Uno de ellos bajó en picado para darle alcance. Al salir corriendo Rudolf, una serie de disparos lo persiguió por la acera. Para Rudolf esto no era más que un juego. La guerra le parecía lo mejor que le había sucedido en sus 14 años de vida.

Oleada tras oleada de aviones atacaban la ciudad. El número de muertos era grande. Muchos civiles resultaban heridos no por las balas enemigas sino por el fuego defensivo. A fin de alcanzar a los aviones rusos, que volaban muy bajo, las baterías antiaéreas tenían que disparar sus cañones casi a la altura de la copa de los árboles, regando metralla por toda la ciudad.

En 20 minutos el ataque concluyó. Aquí y allá, por todo Berlín



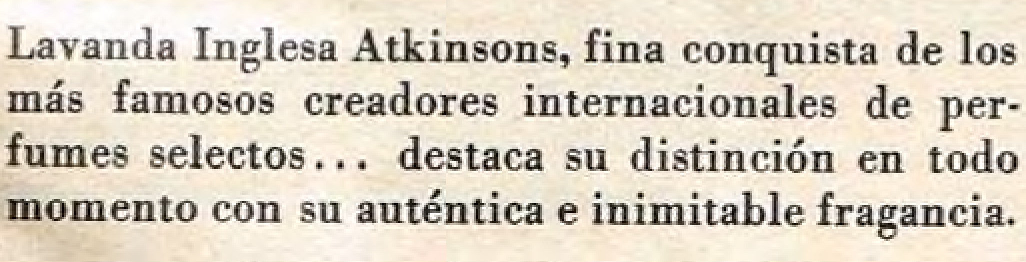
Como en Roma...

demuestre su buen gusto con

ATKINSONS

PERFUMES DE FAMA MUNDIAL





Lavanda Inglesa Atkinsons, fina conquista de los más famosos creadores internacionales de perfumes selectos... destaca su distinción en todo momento con su auténtica e inimitable fragancia.

...Y con la misma fragancia: Jabón - Talco - Brillantinas - Fijador - Cremas de Afeitar - Loción para Después de Afeitarse.

Lavanda Inglesa ATKINSONS

etiqueta amarilla

...Y AHORA NUEVA LAVANDA BOUQUET ATKINSON OF BOND STREET

etiqueta violeta ...delicadamente exclusiva!

SON CREACIONES DE J. & E. ATKINSON, DE LONDRES

empezaban a levantarse negras columnas de humo de los incendios producidos por las balas incendiarias. Con la misma rapidez con que se habían quedado vacías las calles, volvieron a llenarse de gente. A la entrada de los mercados y tiendas, aquellos que habían dejado sus filas trataban de reconquistar el puesto que antes tenían.

Esperando la orden de ataque

En todo el frente del este, los ejércitos rusos se organizaban para la ofensiva. Los generales estaban malhumorados por el retraso. El río Oder constituía una barrera formidable y los deshielos de la primavera no llegaban: el río estaba todavía cubierto en parte por una capa de hielo. Más allá estaban las defensas alemanas: las trampas, los campos sembrados de minas, las zanjas contra los tanques y las posiciones subterráneas de artillería. Día a día los alemanes se hacían más fuertes.

Nadie estaba más ansioso de comenzar la marcha que el coronel general Vasili Chuikov, de 45 años, comandante del excelente Octavo Ejército de Guardias y famoso defensor de Stalingrado. Chuikov culpaba a los Aliados de la demora. Después del ataque alemán en las Ardenas, había pedido a Stalin que, para aliviar la situación, diera órdenes al Ejército rojo de atacar desde el este. Stalin había accedido, y lanzó la ofensiva rusa contra Polonia antes de lo proyectado. Fue tan rápido el avance soviético que al lle-

gar los ejércitos al Oder habían dejado atrás sus líneas de abastecimiento y comunicaciones. "De lo contrario", afirmó Chuikov, "hubiéramos podido continuar avanzando con miras a llegar a Berlín en febrero". Pero ahora, la necesidad de reorganizarse y prepararse, le había dado a Alemania casi dos meses de tiempo para organizar su defensa. Chuikov estaba muy disgustado.

El coronel general Mikhail Katukov, que mandaba el Primer Ejército de Tanques, estaba igualmente ansioso por iniciar la ofensiva; sin embargo, se sentía agradecido por la demora. Sus hombres necesitaban descanso, y los soldados encargados del mantenimiento tenían que disponer de tiempo para reparar los vehículos blindados.

—En línea recta los tanques han viajado quizá 570 kilómetros— le dijo a uno de sus generales, Andreya Getman—. Pero sus velocímetros muestran más de 2000. Un hombre no tiene velocímetro y nadie puede saber por tanto el daño y desgaste que haya sufrido.

Getman estuvo de acuerdo.

—El abecé de la guerra, camarada general —le dijo a Katukov—, dice que la victoria no se alcanza capturando ciudades sino destruyendo al enemigo. En 1812 Napoleón olvidó eso. Y perdió a Moscú.

No podía hacerse ilusiones de la desesperada batalla que les iba a tocar librar. Los mariscales Zhukov, Rokossovskii y Koniev habían recibido espeluznantes informes. Su

Servicio de Inteligencia calculaba que el cuerpo de defensa alemán estaba compuesto por más de un millón de hombres y que podría esperarse que hasta tres millones de civiles ayudaran a la defensa de Berlín. Si esto era verdad, el número de hombres del Ejército alemán sobrepasaría al del Ejército ruso en proporción de tres hombres a uno.

¿Cuándo se llevaría a cabo la embestida? Hasta ahora los mariscales no lo sabían. Lo que más les preocupaba era la rapidez con que avanzaban las tropas anglonorteamericanas del Rin. Si Moscú no les daba pronto la orden de tomar la ofensiva, los británicos y los norteamericanos podrían llegar antes que el Ejército rojo a Berlín. Pero hasta ese momento la orden de ataque no salía de los labios de José Stalin.

El ocaso de los dioses

En la sala Beethoven de conciertos, de estilo barroco, decorada en rojo y oro, el director Robert Heger tomó la batuta y levantó el brazo.

Afuera, en algún sitio de la devastada ciudad, el sonido de una sirena del cuerpo de bomberos se desvanecía lentamente. Luego, la batuta bajó y el concierto para violín de Beethoven empezó a difundirse suavemente por la inmensa sala de la Orquesta Filarmónica de Berlín. A medida que las notas del violín solista iban en ascenso, el auditorio que llenaba la sala de conciertos —que no había sufrido daños—, situada en la Köthener Strasse, escuchaba extasiado. Algunas personas se hallaban tan conmovidas por la brillante actuación del violinista Gerhard Taschner, de 23 años, que lloraban en silencio.

Durante toda la guerra, los miembros de la Filarmónica, compuesta de 105 músicos, habían sido excluidos de prestar servicio militar. La orquesta dependía del Ministerio de Propaganda, que encabezaba Joseph Goebbels; era conveniente mantenerla para levantar los ánimos; alejaba por un rato a los ciudadanos de Berlín del pensamiento de la guerra y sus terrores. En el concierto de esa tarde, en la última semana de marzo, el Reichminister Albert Speer, jefe de Armamentos y Provisiones de Guerra, estaba sentado en su butaca reservada. Rara vez dejaba de concurrir a un concierto. La música lo ayudaba a ahuyentar sus ansiedades. Y Speer se hallaba afrontando el mayor problema de su carrera.

Durante toda la guerra, a pesar de los trastornos e inconvenientes, había logrado mantener en funcionamiento el poderío industrial del Reich. Pero de algún tiempo acá, las estadísticas y los hechos mostraban lo inevitable: los días del Tercer Reich estaban contados. Speer había sido el único ministro del gabinete que se atreviera a decir la verdad a Hitler. "La guerra está perdida", escribió al Führer el 15 de marzo; Hitler dio esta respuesta: "Si la guerra está perdida, entonces la nación también perecerá".

El 19 de marzo Hitler expidió un monstruoso mandato: Alemania de-


Chin-chin!
CINZANO
SODA
CINZANO
SODA
Amargo,
deliciosamente amargo,
muy a la europea.
Con la justa medida
del alcohol.
Frío, frío, tómelo,
vuélvalo a probar bien,
bien frío y... chin chin!

bería ser destruida totalmente. Todo debería volarse o quemarse: las centrales eléctricas, acueductos, fábricas de gas, presas y esclusas, puertos y canales, la red de energía eléctrica e instalaciones industriales; todos los buques y puentes, todo el material rodante de los ferrocarriles y las instalaciones de las vías de comunicación; vehículos, almacenes; y hasta las carreteras de la nación.

Sin acabar de creerlo, Speer suplicó a Hitler:

—Debemos hacer cuanto nos sea posible para mantener una base, por rudimentaria que fuere, para que pueda seguir existiendo la nación. No tenemos derecho a practicar una demolición que afectará la vida del pueblo.

Hitler no se conmovió.

—No hay razón ya para considerar la base de ni siquiera la más primitiva existencia —replicó—. Por el contrario, es preferible que aun eso lo destruyamos nosotros mismos. La nación ha mostrado que es débil.

Y con las siguientes palabras Hitler sentenció al pueblo alemán.

—Los que permanezcan con vida después de la batalla poco valen, porque los que verdaderamente valían han caído.

Entre el 19 y el 23 de marzo, emitió a los Gauleiters y a los jefes militares en toda Alemania una orden tras otra de quemar y destruir. Los que retrasaban su cumplimiento eran amenazados con la pena de muerte.

Durante años Speer había cerrado los ojos al aspecto más brutal de las operaciones nazis, creyendo estar intelectualmente por encima de todo ello. Ahora, horrorizado, dijo al general Jodl:

—Hitler está completamente loco. Debemos detenerlo.

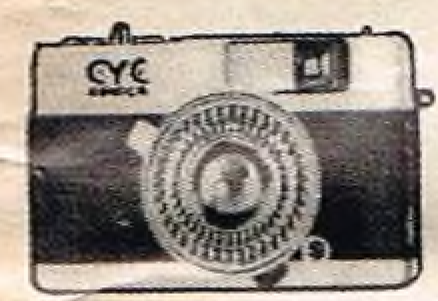
Poniendo su propia vida en peligro, y ayudado por un círculo pequeño de amigos de alto grado militar, telefoneó a los industriales, voló a las guarniciones militares, visitó a funcionarios de provincias, insistiendo en todas partes en que el plan de Hitler significaba el fin de Alemania para siempre y que no se le podía permitir llevarlo a cabo.

En la lista de riquezas que Speer deseaba preservar, ocupaba uno de los primeros lugares la Filarmónica. Al aproximarse la batalla decisiva de Berlín, los músicos, en cualquier momento, podrían ser llamados al *Volkssturm,* el Cuerpo de Guardia, o caer en manos de los rusos. El Reichminister tenía un plan: la primera parte de él ya se había llevado a cabo. Los 105 músicos que componían la orquesta iban esa noche vestidos de oscuro. Los trajes de etiqueta, así como algunos de los más finos instrumentos de la orquesta, inclusive las famosas tubas wagnerianas, se habían trasladado secretamente en convoys de camiones, hacía tres semanas, a un sitio cerca de Kulmbach, 380 km al sudoeste de Berlín; en la ruta por donde pasaría la avanzada de las tropas norteamericanas.

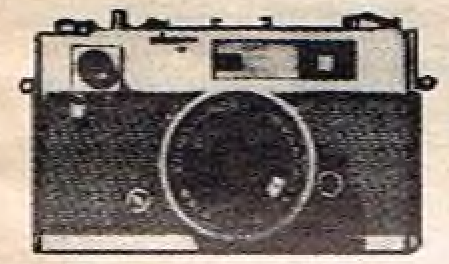


Con KONICA















. . . en la familia
paseos
vacaciones:

Se graban "sus" momentos

7 CAMARAS AUTOMATICAS QUE ASEGURAN 100% FOTOS PERFECTAS

modelos para todos los presupuestos

REPRESENTA • IMPORTA • DISTRIBUYE... Y · GARANTIZA

fotimport s.a.c.e i.

ENTRE RIOS 695 BUENOS AIRES

La segunda parte del plan de Speer —salvar a los músicos— era más complicada. Tan pronto como los Aliados occidentales estuvieran lo suficientemente cerca para llegar hasta ellos viajando una noche en autobús, todos saldrían inmediatamente. En el último momento, durante uno de los conciertos programados, el director de la orquesta anunciaría un cambio en el programa y la Filarmónica tocaría entonces cierta obra . . . la clave convenida con los músicos. Tan pronto terminase la audición, subirían todos a bordo de un convoy de autobuses que los estaría esperando en la oscuridad.

En manos del representante de la orquesta, Dr. Gerhart von Westermann, se encontraba ya la composición que daría la señal. Cuando le fue entregada había preguntado:

—¿Está usted seguro que esto es lo que el ministro ordenó?

No había equivocación. Para el último concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, Speer había pedido la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*, de Wagner.

Aunque von Westermann no lo sabía, la ejecución de esta obra era también la clave final para un último y atrevido proyecto. Resuelto el Reichsminister a salvar todo lo que pudiera de Alemania, había pensado que solo existía una manera de lograrlo. Hacía varias semanas que el perfeccionista Albert Speer buscaba la mejor manera de asesinar a Adolfo Hitler.

No deje usted de leer el próximo número de Selecciones, *en el que aparecerá la segunda parte de este fascinante libro de Cornelius Ryan.*

Impresión directa

Para explicar la diferencia entre los dos métodos básicos de imprenta (la impresión directa y el *offset*), cierto profesor, cuyo sentido humorístico iba a la par con sus conocimientos de las artes gráficas, sintetizaba la comparación entre ambas, para ilustración de su clase de periodismo, del siguiente modo: llamaba a una guapa estudiante y le decía: "Aplíquese una nueva capa de lápiz labial, y luego deme un beso". Indicando con el dedo la mancha roja que le había quedado en la mejilla, explicaba a la clase: "Esto es la impresión directa".

En seguida el catedrático se sacaba del bolsillo un pañuelo blanco de lino. Con él hacía presión, cuidadosamente, sobre la huella que los labios de la muchacha habían dejado en su mejilla. Luego mostraba a la clase el pañuelo, de manera que los estudiantes viesen la clara impresión del beso dejada en él, y concluía: "Y esto, amigos míos, es *offset*. El producto final es similar al obtenido por la impresión directa, pero el procedimiento es mucho menos interesante".

— *Editor & Publisher*

Tucumán 313 - 4º Piso B.A.

GRANT ADVERTISING

SIEMPRE PENSANDO EN USTED

...nos años haciéndolo. Todos, hombres y empresa, con la mira puesta en la satisfacción de **sus** ...es, en el logro de **su** bienestar, en la obtención de la eficiencia y seguridad que **Usted** desea.

... el ramo de la Ingeniería Electrónica, como en el de las restantes especialidades que hemos ...ndo para aplicar en el campo del Hogar, la Industria y los Transportes, nuestro celo está y ...uesto en servirle más dedicadamente a USTED.

ESTO ES

GENERAL ELECTRIC ARGENTINA

SOCIEDAD ANONIMA

EN EL AÑO 1966



...OS AIRES · CORDOBA · ROSARIO · MENDOZA · TUCUMAN

